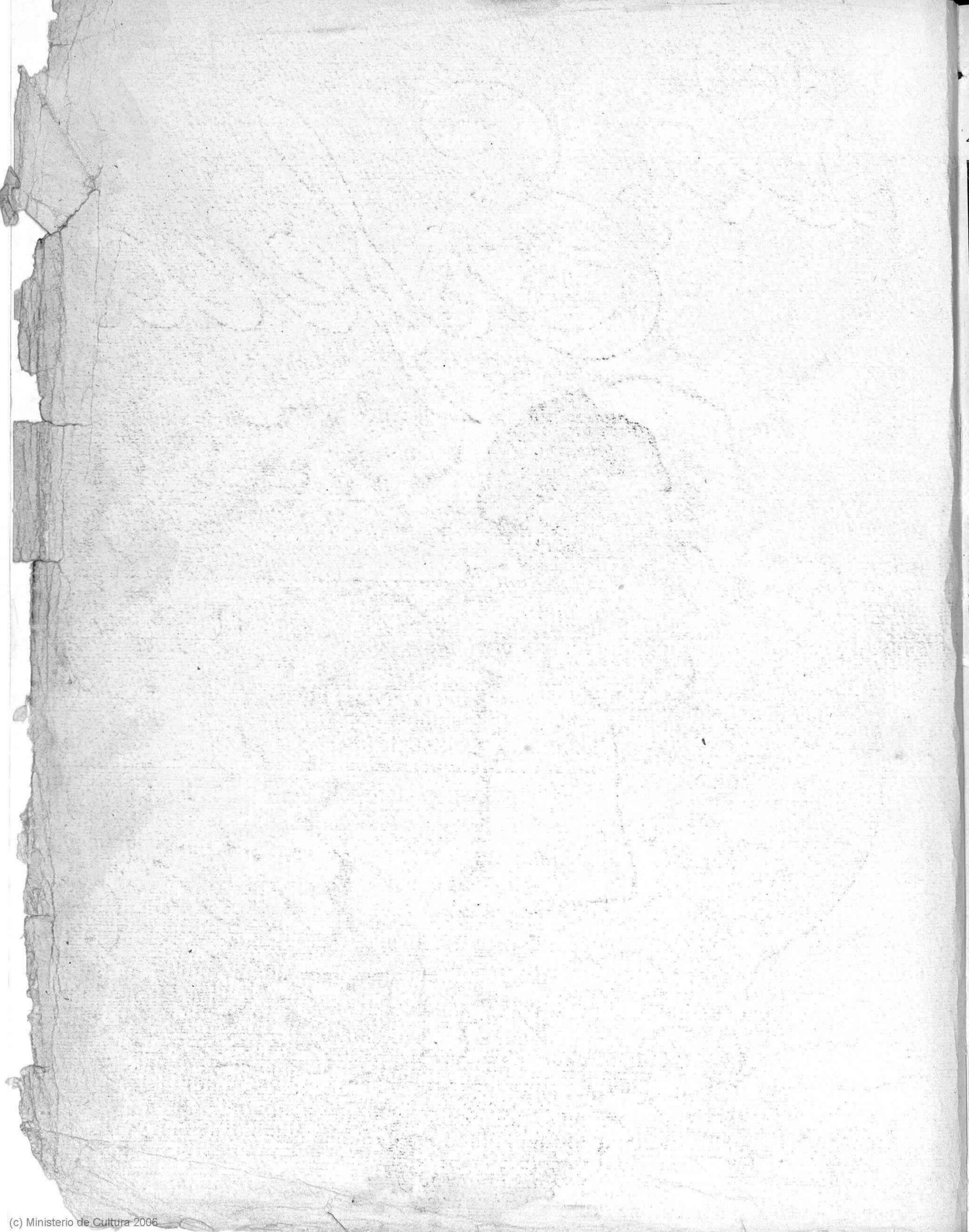


130-4-

La Esfera



Año
1915



La Esfera

Año II * Núm. 53

Precio: Una peseta



P E E L E



Los preparados **PEELE** han adquirido fama universal por asegurar al rostro y al cuerpo
HERMOSURA JUVENIL ETERNA
CASA PEELE ☉ ══ ☉ **ALCALÁ, 73, MADRID**



BAZAR X EL PARAISO DE LOS NIÑOS.—El único bazar que á pesar de la guerra, ha recibido artículos del Extranjero, éxito que le permite exponer en su hermoso local de Espoz y Mina, 6, juguetes asombrosos por su novedad, lo ingenioso de la invención y lo económico de su precio

La Lámpara



Egimar



es reconocida universalmente
 como **IRROMPIBLE** **ECONOMICA** y de
LUZ MAS CLARA Y BRILLANTE que ninguna otra

A. E. G.
 Thomson Houston Ibérica

MADRID - BARCELONA - BILBAO -
 GIJON - VALENCIA - SEVILLA - ZARAGOZA



Al paso de una mujer
que usa Jabón de

HENO de **PRAVIA**

los transeuntes se entusiasman
con el perfume que despide.....

Ehrmann.

La Esfera

Año II — Núm. 53

2 de Enero de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



S. A. R. DON ALFONSO, PRÍNCIPE DE ASTURIAS

DIBUJO DE GANONAL





DA VOI LONTAN...

ALLÁ lejos, muy lejos, *da voi lontan*, como canta Lohengrin en la versión italiana, está el país de la Quimera, y en medio de ese país sin límites, el alcázar del Ensueño: un alcázar sin muros, torreones, verjas ni puertas, abierto por sus cuatro costados á los cuatro vientos del espíritu.

En una de sus estancias sin paredes, porque en vez de ellas se alzan y entrelazan las perfumadas enredaderas de una flora irreal, hállanse los tres Reyes Magos tratando de su anual expedición al reino donde efectivamente reinan los tres en inquebrantable alianza é indivisible soberanía: el reino, también sin fronteras ni murallas, de las ilusiones infantiles.

Alguna vez, lo mismo que en los otros, suele estallar la guerra en ese reino de la inocencia pura; pero los cuatro lloriqueos con que se inician las hostilidades son vencidos muy pronto por un fuego graneado de besos, cuya fuerza y eficacia perdurarán en el mundo victoriosamente cuando ya no quede ni memoria de que existieron los cañones Krupp.

Un poco anubarrada parece la gloriosa serenidad de que habitualmente gozan los tres Reyes Magos. Melchor arruga el entrecejo lo mismo que cualquier emperador de Austria ó de Alemania. Gaspar se rasca la barba—grave signo de preocupación—al modo de Jorge V de Inglaterra y Nicolás II de Rusia. Solamente Baltasar sonríe; aunque la sonrisa de su Embetunada Majestad recuerda la risa del conejo... ó si se quiere, la de uno de esos morazos que ven con mucha satisfacción cómo se exterminan los cristianos entre sí; pero, metidos también en la mundial contienda, no saben á cuál carta quedarse: si seguir la suerte de sus excelentes y «desinteresados» amigos el francés y el inglés ó atender las perentorias imposiciones del Gran Turco y el emperador alemán.

En resumen, una perplejidad con visos de angustia conturba los reales ánimos.

—Nuestros niños predilectos—dice Melchor—son los niños españoles. Estos tienen la paciencia de aguardar hasta la Noche de Reyes, mientras los de las demás naciones exigen el anual donativo la misma noche de Navidad.

—Bien pueden—dice Gaspar—bien pueden los niños españoles armarse de paciencia durante doce días; porque entre tanto, tienen para ir haciendo boca con los turrones de reglamento, con las zambombas, tambores y panderos de ordenanza, con las consabidas funciones de tarde en los teatros, y sobre todo, con sus bonitos Belenes de cartón...

—No, y lo que es este de ahora—añade Baltasar—no ha sido mal Belén.

—¡Cómo que va á durar, por las trazas y á fe de Melchor, todo el año 15 y hasta la otra Nochebuena, si Dios quiere!

—No blasfemes, hermano, porque Dios no quiere semejantes atrocidades.

—Pues, si no las quiere, amado Gaspar, ¿por qué las consiente?

—No persistas en disparatar, contra Dios; porque ese género de crítica no pertenece á nuestro negociado celestial. Allá el Señor con los hombres, desafortunados é inícuos, dándoles lo que á cada cual corresponda.

—¡Negrito!...

—Baltasar me llamo, y digo como tal que nosotros no debemos atender más que al oficio que nos está señalado: al que el Niño Divino á quien fuimos á saludar en el portal de Belén, y luego fué Divino Maestro, cifró en estas palabras: «*Sinite pueros venire ad me.*»

—Baltasar, ¡qué bien hablas el latín!

—Mejor que el famoso Juan Latino, que también era negro como yo; pero á lo que estamos, hermanos reyes. ¿Cómo organizamos este año el cargamento de juguetes para los niños españoles?

—Ahí de nuestras dudas...

—Ahí de nuestra perplejidad... Todo menos fusiles, sables, arcos bélicos, soldados de plomo, «zeppelines», y demás chirimbolos que fomenten en los chiquillos los instintos destructores y mortíferos que á tan formidable desarrollo están llevando los mayores.

—Convenido, elocuente Melchor; pero...

—Adelante con el «pero», querido Gaspar.

—Pero ¿cómo vamos á obsequiar á los niños con palas y azadones, ferrocarriles y vapores de juguete, ajuars de cocina y arcas de Noé, historias y libros de viajes pintorescos, cuando todos los artefactos de la industria, todos los hallazgos del ingenio humano y todos los animalitos de Dios están convertidos en otros tantos elementos de destrucción sanguinaria?

—Cierto, Gaspar. Anda tú, Baltasar; á ver si se te ocurre alguna cosa medianamente práctica para resolver este conflicto.

—Como no se me ocurre nada, consultaré á los tres camellos que desde nuestras antiguas regiones de Oriente nos llevaron hasta el portal de Belén para ofrecer al Niño Jesús oro, incienso y mirra.

Y en la mágica estancia del alcázar del Ensueño aparecen los tres camellos de la evangélica leyenda, fuertes y austeros como nunca. Por

supremo permiso, habla uno de ellos y dice:

—¡Nada de juguetes, señores amos! Según se van poniendo las cosas y quedando las personas, el mejor regalo que se puede hacer á los niños en la Noche de Reyes de 1915 puede consistir, porque luego no habrá otra cosa que comer, en un buen surtido de latas ó tarros de *carne humana en conserva*.

—¡Largo de aquí los camellos!—gritan á una los tres Reyes Magos, dando al traste con su gloriosa y secular serenidad.

—Consultemos—dice Melchor, rey de los astrólogos—consultemos á la estrella que desde nuestras antiguas regiones de Oriente nos guió hasta aquel portal de Belén donde se iniciaba la edad nueva.

Y no se queda sin respuesta la consulta.

Desde lo más hondo del firmamento suena una voz misteriosa, la de la estrella, que dice así:

—Llevé á los hombres, perpetuos niños grandes, para ir pasando el tránsito terrenal, unos juguetes que se llaman justicia, paz, amor... Todos me los han hecho trizas. No creen en ellos, no les gustan. Y vosotros, reyes del país de la Quimera, señores del alcázar del Ensueño, hacedme la merced de no molestarme con ociosas consultas en favor de los niños ni de los mayores. Por mucho que me interrogueis no he de daros un rayo de luz.

—¿Por qué, estrella de paz?

—¿Por qué, estrella de amor?

—¿Por qué estrella de justicia?

—Porque estoy en *eclipse total*, y hay pararato.

—Bueno, estrella nuestra; pero los niños...

—Agasajadles con las acostumbradas fruslerías, mientras les llega la hora de devorarse entre sí, metódica y científicamente, hasta que no queden en ese planeta, por cuyas criaturas tanto os interesais, más que dos ó tres docenas de salvajes.

—¿Y entonces, oh estrella de justicia, paz y amor?...

—Quizás, quizás entonces, si los salvajes sobrevivientes no han dado en la manía de civilizarse, luzca yo de nuevo en el firmamento para que resurja el Mesías con más feliz y seguro éxito que en... ¿cuántos años há?

—Mil novecientos catorce, oh estrella de ventura, á quien todos los humanos invocan, y por sus infames culpas, nadie vé!

DIBUJO DE OLIVERA

MARIANO DE CÁVIA

CINCO MILLONES DE JUGUETES



LOS REYES NAVEGAN

No es de Oriente, sino de Occidente, de donde vienen los Magos este año. Y como los tiempos son de trastornos y trastueques, los Reyes fabulosos vienen de una república, de aquella que á fuerza de ser la más moderna, ha encontrado la fórmula de una magia tan maravillosa, que parece cuento de inverosímiles imperios de leyenda.

¿Cuándo y dónde pudo haber un mago más enorme que Edison? No lo hubo en el Oriente jamás, ni en Europa tampoco. Nicolás Flamel y Alberto el Magno, Averroes y Lull, Agripa y Paracelso, habrían exaltado su admiración ante el extraño nigromántico que ha inventado entre otras fruslerías, el fonógrafo, el cinematógrafo y la lámpara incandescente. De la tierra de magia que ha producido ese hombre, de los Estados Unidos de Norte América, es de donde llegan los Reyes para celebrar el Año nuevo.

El antiguo juego de prendas español: «de América ha venido un barco cargado de...» puede repetirse ahora en Europa con un tierno motivo. Los yankees han fletado un buque, el «Jason», y lo han repleto de una carga preciosa. Este batel de ensueño avanza dulcemente sobre las aguas con el prestigio encantado del cisne de Lohengrin.

No haya temor de que los cruceros ingleses, franceses ó alemanes dirijan los fuegos de sus cañones contra él. Es un navío sagrado. Parece que un ángel gigantesco le cubre y le protege con sus enormes alas.

Y boga dulcemente hacia las costas europeas esa nave que me imagino blanca con proa de marfil. Algo como la cuna magna de un Moisés gigantesco cuyo Nilo fuera el Océano. Su mar-

cha es majestuosa como es augusta su misión. Este bajel trae las entrañas henchidas de una carga magnífica. En su seno guárdase un tesoro. Pero no es la riqueza del oro americano. No es la opulencia de los millones yankees. El tesoro es cordial y su inmenso valor es de ternura. El «Jason» trae á su bordo cinco millones de regalos para los niños de los países beligerantes.

Caudal de bienandanza, ese precioso cargamento consolará sin duda á muchos niños que en estas Pascuas natales no pueden ver á su padre junto á ellos porque está en la guerra. También podrá distraer á muchas criaturas que ya no verán más á sus padres. Niños habrá que nunca tuvieron tantos y tan bellos juguetes como ahora. A muchas almas infantiles, inconscientes de su desgracia, estas Navidades parecerán las más felices de su vida.

Enmedio de la espantosa lucha, de la horrible contienda que debiera desearse que fuera la última de la humanidad, alguien se ha acordado generosamente de los niños. Pero ¡ay! que su pensamiento ha sido mejor que su obra. Dios le premie la intención, pero tómeme el hecho en cuenta.

Los niños recibirán juguetes para entretener su inocencia mientras sus padres combaten en el campo de la guerra ó duermen para siempre bajo el sangriento suelo. Pero he aquí que los juguetes que reciben los niños, son soldados de plomo para formar con ellos frentes de batalla, cañoncitos diminutos que disparan sus minúsculos proyectiles sobre fortalezas de cartón, escopetas con balines de corcho y charrascos fulgurantes que suenan con estrépito al arrastrarse por el suelo pendientes del charolado cinto y

pueden centellear al ser blandidos por las rosadas manecitas.

Este es el triste regalo que se hace á los hombres de mañana, para que se olviden las crueldades de hoy. Este es el presente con que se prepara el porvenir. Este es el obsequio que sirve de enseñanza á los cándidos espíritus y les dispone á recibir la idea de la fraternidad humana. Un ángel gigantesco ha sido sin duda enviado á este bajo mundo para que cubra y proteja con sus alas la marcha del «Jason» por los mares. Pero este ángel, por desdicha, no ha sido el de la paz.

Bello nombre el del rústico navío. Parece que debe llevar argonautas á la conquista del áureo vellocino. Pero ahí está el amargor del símbolo detrás de su aparente dulzura. Va el «Jason» á la conquista del cordero, pero no el blanco, como el de Dios y como los que cuidan las monjas romanas de Santa Inés, para tejer con su lana los palios arzobispales, sino el de vellón amarillo, que es el color doloroso de la envidia y del oro.

Los niños que reciban los juguetes del maravilloso regalo, jugarán á la guerra, lo mismo que sus padres. No habrá derecho, por lo tanto, á exigirles, cuando sean mayores, que su línea de conducta y orientación moral sean diversas de aquellas que se les marcaron en su infancia.

La humanidad no cambia. Si un arcángel tiende su vuelo sobre la tierra y sobre el mar, será el exterminador de la espada de fuego. El paso del ángel de la paz sería inútil. Y si cometiese la imprudencia de aparecer en los espacios, pronto quebrarían sus alas los aeroplanos de combate.

PEDRO DE RÉPIDE



CUENTOS ESPAÑOLES



VIDA NUEVA

ELENA gozó tan íntima emoción de felicidad que hubo de comprimir los sollozos. Al mirar á su marido le vió á través del tembloroso cristal de las lágrimas, y cuando él acudió á besarla, sintió contra las mejillas la cálida humedad entre sus dos rostros acalorados.

Pepe Montiel se separó bruscamente y poniéndole las manos sobre los hombros á Elena, la miró un poco sorprendido.

—¿Estás llorando, chiquita?

—Ya lo ves.

Caían las lágrimas, lentas, poniendo doble surco de brillos en la cara enflaquecida y ardorosa de Elena. Pero ella sonreía á través de las lágrimas.

—Tienes el champán triste, chiquita.

—Ni el champán, ni el alma. Alegres, muy alegres. Pepe mío. Lloro de alegría, de tan feliz como soy.

Y se levantó para abrazarle y besarle, mojóndole nuevamente el rostro, como en los días, aun no muy lejanos, de infortunio, de lucha. Pepe Montiel sintió contra su cuerpo el vientre hinchado, deforme, de la esposa.

Todas las dichas juntas. Con la nueva posición estable, sin ahogos, llegaba el hijo esperado tanto tiempo inútilmente. Tres meses antes, cuando se convencieron del embarazo indudable, sintieron el remordimiento cruel de los criminales. Era, en su miseria, una infamia lanzar una nueva vida al dolor, á la angustia de esta miseria misma. Y, sin embargo, en lo más profundo de su alma, sin una mutua confesión que les hubiera consolado de los íntimos reproches y de las febriles vergüenzas, ambos sentían vago, impreciso, con esa inquietante é impalpable realidad de las microscópicas nauplias y tornarias marinas, el amor prolongado, fundido en una nueva vida.

¡En cambio ahora! Este orgullo lo confesaban á plena voz, mirándose á las pupilas que no brillaban, como antes, de fiebre y de insomnio, y

de hambre, sino con un brillo nuevo, como si reflejaran los oros de la futura riqueza y los vésperos espléndidos de la americana tierra prometida.

—¡Elena mía, chiquita!

—¡Mi Pepe!

La obligó á sentarse de nuevo en uno de aquellos sillones amplios, tan blandos, que se hundía su cuerpo, como el desarticulado de un fantoche, flojos los hilos; sillones desconocidos para ellos en su vida miserable, tan cercana todavía.

Sentían, inconscientes, el azoramiento un poco infantil que producen los cambios demasiado bruscos en los que arrastraron la vida como á su grillete un presidiario ó como al mundo el Atlante mitológico, pero sin los crímenes del presidiario ni las fuerzas de Atlante.

Todo en torno suyo, en aquellas dos habitaciones del Hotel moderno, confortable, tenía la regocijada y serena visión de la fortuna. Habían querido, además, en un refinamiento de la inesperada holgura, no cenar en el comedor general, ni siquiera en los gabinetes particulares del Hotel, sino allí mismo, en «sus habitaciones», servidos por el criado de calzón corto, media roja y purísima dicción francesa al ofrecer los distintos vinos.

Sólo ellos parecían no haber cambiado. Enflaquecidos, pálidos, con una instintiva humildad en los ademanes y en las miradas, que sólo el tiempo podía borrar del todo, recordaban el pasado obscuro, de sordos y rabiosos combates cotidianos, que no podrían olvidar jamás y que, afortunadamente, no les robó el mutuo amor, tan firme, tan capaz para los inagotables y necesarios consuelos de ternura cuando los desfallecimientos ó las inútiles rebeldías.

Pepe Montiel llenó otra copa de champán.

—Toma, chiquita.

Elena protestó sonriendo.

—No; no, Pepe... Son demasiadas... He bebido tres.

—No importa. Por nuestra vida nueva.

—Año nuevo...—exclamó ella, sin terminar, mojóndose los labios y devolviendo la copa á su marido, que buscó en el cristal la huella de la boca amada para beber.

Nunca esta frase vulgar, falsa casi siempre, repetida de un modo indiferente y burlón, pudo tener tan augusta y noble grandeza de símbolo como entonces. Con el nuevo año empezaba para ellos una vida nueva, totalmente distinta, que se afianzaría con nuevas raíces al otro lado del mar.

Parecía un sueño de hadas. Incluso, muchas veces, Pepe Montiel releía las cartas recibidas de Santiago de Chile, para convencerse de que no se habían borrado las letras y con ellas la venturosa renovación.

—¿Ves?—le decía Elena.—¿Ves cómo yo tenía razón en esperar?

Sí; ella, la resignada, la enferma de hambre y de frío, la incansable de amor y de consuelo, no desesperó nunca y en los peores momentos, le halló sonriente y buena.

Se conocieron nueve años antes de éste nuevo que tan felizmente comenzaba. Elena era modista y mantenía á su madre, Pepe Montiel estudiaba el tercer año de ingeniero industrial. Así como Elena no tenía más que á su madre, Pepe Montiel no tenía más que á su padre, jefe de Administración del Ministerio de Hacienda. En el intervalo de tres años, murieron el padre de Montiel y la madre de Elena. Bruscamente se encontró Pepe Montiel en la calle. Vendidos los muebles de su casa, no pudo pagar del todo las deudas de su padre. Tuvo que dejar la carrera. Le proporcionaron un empleo de cuatro mil reales en el Ayuntamiento.

Entonces se casó. Fué una boda triste, humilde, sin la comida en los Viveros, sin el estrépito de coches atravesando la Puerta del Sol, llenos de muchachas vocingleras, de mozos vitoreadores, que soñaba la imaginación modisteril de

Elena. A poco de casarse murió la madre de ella, se renovaron los cargos de concejales y dejaron cesante á Pepe Montiel.

Después...
Los días interminables con las caminatas por todo Madrid en busca de un empleo, de un trabajo cualquiera, dispuesto á abdicar de todas sus aspiraciones pretéritas, pronto, incluso, á cosas inconfesables con tal de que no muriese aquella mujer que no tenía á nadie más que á él en el mundo, para defenderla y ampararla.

Mientras, Elena, arrimada á la ventana de un cuarto interior, que daba á un patinillo triste, maloliente, cosía desde el amanecer hasta muy avanzada la noche.

Pepe Montiel fué conductor de tranvía, estuvo empleado en la Nueva Necrópolis del Este, fué acomodador de un teatro de varietés, copió pliegos judiciales, estuvo en la administración de un periódico, fué capataz de una fábrica de cemento en la provincia de Guadalajara.

Pero hubo de dejar el tranvía á causa de una congestión pulmonar doble que le puso ante los ojos la amenaza de la tuberculosis. Suspendieron los trabajos de la Necrópolis, fracasó la empresa de varietés, procesaron al escribano que le daba trabajo, murió el periódico. En la fábrica se amotinaron los obreros contra él porque no les consentía emborracharse...

Y de pronto, en respuesta á una carta suya que escribió sin seguridades de respuesta, recibe la contestación de un antiguo amigo y compañero de carrera que le ofrecía un destino espléndido en Santiago de Chile. Había hecho fortuna, poseía una de las empresas más poderosas del país y, á través del tiempo y de la distancia, en virtud de una de esas inexplicables regresiones sentimentales que acometen á veces á los hombres de negocios, pensó en que el amigo lejano podía secundar su obra y con una fidelidad y un entusiasmo limpios de toda bastarda idea de lucro.

Envío dinero. Más del suficiente para los viajes y los preparativos necesarios. Sólo exigía que estuviera Pepe Montiel en Santiago antes de Febrero...

ooo

Por la plaza de Neptuno pasó una turba vocinglera, con escandaloso estrépito de latas, golpeadas, de zambombas, de panderos, de almireces, de cánticos, de vítores...

Elena y Pepe se acercaron al balcón. Limpiaron con la mano los cristales, opacos por el calor interior, y miraron, enternecidos, el paso de la chusma.

—¿Te acuerdas del año pasado?

—¡Oh! No me hables, ¡qué horror!

Bien distinta su miseria de aquel otro año nuevo, en que se acostaron sin cenar, con una rabiosa desesperación de vencidos, hundiendo la cabeza bajo las almohadas, para no oír los cantos de la gente, ébria de vino y de plebeya alegría.

Y, sin embargo, ahora, este ruidoso desenfreno de la ciudad, visto así, desde el cuarto confortable del Hotel, á través de los cristales, en vísperas de un viaje que tal vez no tuviera retorno, cuando al fin iban á cambiar por completo su vida, les emocionaba dulcemente.

—¿Quiéres que salgamos?—propuso Elena.

—¡Qué locura, chiquita! ¿Para qué?

—¡Sabe Dios cuándo volveremos á ver Madrid en una noche como ésta!

—Es una locura... Podría hacerte daño...

—No... Me abrigo muy bien... Anda, vamos...

Accedió al fin. Salieron á la calle. Elena arrebujada en sus pieles, iba cogida del brazo de Montiel, con ese paso lento, anadeante, de las embarazadas. El, sonreía complacido, á los grupos de mujeres desmelenadas y roncadas, de hombres con el rostro tiznado ó metidos dentro de femeniles atavíos, mientras cantaban villancicos y golpeaban latas, almireces, sartenes y panderos.

Oyendo sonar los panderos en aquella noche de niebla, que tenía para ellos la decisiva importancia de un símbolo, Montiel recordó á cómo sonaban otros panderos de las aldeas y de las romerías, que conociera cuando niño.

Según las manos, así hablaban de sana alegría ó de ficticio regocijo. Manos de campesina, ó manos de mujer enloquecida por el alcohol, no ponen el mismo ritmo sobre la tersa tirantez del pandero.

Aquellos panderos de la aldea y la romería, hablan de las gracias sencillas, de las coplas tal vez pícaras, pero nunca obscenas; de los campos dormidos bajo la nieve ó despiertos en toda su vernal fuerza de verdor; de las ferias donde descansan las bestias de ojos apacibles; de los sotabancos que pasean su inquietud giróvaga á través de todos los caminos. Estos panderos de la ciudad hablan de las coplas vi-

ciosas y soeces, de las tabernas propicias á la locura y al crimen; de los hombres embrutecidos y hambrientos; de las calles sombrías y tortuosas donde acechan mujeres trágicas, pintadas como payasos...

Llegaron á la Puerta del Sol, que empezaba á llenarse. Por entre los grupos circulaban hombres y chiquillos que vendían cucuruchos de papel con doce uvas para cuando sonaran las doce campanadas en el reloj del Ministerio. Aún no eran más que las once y cuarto.

—Vamos por ahí, por Carretas, ¿quieres?

—¿A dónde, chiquita?

—Por ahí, á nuestros barrios de antes...

Siguieron la calle de Carretas, la de Barrio-nuevo, la Plaza del Progreso, y de allí se internaron en las callejas tortuosas, oscuras, de suelo resbaladizo y casas ruinosas, tan familiares para ellos en otro tiempo.

De cuando en cuando se cruzaban con algún grupo. Tenían que arrimarse á la pared y dejarles paso.

Pepe Montiel empezaba á inquietarse,

—Volvamos á la Puerta del Sol, chiquita. Podemos tener un disgusto.

Seguían la calle del Calvario, desierta y tortuosa. Detrás de las puertas de las tiendas y de las casas, se oía el rumor de la zambra. A través de las rendijas pasaban tenues hilos de luz.

Repentinamente, por una de las calles transversales, desembocaron varias mujeres y tres hombres.

Uno de ellos, borracho, tropezó y fué á caer sobre Elena. Ella dió un grito y se llevó las manos al vientre. Montiel se abalanzó sobre el borracho.

—¡Bárbaro!

¿Cómo fué? Elena no lo supo nunca. Se arremolinaron todos sobre los dos hombres, impidiéndola ver. Pepe Montiel lanzó un grito desgarrador, penetrante y cayó al suelo con una navaja clavada en el corazón.

Las mujeres, los hombres, desaparecieron rápidamente.

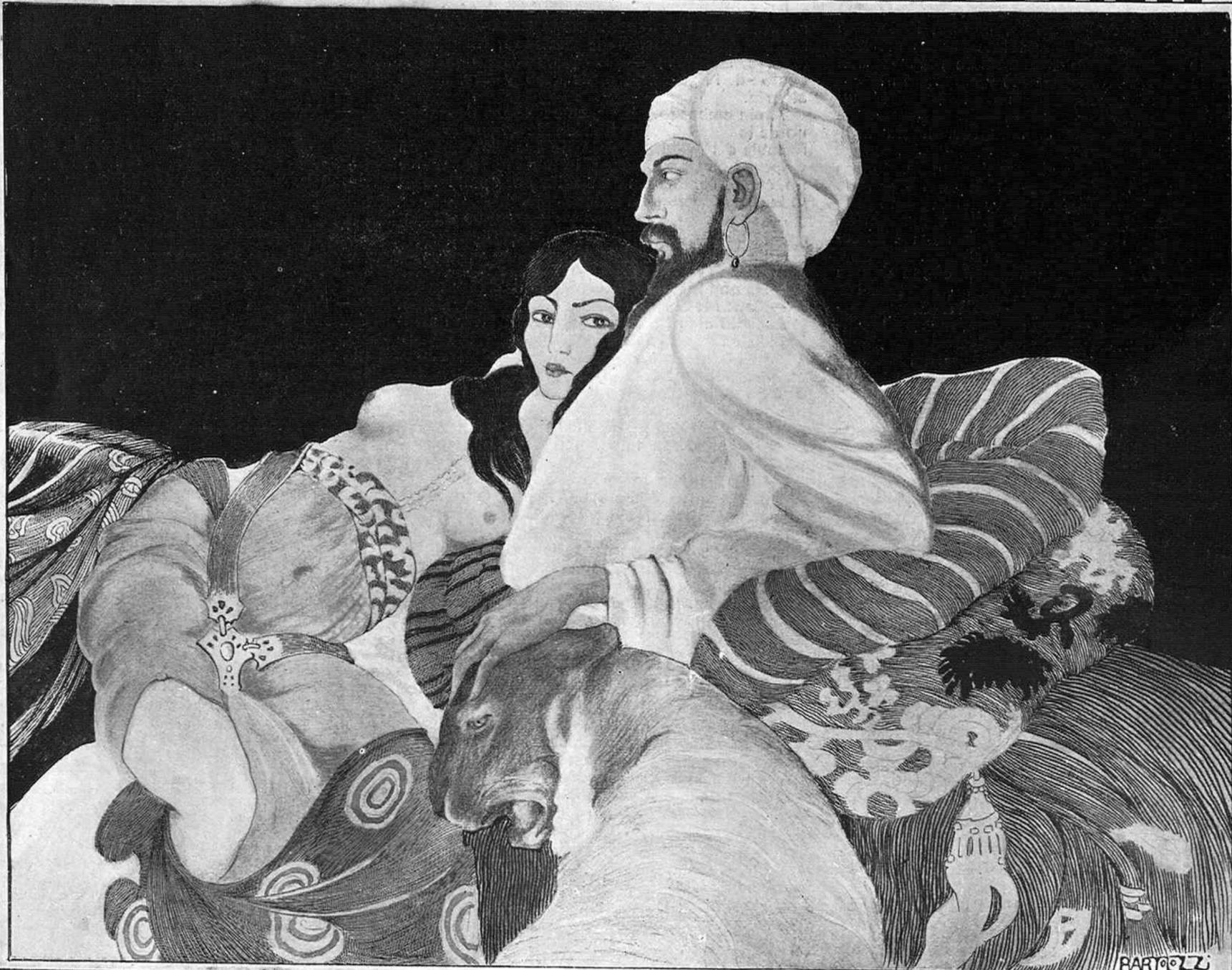
Elena quedó sola, de rodillas ante el cuerpo de su marido, que murió sin poder hablar una palabra, con una tristeza infinita en los ojos...

José FRANCÉS

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



PÁGINAS POÉTICAS



AJIMECES DE LUNA

DIBUJO DE BARTOLOZZI

He ungido mis cabellos de violeta
y mis manos de nardo...
En la secreta
cámara de mi Alhambra de poeta
—oro, sedas y mármoles—tu aparición aguardo.

Un ensueño de ámbar arde en los pebeteros,
y á través de la abierta celosía
penetra, hasta embriagarme, la poesía
de la noche florida de luceros...

Te espero... Envuelta en una
fosforescente claridad de luna
llegarás hasta mí... Los surtidores
callarán, cuando pases, y hasta el viento
para embriagarse de lascivas flores
irá á tus labios á absorber tu aliento.

Vendrás de alguna fábula de Oriente,
húmedos los cabellos de rocío,



sobre mis hombros á inclinar tu frente
para ahuyentar las sombras de mi hastío.

Y cuando mi ilusión desgarre el broche
de tu almaizal de luna,
surgirás á mis ojos, como una
escultura desnuda de la Noche.

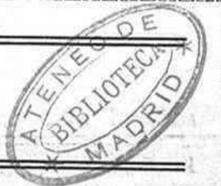
Junto al blanco ajimez mi labio espera...
Mientras sueña la piel de la pantera
con el blando calor de tus caricias
y ebrio de amor tu desnudez anhelo,
á arrullarse en la noche, tienden su raudo vuelo
las palomas de oro de las horas propicias.

¡Juventud de la carne, juventud del ensueño,
las rosas duran poco; prodiga su perfume
antes que se deshojen. Tu jardín es pequeño,
y á sus puertas, de hastío mi vida se consume!

F. VILLAESPESA

DE LA VIDA
: QUE PASA :

UN HEROE



UN soldado francés desea hablarme. Empuja la criada la puerta del estudio y entra un soldadito de infantería con aspecto de miseria y cansancio. El pantalón rojo ha tomado un color oscuro de ladrillo; en cambio el capote azul es casi blanco, por haber devorado su tinte las lluvias y el sol. El kepis, bajo su funda oscura, se revela blando y arrugado, lo mismo que un fuelle. Es un uniforme de guerra, de trinchera, que denuncia largas semanas sin despegarse del cuerpo, sirviendo á la vez de cama y de envoltura.

Su portador ofrece mejor aspecto. Va limpio, bien lavado y afeitado, con un ligero perfume en la cabeza, recién salida de manos del peluquero. En una muñeca, un reloj pulsera de oro. En la otra mano sortijas y un buen cigarro de marca cubana.

Creo reconocer este rostro pálido y sonriente; dudo, reconcentro la memoria, pero el soldadito me evita el trabajo mental hablándome en valenciano. *Don Visent... don Visent.* ¿Es que no lo reconozco?

Me acuerdo de pronto de un muchacho de mi tierra, que vive en París, un correligionario de veintitantos años que hace memoria más que yo de los mítins ruidosos de propaganda y los artículos de polémica. Es Llopis, convertido en soldado francés; Llopis, perteneciente á una familia acomodada y que se dedica en Francia á la importación de frutas.

Este muchacho, que tiene dinero y vive con desahogo, me cuenta su vida heroica, aventurera y penosa, durante los últimos cuatro meses. Sale del hospital: su carrera militar ha terminado; ya no sirve para la guerra; no lo quieren.

—¡Te has batido por Francia!—exclamo admirándole.

—Sí; me he batido por la República—contesta con sencillez.

Esta respuesta me descubre su pensamiento. Muchacho desinteresado y romántico. No se ha batido por Francia que es una nación, algo concreto que á él no le interesa directamente, pues pertenece á otro pueblo. Se ha batido por lo abstracto, por un ideal, lo mismo que los antiguos caballeros andantes, por la República, como dice con ingenua concisión.

Ve en él, mi propia juventud y la de muchos que luego han ido á parar á las playas más remotas y opuestas. Admiró la edad de los entusiasmos generosos. Este también se ha dormido por la noche con *Los Girondinos*, de Lamartine, entre las manos, y se ha desayunado al día siguiente con un capítulo lírico de Michelet, cantando las sublimidades de la Revolución. Además es un levantino de los que infunden á sus entusiasmos políticos un fervor de religiosidad artística, de los que ciñen el gorro rojo de la matrona ideal, con una corona de rosas. ¡Y pensar que en la fe incommovible de este joven, que lo ha arrastrado á las aventuras heroicas, tal vez tengo mucha parte por mis palabras de ayer!...

ooo

En las noches anteriores á la guerra corrió el bulevar, detrás de una bandera española, con un grupo de compatriotas, dando vivas á la República. Coreó en los cafés *La Marsellesa* y *El canto de partida*. Luego fué á la estación del Este para aclamar la salida de las primeras tropas. El entusiasmo del pueblo, los alistamientos, las mujeres enviando besos á los soldados y adornando con flores la artillería y los fusiles,

caldearon su entusiasmo, poniendo en pie las antiguas lecturas. Era la Revolución, con sus escenas de lírica grandeza que volvían á encarnarse en la realidad. El *Noventa y tres*, de Víctor Hugo, se salía de las páginas de la novela para esparcirse por los bulevares. Los viejos, heroicos y desgraciados, de 1870, se exhibían entre la muchedumbre, luciendo en la solapa la cinta verde y negra. La Francia revolucionaria, elocuente y romántica, había resucitado. Sólo faltaba un Danton ó un Gambetta que hablasen. La noche anterior había sido asesinado Jaurés en el café del Croissant.

El muchacho creyó que debía hacer algo más que cantar himnos y dar vivas. Se acordó de los voluntarios de 1792. Quería tomar un fusil, pero inmediatamente. No tuvo paciencia para esperar durante un mes á que el gobierno admitiese extranjeros en su ejército. Además, á su individualismo español, rebelde á toda agrupación, le repugnaba juntarse con los compatriotas. Deseaba presentarse solo, ingresando en uno de los regimientos que salían para la frontera. Se imaginaba que la guerra iba á ser corta y temía llegar tarde.

Contando con relaciones y dinero se dirigió á una plaza fronteriza y después de muchas gestiones fué admitido en un batallón. En aquellos momentos aún creían todos que esta guerra por la libertad de las provincias cautivas iba á desarrollarse en Alsacia y Lorena.

El joven español, fué el soldado de bolsa generosa que protege á los camaradas y los obsequia. Ofrecía su tabaco á los oficiales en las escaseces de la campaña, compraba víveres á cualquier precio, en los pueblos casi abandonados.

Su batallón penetró de los primeros en Alsacia. Los soldados se abrazaban á los postes fronterizos, arrancándolos con un tirón rabioso, sobrehumano. Cuarenta años de cólera nacional agigantaban sus fuerzas. ¡Al fin!... Y los postes pintados á fajas rojas y negras, con el águila bicéfala en el medallón de su remate, eran descuajados del suelo alsaciano. Batiéndose incesantemente, unas veces tendido al amparo de los repliegues del terreno, otras cargando á la bayoneta á pecho descubierto, el español entró en Alkirch, entró en Mulhouse.

La población los recibía del modo más diverso. Los alemanes establecidos en la tierra, hacían fuego sobre sus espaldas desde las ventanas, ó iban rematando á los extraviados y zagueros.

Los hijos de Alsacia salían á su encuentro, con víveres y bebidas. Miraban los niños con veneración y asombro los pantalones rojos, símbolo de la Patria perdida; lloraban las viejas al contemplarlos y tocaban su tela burda como una reliquia de los tiempos felices. Se incorporaban los ancianos en sus sillones de enfermo: «Al fin volvéis. ¡Cuánto habéis tardado!... Pero ya estais aquí...» Los campanarios con sus techos de pizarra, sus gallos de hierro en el remate y sus ventanales que sirven de refugio á los nidos de cigüeñas, soltaban al verles llegar el sonoro revuelo de sus pájaros de bronce. De pronto se abría el camino lo mismo que un cráter, entrando entre fuego y metralla un centenar de hombres. Eran las minas del enemigo.

Los contraataques de fuerzas superiores, les hicieron retroceder. «¡Os vais! ¡Os vais!»—clamaban las alsacianas viendo alejarse los soldaditos de piernas rojas...—Se fueron prometiendo volver. Y volvieron al poco tiempo por distinta ruta, escalando las pendientes de los Vosgos detrás de los cazadores alpinos, soldados-cabras, de boina azul y piernas gimnásticas que aman el precipicio y vuelan de roca en roca.

Tres meses de combates. El español hizo proezas. Recogió compañeros caídos, desafiando el fuego de los contrarios; fué herido á su vez y se curó rápidamente, volviendo á los pocos días en busca de su batallón; los oficiales le prometieron que sería citado en la orden del día. ¡Quién sabe á dónde hubiera llegado en su entusiasmo juvenil! ¡Quién sabe si se repetiría en su persona la historia asombrosa de aquellos soldados de la primera República que conocieron la gloria á los veinte años! Hasta que un día...

El muchacho se interrumpió, calla con aire de tristeza y al fin dice resignadamente:

—Ahora no sirvo para nada. He recibido un golpe en el pecho y me ahogo al marchar. Mis jefes me envían á París. Van á «reformarme».

Su defecto es grave. Al soldado no le basta el corazón; necesita unas piernas férreas, un estómago firme, unos pulmones de fuelle. Batiarse lo pueden hacer todos, por entusiasmo, por deber, por instinto de conservación. Marchar, correr, sufrir escaseces, sólo lo resisten los jóvenes.

El soldadito heroico, vacila antes de revelar cómo terminó su carrera de peligros y aventuras. Le parece vergonzoso este final. Al fin su palidez se colorea con un ligero rubor y confiesa su desgracia.

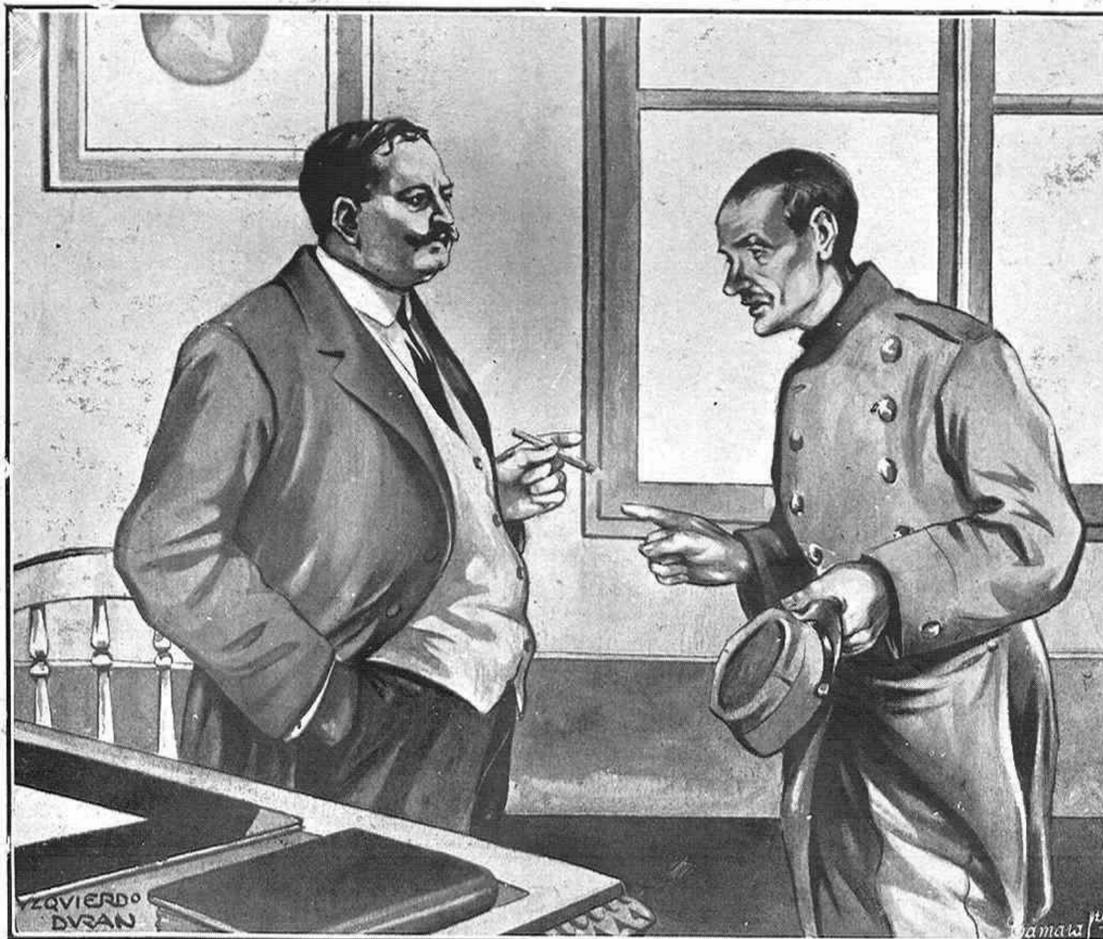
Fué una coz, una coz de caballo recibida en mitad del pecho, cuando avanzaba en un grupo de compañeros, con la bayoneta por delante. No sabe siquiera la procedencia del maligno bruto. ¿Era de un hulano? ¿Era de un francés?... En los tremendos choques de la guerra, en los mortales encontronazos de hombres y bestias, los caballos pacíficos, asustados por el estruendo, picados por el acero, heridos y con la piel sajada por extensos desgarrones, se enloquecen, muerden y cocean.

—Es triste—dice el muchacho melancólicamente.

Sí; es triste. Haber desafiado la fusilería, los grandes proyectiles que vienen de la línea del horizonte, los aeroplanos, las minas, la metralla que cae del cielo y la que surge del suelo, para terminar la carrera de héroe bajo una coz traidora...

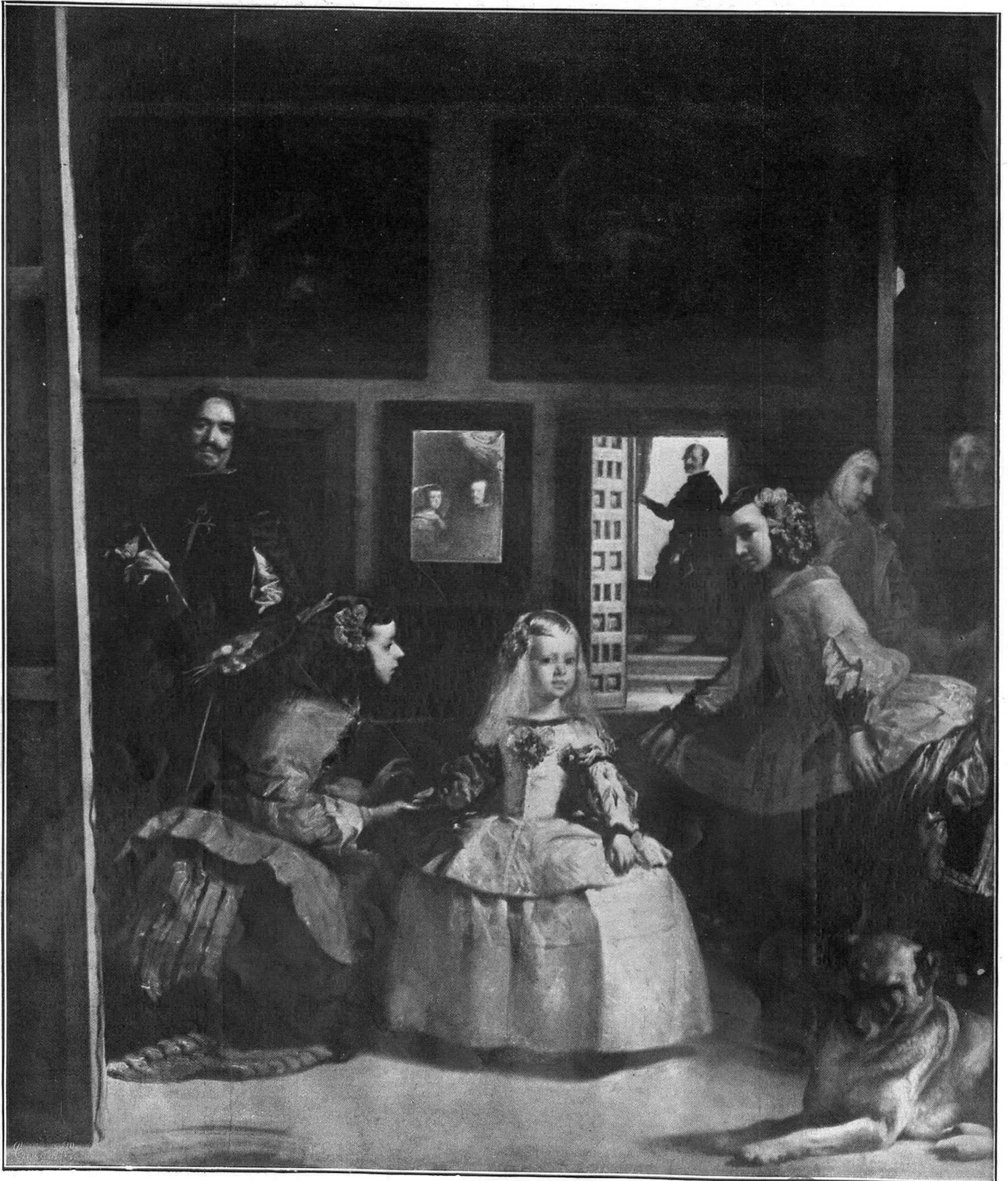
Así es la guerra; así también la vida. Cuando creemos marchar camino de la gloria, la realidad nos defiende poniéndonos sus herraduras en mitad del pecho.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ



LA ESFERA

LAS JOYAS DE LA PINTURA



LAS MENINAS (SIGLO XVII)

Cuadro de Velázquez que se conserva en el Museo del Prado, de Madrid



tar los pintores con un rey negro, empieza en el siglo XII y ya ni uno solo de los pintores que interpreta este bellísimo episodio de la Vida de Jesús, se rebela contra el simbólico personaje.

Pero lo verdaderamente curioso es que, mientras los otros reyes conservan su aspecto de hombres maduros y aún venerables, el rey negro es siempre un esbelto mancebo vestido lujosa y atildadamente, como si los artistas quisieran complacerse en hacer resaltar su figura sobre todas las demás.

ooo

En nuestro Museo del Prado no existe gran número de «Adoraciones de Reyes»; pero éstas son de tal valor, que bien suple la cantidad a la cantidad.

Las más importantes son los Trípticos de Memling—repetición con muy ligeras variantes del que se conserva en el Museo del Hospital de Brujas—de Petrus Christus y de Jerónimo Bosco; los cuadros de Velázquez, Rubens, Tiziano, Veronés, Bassano, Antolínez, Mayno, Rizzi, Met de Bless, Lignis y seis anónimos de las escuelas alemana, flamenca, de Castilla y de Madrid (de los siglos XIV al XVI); sin contar los lienzos de Claudio Coello, *San Luis, Rey de Francia, Adorando al Niño Jesús* y el anónimo de la Escuela de Castilla (siglo XV), atribuido a Maître Michiel (1) titulado *Los Reyes Católicos orando ante la Virgen y su divino Hijo*.

Comentemos brevemente algunas de estas Adoraciones ajustándonos a los límites que el espacio nos consiente.

(1) Miguel Flamenco, pintor de Isabel la Católica, según el inventario de los cuadros de la Princesa Margarita de Austria. (Véase el *Viaje artístico*, de Madrazo.

El Tríptico de Jerónimo Van Aken, el Bosch ó Bosco, perteneció á Juan de Casembroot y le fué confiscado con todos sus bienes por Felipe II, quien lo trasladó al Monasterio del Escorial.

Hay en toda la obra el áspero y fuerte realismo tan característico del Bosco, con el que pretendían éste y Breughel contrarrestar las languideces italianistas de su siglo. Se ven además, las gratas y dulces lejanías, con sus valles,

primera época del artista: fué pintada en 1619 y nada recuerda en ella la pompa y fastuosidad de los cuadros flamencos, germánicos ó italianos. Ni una sola vez desmiente el maestro su realismo. No hallaremos—del mismo modo que también falta en sus cuadros mitológicos—la sensación irreal, idealista, quimérica—la menor fantasía de ensueño. Ni el paganismo, ni el cristianismo, le apartan de su credo estético tan firme. No importa que sean seres sobrenaturales los que haya de pintar; él pinta hombres y mujeres nada más.

Este lienzo como otro bien semejante á él (1) de Zurbarán, que se conserva en la *National Gallery* de Londres, es antes que una escena mística, una escena realista, sin que sugiera al ánimo la evocación de un Gozzoli, de un Fray Angélico ó las tan opuestas, pero grandiosas, de Rubens y Veronés.

«La Adoración» de Veronés que hay en nuestro Museo, es igual, con muy ligeras diferencias, de la que se conserva en la *National Gallery* y que representa la bella escena en unas ruinas romanas y bajo un glorioso rompimiento de ángeles que descienden de un rayo de luz á contemplar cómo el rey más anciano se inclina para besar los pies desnudos de Jesús.

No menos notables y características son las del italiano Francesco de Fonte (Bassano); las de los españoles Fray Juan Bautista Mayno y Francisco, Antolínez y la del flamenco Petrus Christus (parte de un admirable retablo la última), que reproducimos en estas páginas.

SVLVO LAGO

(1) Adoración de los pastores.



Francisco Antolínez (Escuela española, 1644-1700)

montes, riachuelos y la apartada ciudad hacia la cual galopan varios jinetes; pero lo más representativo del arte personalísimo, inconfundible, del Bosco, son los seres extraños, grotescos ú horribles que, encaramados en el techo ó mirando por las grietas del ruinoso cobertizo, donde está la Virgen con el Niño sobre el regazo, contemplan la sumisa actitud del rey más anciano, la serena y tranquila del otro rey, en la madurez de la vida, y la gallarda, un poco altiva, del negro. La «Adoración» de Velázquez pertenece á la



Veronés (Escuela italiana, 1528-1588)



Francisco Bassano (Escuela italiana, 1540-1592)

LAS JOYAS DEL MUSEO DEL PRADO



LA ADORACIÓN DE LOS REYES (Fragmento)
Cuadro de Pedro Pablo Rubens

El nombre de Rubens evoca enseguida una alegre visión de desnudeces, y suena en nuestros oídos como una canción á Baco y á Venus. Es el pintor de las amorosas voluptuosidades, de las gallardías masculinas y las femeninas exuberancias. Nadie como él ha expresado el gozo de vivir; nadie como él representa el desbordado y feliz optimismo de la gloriosa Flandes. Van Dyck, es acaso más elegante, más idealizado; Teniers, más rústico; Franz Hals, más exclusivamente jocundo; Rembrandt, más severo, y sin embargo, Rubens triunfa sobre todos porque es la magnificencia, la alegría, la arrogancia, el orgullo, la sensualidad, la riqueza... y el misticismo.

Pero casi nadie, al pronunciar el nombre de Rubens, piensa que fué un gran pintor religioso, como fué también un gran pintor pagano.

Sin necesidad de ir á Amberes, donde como es sabido, está lo más admirable del aspecto religioso de Rubens, existen en nuestro Museo del Prado su-

ficiente número de obras para que los espíritus asustadizos á quienes un cuadro de desnudo indigna y alarma, perdonen al más grande de todos los pintores flamencos sus crímenes de *Las tres gracias*, *Las ninfas de Diana sorprendidas por sátiros*, *Ceres y Pomona*, *El juicio de Paris*, etcétera.

Así como en Amberes se conservan, entre otras muchas obras fundamentales, *El Descendimiento*, *La Crucifixión* y *El Cristo de la paja*; en Malinas *La Adoración de los Reyes*, *La Pesca Milagrosa*, *El milagro de San Francisco*, *El martirio de Santa Catalina*; en el Louvre *La Virgen rodeada de los Santos Inocentes*, por citar sólo unos cuantos cuadros, en el Museo del Prado se conservan los siguientes lienzos de asunto religioso:

La Adoración de los Reyes, tres *Santas Familias*, *Cristo muerto en los brazos de su madre*, *La cena de Cristo en Emaus*, *San Jorge y el dragón*, *Los Apóstoles*, *Los doctores de la Iglesia*,

Triunfo de la Eucaristía sobre la ignorancia, *Los cuatro Evangelistas*.

Acaso la obra más hermosa de todas éstas sea la *Adoración de los Reyes*, que la ciudad de Amberes regaló á don Rodrigo Calderón y que Felipe IV adquirió en la venta de los bienes del célebre valido de Felipe III. El mismo Rubens, durante su estancia en Madrid desde Agosto de 1628 á Abril de 1629, lo retocó y amplió de modo notable.

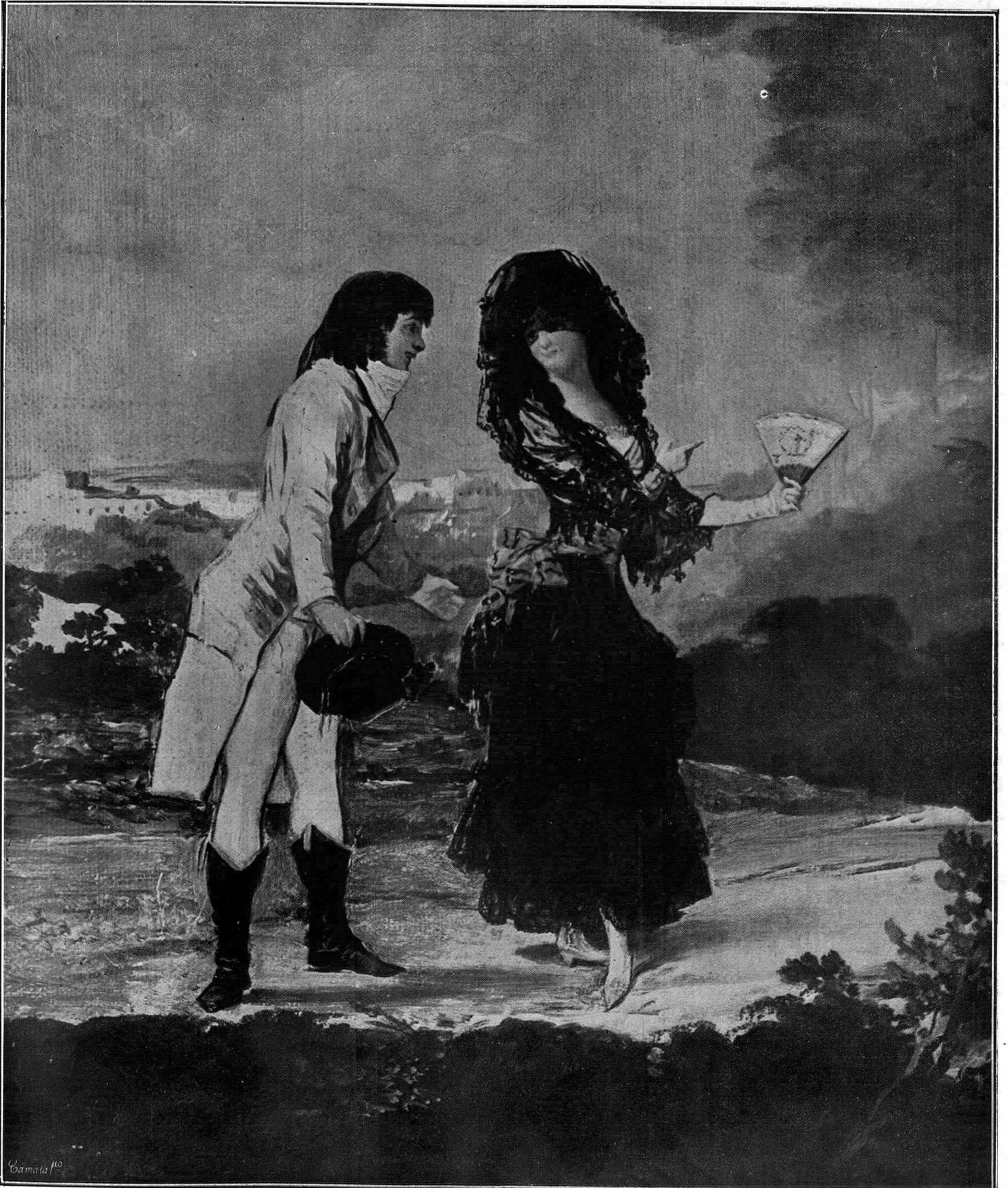
De un tamaño colosal (3'46 por 4'88 metros) hay en esta obra toda la luminosidad, todo el rico colorismo y la prodigiosa técnica del gran maestro flamenco. Puede advertirse también en los esclavos desnudos del primer término, la influencia de Miguel Angel, tan ostensible en cierta época de Pedro Pablo Rubens.

Digámos á este propósito que la presencia de los poderosos de la tierra junto á la cuna del Divino Niño, ha inspirado á numerosos artistas de diversas escuelas verdaderas obras maestras.



LA ESFERA

LAS MUJERES ESPAÑOLAS



RETRATO DE LA DUQUESA DE ALBA Y AUTO-RETRATO DEL PINTOR

Cuadro de Goya (siglo XVIII), propiedad del Excmo. Sr. Marqués de la Romana



LOS NIÑOS Y EL ARTE



CAROLINITA
por López Mezquita



SAN JUAN BAUTISTA
del Museo de Florencia



LA NIÑA Y LA MUÑECA
por Woog

TEMA gratisimo y atrayente ha sido para los artistas de todas las épocas y de todas las escuelas la interpretación de figuras infantiles. En todas las pinacotecas del mundo abundan los lienzos, las esculturas, donde el niño, bien como personaje principal ó como elemento secundario, pero siempre bello, interviene.

Desde los relieves de Luca de la Robia y las tablas de los primitivos flamencos, hasta los gráciles chiquillos desnudos que se lanzan á la azul masa mediterránea en los cuadros de nuestro Sorolla, ó los bustos infantiles de Miguel Blay, es una espléndida colección de inocentes,

de ingénuas y encantadoras figuritas sorprendidas en actitudes que se repiten y repetirán á través del tiempo.

Son además, estos cuadros en los que intervienen niños, documentos inapreciables para estudiar la historia de una época, para estudiar la psicología, las costumbres de un pueblo, incluso el predominio de ciertos ideales ó determinadas creencias de todo género.

Así por ejemplo, en Italia el niño responde á la tradición religiosa de la pintura durante el glorioso periodo en que influyera sobre todas las naciones.

Es la época de las *Sagradas Familias*, de las Vírgenes rodeadas de ángeles, de las celestiales escenas imaginadas con una dulce exaltación mística.

Los niños tienen esa gracia cálida, sonriente, de los modernos *bambinos* que vemos hoy día en los paseos romanos ó en las viejas calles de Florencia la inmortal; pero están como espiritualizados, despojados de humanidad, sin perder por ello esa picaresca inquietud que caracteriza á los Niños Jesús de Rafael.

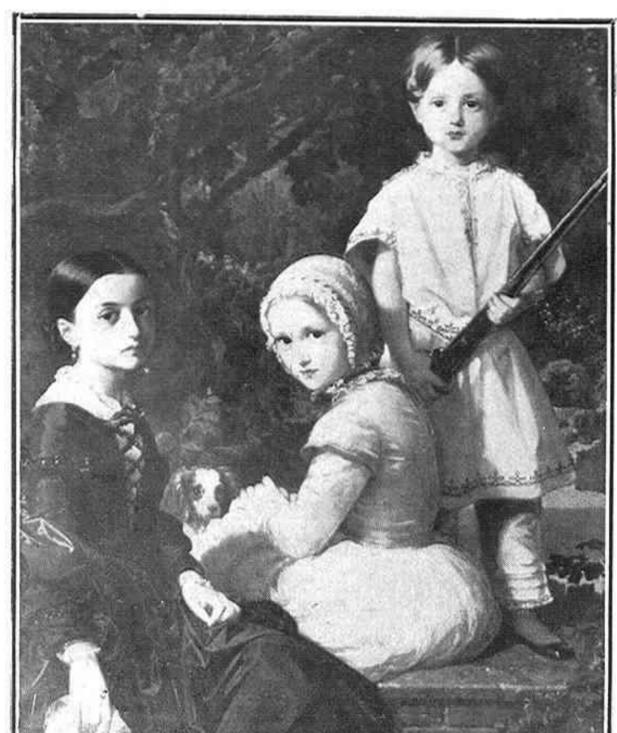
Ninguno de los admirables pintores italianos de los siglos xv y xvi, ha dejado de interpretar



MISS HAVERFIELD
por Gainsborough



NIÑO ORANDO
Escuela francesa (siglo XV)



MIS HIJOS
por Federico de Madrazo



LA HIJA DE CARLOS I
por Van Dyck



RETRATO DE MI NIETO
por Goya

los niños dándoles el carácter peculiar de su técnica: Sandro Boticelli, El Perugino, Guido Reni, Leonardo de Vinci, Andrea del Sarto, Rafael Sanzio, y Tiziano, y el Correggio, y el Giotto, y Pablo el Veronés.

En cambio, los niños de las escuelas holandesa y flamenca, dan más sensación de realidad, de «niños de hogar», y son, dentro de sus trajes burgueses, pequeños y graciosos hombrecitos representativos de la vida y costumbres de la época en que vivieron.

No es la espiritualidad, no es el carácter divinizado que tienen las menudas figuras de ángeles, serafines, San Juan y Jesús de los lienzos italianos, lo que encontramos en los cuadros de Jan Steen, de Jan von Schorel, de Pieter Hooch, de A trián Van Ostade.

Todos ellos representan á los niños en escenas íntimas y plácidas, en fiestas populares ó campesinas, que dan la sensación de un vivir regocijado y sereno. Ríen también en los cuadros de Franz Hals y son comentarios de un paganismo jocundo en los cuadros de Rubens, y símbolos de sutil elegancia en los de Van Dyck.

Las escuelas francesas de los siglos xiv y xv, han respondido á la influencia italiana de la pintura religiosa. Es en el siglo xvii y xviii donde las figuras de niño adquieren un carácter propio de nacionalidad, y empiezan á servir como ejemplo de usos y costumbres.

En los hermanos Le Nain encontramos excelentes episodios, donde intervienen niños y donde podemos hallar la vida campesina en toda su pintoresca realidad.

Con Rigaud, el admirable pintor del siglo de Luis xiv y Nicolás Alexis Belle, ascendemos á la vida cortesana y fastuosa. Pintan princesitas y príncipes, damitas de sangre azul y niños hijos de grandes poetas y de guerreros ilustres; todo un mundo pulido, enjovado, envuelto en sedas y encajes sobre fondos de muebles con reflejos áureos ó jardines geoméricamente recortados por Le Notre.

En el siglo xviii los grandes pintores como Boucher y Watteau, sólo hicieron intervenir indirectamente al niño en sus cuadros que exaltaban la galantería y la voluptuosidad.

En cambio, la sensibilidad dulcísima de madame Vigée-Lebrun, la sencillez tranquila y humilde de Chardin y la ingenuidad un poco enfermiza de Greuze, han dejado una serie de obras interesantísimas entre las que sobresalen *La reina María Antonieta y sus hijos*; *La niña de la muñeca*; *La jaula vacía*, y *El Bendicite*.

Pero donde encontramos un verdadero culto de las figuras infantiles, es en los grandes maestros ingleses del siglo xviii.

Acaso este siglo de Reynolds, Gainsborough, Lawrence, sea el más admirable, el más espléndido de belleza. Queda en los lienzos de estos

grandes pintores retratada la alta sociedad inglesa y como flores exquisitas de una raza depuradísima, las figuras de los niños.

Nada tan delicioso, tan definitivo, de infantil gracia y de sana idealización de la maternidad, como los cuadros *Miss Hoare y su hijo*, *La niña de las fresas* y *La duquesa de Devonshire y su hija* de Sir Josuah Reynolds; *Miss Haverfield*, *La familia de Jorge III* y *El niño azul* de Gainsborough; *Master Lambton* y *Lady Dover y su hija* de Tomás Lawrence; *Miss Maçoniche y su hijo* de Henry Raerbun; *Hermanos*, de William Beechey; *Niña con un perro*, *Master Page* y *Master Mercier*, de Hoppner, etc.

En España Velázquez y Murillo han sido en el glorioso periodo de la grandeza de la pintura española, los que han concedido más importancia á los niños.

Lo mismo las infantitas de Velázquez que los mendigos de Murillo, son exactos y portentosos documentos de dos esferas distintas de la vida española en el siglo xvii.

No abundan los niños en Goya; pero tiene no obstante algunos retratos tan admirables como el de su nieto, reproducido en estas páginas, el del infante D. Carlos, el de la familia del duque de Osuna, *El columpio* y ese admirabilísimo del infante D. Francisco de Paula Antonio y que figura en *La familia de Carlos IV*, uno de los lienzos más maravillosos del Museo del Prado.



LAS DOS HERMANAS
por Cornelis de Vos (Museo de Berlín)



EL NIÑO Y EL CABRITO
por Sir Tomás Lawrence



LOS NIÑOS PAILLERON
por John Sargent

ARTE CONTEMPORÁNEO



EL NIÑO ARQUERO

Cuadro de Néstor M. Fernández de la Torre



Todo en esta bella obra es armónico y pleno de gracia. Causa una grata sensación de bienestar, de aquietamiento espiritual y es como si una grata música ó un sutil perfume nos envolviera.

Néstor es tal vez el artista más refinado de nuestros pintores jóvenes. La vastísima cultura, la sensibilidad educada y ennoblecida por la contemplación de obras artísticas de todos los tiempos y de todos los países, le han orientado hacia el sentido verdadero del arte contemporáneo: el decorativo.

A la creación de bellas obras decorativas lo supedita todo, y hace bien. No le hallaréis nunca un detalle de mal gusto ni de vulgaridad. Se le adivina el placer que siente interpretando ricas telas, complicadas joyas, armónicas actitudes y puros desnudos. Funde la poesía y el color con la sabiduría técnica que nace de la concentración, de la utilización de ajenas influencias estéticas. Asimila, selecciona y depura los elementos de inspiración y de ejecución con tal dominio del *métier*, que pasma en su juventud.

Nada tan representativo de su arte admirable como *El niño arquero* donde el color tiene su máxima—casi esmaltada—brillantez; la composición ha alcanzado la ideal serenidad, el justo equilibrio; el dibujo es seguro, firme, sin vacilaciones ni rectificaciones.

Y, por último, el naturalismo y el espiritualismo que se disputan, caracterizándole el temperamento de Néstor, también aparecen unidos como dos manos de desposados la viril y fuerte del realismo y la otra femenina, blanquísima, del ensueño...

EL ANGEL DE LA PAZ



El Angel de la Paz dejó la celeste falange porque anelaba llevar á los hombres sus dulces consuelos. Blandamente cruzó los suaves céfiro del Paraíso. El sol extinguió su lumbré cuando el Angel llegó á la Tierra. Su mirada contempló desde la altura un inmenso valle y

buscó lugar apacible en que posarse. Entonces desgarraron sus oídos lamentos de muerte en un campo sembrado de cadáveres... Cubriéndose el rostro con las manos, el Angel prosiguió dolierte su jornada, sin descubrir jamás lugar bendito en que posar las divinas plantas.

BIBLIOTECA
MADRID



El Rey y "La Esfera"



Palacio Real, 25 de Diciembre 1914.

El Secretario particular

DE S. M. EL REY

Señor Don Francisco Verdugo.

Mi distinguido amigo: Su Majestad el Rey (Dios le guarde), accediendo á los deseos por V. expresados se ha dignado firmar el adjunto retrato destinado al número extraordinario de "La Esfera", con motivo del primer aniversario de su publicación.

Me es muy grato manifestarle al propio tiempo, que nuestro Augusto Soberano ha tenido á bien ordenarme envíe á V., á Don Mariano Zavala, y á cuantos colaboran en esa revista que tan dignamente dirigen, sus entusiastas felicitaciones por el éxito obtenido en esa obra de cultura y de divulgación artística, en la que han sabido dar una nota de delicadeza y de buen gusto, al prescindir de ciertas informaciones gráficas que, más ó menos directamente, pueden ejercer perniciosa y desmoralizadora influencia en la educación de un pueblo.

Su Majestad ha visto con singular complacencia que ese semanario ilustrado, á la par que hace honor á la industria tipográfica nacional, realiza una labor altamente simpática y patriótica dando á conocer las bellezas del incomparable tesoro arqueológico y artístico de España.

Al cumplir el regio mandato me reitero de ustedes affmo. amigo y s. s., q. b. s. m.,

Enilio Doré de Sones

UN NUEVO RETRATO DEL MONARCA



INTERESANTE FOTOGRAFÍA DE DON ALFONSO XIII, OBTENIDA POR CAMPÚA EN EL DESPACHO PARTICULAR DE S. M., Y QUE HA SIDO FIRMADA POR EL AUGUSTO SOBERANO CON DESTINO A ESTE NÚMERO EXTRAORDINARIO

El honor que nos ha dispensado el Rey ha colmado la satisfacción que experimentamos en estos momentos en que tanto se nos honra enalteciendo el nombre de "La Esfera"





DESDE BELÉN Á BRUSELAS LOS REYES NO LLEGAN...

SOBRE la tierra sagrada que conserva las reliquias de la epopeya bíblica, donde se alzó el humilde portal de Belén, donde Jesús anduvo predicando la buena nueva, no ha brillado esta Navidad la Estrella de Oriente. Entre los pastores que apacentaban sus ganados en las orillas del Tigris y del Eufrates, entre los trajinantes que guiaban sus caravanas hacia la abrasada Libia, se repetía una conseja adivinada por un loco agorero, asegurando que había resucitado Ezequiel, el profeta, y que nuevamente había lanzado sus trenos augustos prediciendo la destrucción de Jerusalén.

Los pastores, aislados en la soledad de sus praderas y los trajinantes perdidos días y días en los caminos abiertos á través de los pedregales áridos, no sabían nada de lo que pasaba en el mundo. Creían que cada mañana, al aparecer el sol en el horizonte, una voz misteriosa hacía repercutir en los ámbitos de la Tierra, sobre los dilatados mares y los lejanos continentes, las divinas palabras: «¡La paz sea con vosotros...!» Y esto sería eternamente.

Un día, uno de estos días del pasado Diciembre, los pastores observaron que los extranjeros huían de Palestina, apresuradamente, enloquecidamente. Ya, en aquellas noches, escrutaban el cielo esperando la aparición de la estrella de Oriente, pálida, argentada, serena... En lugar suyo, un lucero rojizo, sangriento como los bordes de una herida, iluminaba el horizonte. Y entonces fué cuando el loco agorero dijo que Ezequiel, el profeta, había resucitado. Y nuevamente, como cuando el pueblo judío gemía en la esclavitud de Egipto, como cuando Babilonia encadenaba de nuevo á los elegidos de Dios, como

cuando la media luna aventaba sobre la Tierra, como polvo maldito á la raza hebrea, los hombres de paz, de amor, de justicia, de fe, tenían que huir del Mal sin acertar con un rincón de la Tierra donde las divinas palabras: «¡La paz sea con vosotros...!» fueran aceptadas y cumplidas.

Los pastores y los trajinantes esperaban, al acercarse la Nochebuena, que pasase la alegre caravana de los Reyes Magos, con su séquito de camellos, en cuya carga el oro, el incienso y la mirra se han trocado en juguetes para los niños que no han cometido el grave error de nacer en hogares pobres: en los tugurios de las ciudades, en las casucas de las aldeas, en el pesebre rústico, sin más calor que el aliento del buey y de la mula... Los pastores y los trajinantes esperaban ansiosos á los Reyes Magos, para preguntarles qué habían hecho de sus pueblos y pedirles que, como astrólogos, interpretasen el enrojecimiento de la estrella de Oriente y las parábolas airadas de Ezequiel, el profeta. Porque, en las cabañas de Asia y en las masías de Europa saben bien que las estrellas son los ojos con que el cielo mira á la pequeñez humana y cada ráfaga de ira que cruza el firmamento, lo mismo el relámpago fugaz que el cometa esplendoroso, que la estrella roja, fija en nosotros implacablemente, ha de apaciguarla la Humanidad derramando su sangre, como en el ara de los templos druidas, como en el Calvario mismo...

La astrología es la ciencia de los humildes; es el saber de los que lo ignoran todo; ciencia de los pueblos primitivos y de los cerebros rudimentarios. En las calladas noches, en las soledades del campo y la montaña, la Naturaleza

tiene ecos que el oído se afana por entender y por interpretar. El cielo mira á la tierra escrutadoramente; parece como que la vida de otros mundos, tan lejanos, quiere compenetrarse con la del nuestro. En este silencio y en estas sombras está todo el misterio de nuestra existencia; la fuerza ignorada que nos sustenta, el espíritu que nos vivifica, el fin hacia donde caminamos, el origen de donde procedemos. En este silencio y en estas sombras los humildes ven á Dios; en este silencio y en estas sombras nacieron todas las religiones.

Los pastores y los trajinantes saben leer en las iras del cielo y en los estremecimientos de la Tierra. Para ellos, la sombra es luz; la única luz que penetra como un albor en sus cerebros rudimentarios. Y cuando ven que el orden natural se perturba, se sienten poseídos de terror, y anhelan que los astrólogos les digan por qué se enciende la ira de los dioses y de los hombres.

Así, para saber qué sucede en el mundo, por qué se mancha de rojo la estrella de Oriente, por qué los extranjeros huyen de la Tierra Santa, abierta á toda fe, los pastores y los trajinantes de Palestina aguardan el paso de los Reyes Magos. ¡Y los Reyes Magos no llegan!

ooo

Los coronados adoradores de la Inocencia, no se han atrevido este año á salir de sus fantásticos reinos. Ni aunque lo intentaran, hubiesen podido recorrer certeramente su ruta, porque no luce en el cielo la estrella de Oriente, la estrella pálida, argentada, serena de la Paz, que los guió á través de los pedregales y las arenas, hacia la

humilde cuna, donde había nacido la Justicia. Ha llegado hasta ellos el fragor inacabable de la brutal contienda, donde los pueblos se destrozan, donde las nacionalidades se hunden, donde se está fundiendo en un crisol apocalíptico de sangre y fuego, la Humanidad nueva.

La guerra ha derramado sangre y arrancado vidas en todos los continentes; en las costas de América y en las de Asia; en el Norte y en el Sur de Africa. Cada día prende el incendio un poco más allá y nuevos contingentes se aprestan a mezclarse en la contienda, como si fuese ésta la hora de locura universal que ha de preceder a la aparición del Anticristo. Ya no son los pueblos civilizados que litigan por altas idealidades ó por grandes intereses. Son los beduinos del Desierto, son los salvajes de Somalilandia, á quienes basta para vivir el alcance de sus espingardas y un chorro de agua cristalina en la fuente del oasis, los que vienen á decidir por qué valles y cauces y cumbres han de trazarse las fronteras de la nueva Europa!

¿Dónde irán los Reyes Magos que no encuentren niños enlutados, niños hambrientos, niños amedrentados por el rugir de los cañones, por el patear furioso de la caballería, por el chirriar de los aceros hundiéndose sin misericordia en carne humana? ¿Dónde irán que no encuentren á los Reyes actuales, enrojecidos de ira, ciegos de pasión, llevando á sus súbditos camino de los campos de la Muerte? ¿Dónde que no tengan que preguntar: «Rey Pedro de Servia, que huías hacia las montañas, volverás á abandonar tu corte de Belgrado?» ¿Dónde, que no hayan de inquirir: «Rey Alberto de Bélgica, que vagas heroicamente desde las trincheras á los hospitales, quién habita tu palacio de Bruselas?» ¿Dónde, que no surja en sus labios la interrogación: «Emperador de Alemania, dónde tus numerosos hijos festejaron esta Nochebuena?» ¿Dónde, que con lágrimas no vean al anciano Rey del minúsculo Montenegro, apenas descansado el brazo de su lucha con el turco, alzado otra vez intentando

salvarse de nuevo en la debilidad de sus fronteras? ¿Dónde irán que no miren las ciudades derruidas, los campos arrasados, los ríos enrojecidos por la sangre humana? Así, los pastores y los trajinantes de Palestina aguardan, en vano, el paso de los Reyes Magos. ¡Y los Reyes Magos no llegan!

ooo

¿Dónde encontrarían la fuerza para reducir á los airados, contener á los enloquecidos, humillar á los soberbios pueblos que se han lanzado fieramente á esta contienda? Los Reyes Magos no tienen ejércitos; más que una parábola, más que un símbolo son una esperanza: la esperanza de que algún día la Humanidad quiera hacer de la Fraternidad su único Código y rinda los cetos y las coronas ante los niños, que son la alegría de la Vida y el misterio del porvenir.

Los Reyes Magos no tienen ejércitos, no tienen territorios sometidos á su dominio, no tienen súbditos de cuya vida dispongan. Son reyes en la serena región del Ideal. Son una materialización de las palabras de Cristo, cuando dice amargamente, con la más atribuladora de las desesperanzas, que su reino no es de esta Tierra. ¿Qué harán, entonces, saliendo á recorrer la Palestina, donde el chapoteo de los ejércitos va á borrar las huellas de plantas sagradas, conservadas por la Tradición; á recorrer la Europa que se desgarrá; á cruzar los mares donde los buques, con sus tripulaciones y sus riquezas se hunden, cambiando tanta vida y tanto oro por una vana y fiera página de heroicidad?

¿Ni qué podrían decir, no ya los Reyes Magos, sino Jesús mismo redivivo, á los pastores y trajinantes de Palestina, cuando les preguntaran qué habían hecho de sus pueblos? A través de veinte siglos el Mal vence; cada página de la Historia es una nueva crucifixión, encarnizada, feroz, impía de las palabras del Nazareno.

Ni siquiera arraigan en los humildes, en los

desposeídos, en los acorralados por el dolor y la miseria, en los que no deberían tener otra esperanza que alcanzar en otra vida más justa un poco de consuelo. El alcohol, el trabajo rudo, la ignorancia, que también son resortes de gobierno, mantienen á las manadas del pueblo en servidumbre, como bestias de un establo, para las que no hay redención. El loco, agorero que ha anunciado á los pastores y trajinantes la resurrección de Ezequiel, el profeta airado y vengador, ha dicho verdad. Sólo resuenan sus maldiciones y sus augurios de destrucción y de muerte. Así los pastores y los trajinantes de Palestina aguardan, en vano, el paso de los Reyes Magos. ¡Y los Reyes Magos no llegan!

ooo

Los pastores y los trajinantes de Palestina son todos los inocentes, todos los humildes y limpios de corazón que en el mundo hay; son aquellos para quienes Cristo dijo su sermón en la Montaña; para quienes pronunció aquellas bienaventuranzas que jamás, jamás, se cumplirán en la vida. Vosotros, niños de esta generación, que recibiréis la herencia de esta guerra, esperaréis en vano la visita de los Reyes Magos. La fingirán vuestros padres, poniendo unos juguetes en vuestros zapatitos, pero no habrá palabras con que engañaros. Vosotros sabéis bien que en esta conflagración han sido destronados Gaspar, Melchor y Baltasar, y sobre sus caballos que galoparon hacia Belén, buscando la cuna humilde de un niño para adorarle, sobre sus caballos aligeros que en una noche recorrían el mundo entero y pasaban por todas las ciudades y todas las aldeas y todos los caseríos, se han acomodado la Fuerza, la Violencia y la Muerte, los tres Reyes Magos de esta edad novísima, que nace en las trincheras inundadas, en las ciudades derruidas, entre lágrimas y sollozos y blasfemias.

DIONISIO PÉREZ

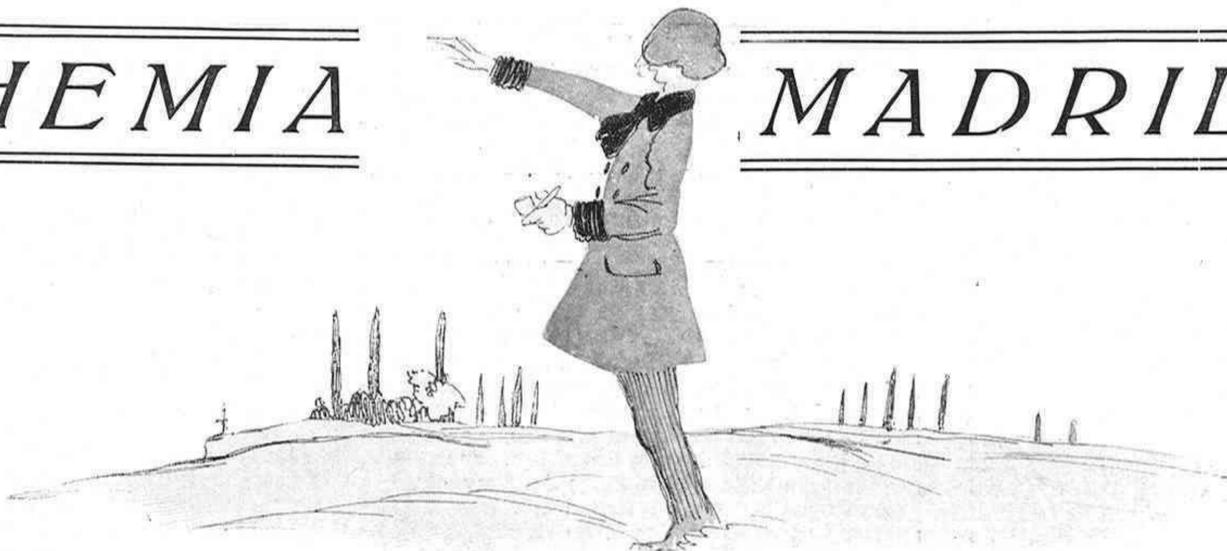
DESIJOS DE VARELA DE SEIJAS



ALTA DE
MAYO

BOHEMIA

MADRILEÑA



TODAS las cosas y las ideas tienden a convertirse en algo que les sirve de representación. El entusiasmo por la supuesta vida holgazana de artistas y literatos encarnó hace tiempo en el libro célebre de Enrique Murger, titulado *Escenas de la vida bohemia*, libro un tanto mediocre y amanerado, pero agradable á la primera lectura.

En el fondo, los héroes de Murger son los mismos personajes de Paul de Kock, un tanto poetizados. Los trajes son diferentes, la percalina es la misma. Entre los horteras del uno y los artistas del otro no hay el canto del duro, no hay más que la sombra de un lugar común.

Muchas veces á mí me han dicho: Usted ha sido un bohemio, ¿verdad? Yo siempre he contestado que no. Podrá uno haber vivido una vida más ó menos desarreglada, en una época, pero yo no he sentido jamás el espíritu de la Bohemia.

Además no he visto por Madrid, Rodolfos, ni



Colines, Mimís ni Musetas. Si los he visto alguna vez ha sido en los teatros y en los cinematógrafos para entretenimiento del buen filisteo. Todavía por Madrid se puede encontrar algo parecido al hombre bohemio; lo que no se encontrará es algo parecido á la mujer bohemia. Y la razón es comprensible. Con la vida desordenada, el hombre puede perder algo, la mujer lo pierde todo.

La mujer española no ha colaborado, ni colaborará jamás en la bohemia, porque su idea de la familia, del hogar, del orden, se lo impide.

Todos los estetas juntos, desde los profesores de retórica grandilocuente como d'Annunzio, hasta los ramplones cantores de la inmoralidad fácil y vulgar que tenemos entre nuestros literatos, no convencerán á la mujer de que el ideal femenino es la cortesana griega, ni de que su mi-

sión estriba en satisfacer la sensualidad de unos Narcisos petulantes.

La mujer es la defensora de la especie, la guardadora de la tradición familiar y por instinto considera la vida galante como un relajamiento de lo más noble de su personalidad.

Y sin vida galante no hay bohemia.

El hombre puede ser nómada de espíritu y de cuerpo; la mujer es siempre sedentaria; el fin que ella considera suyo, la creación del hogar y de la familia, exigen tranquilidad y reposo.

La mujer no colabora con gusto, y menos en España, en la vida desarreglada y azarosa: Aquí la Bohemia no tiene sacerdotisas. Si á esto se añade que tampoco tiene sacerdotes voluntarios, porque nadie vive á gusto mal é incómodamente, y que esa existencia alegre, de amores fáciles, diversiones y fiestas, que se llama vida de bohemia la llevan los señoritos ricos, los banqueros, los diputados de la mayoría, pero nunca ó casi nunca los artistas, se puede colegir que la bohemia es una de tantas leyendas que corren por ahí; una bonita invención para óperas y zarzuelas, pero sin ninguna raíz en la realidad.

Así, pues, no pintaré una cosa que no he visto y en la que no creo: lo único que haré es hablar de la vida de los principiantes de la literatura y del arte, á quienes suele llamarse también bohemios.

La bohemia ésta es casi siempre anti-sentimental y poco enamoradiza.

El joven Cupido no causa grandes estragos entre los bohemios. Verdad es que este dioscello se va haciendo tan práctico que desprecia al que no tiene cuenta corriente en el Banco de España.

He sido amigo de un señor, conocedor—según decía él—del corazón humano que aseguraba que la edad más romántica, más cándida, más llena de ilusiones para el hombre son los cincuenta años.

No hay quien pueda sospechar—me decía—las semejanzas profundas, los parecidos extraordinarios que existen entre el corazón de una muchacha de quince y el de un hombre de cincuenta primaveras.

Los dos se consideran igualmente frágiles, delicados, dignos de la atención y del mimo. Esos dos son igualmente fogosos.

Un *sportsman* que vive bien y se alimenta bien, á los cincuenta años tiene fuerzas para enamorarse. Un bohemio que vive mal, á los veinte sueña con su arte; á los cincuenta bastante hace con vivir, si puede.

Con la amistad del bohemio sucede como con el amor. El bohemio es poco afectuoso. No se cruzan impunemente esos desiertos de la indiferencia y del abandono, no se siente el rostro azotado por el viento de la áspera miseria sin que germinen en el fondo del alma cóleras y rabias; no se sufre el frío del invierno y los caprichos de la primavera sin rechinamientos interiores.

Claro que hay bohemios resignados, contemplativos, dulces hermanos de la cofradía de los Desarrapados, pequeños San Franciscos de Asís, del arroyo, que pasean por el planeta acariciando un sueño interior cándido y dulce; pero la mayoría no son así, la mayoría tiene odios violentos y cóleras feroces.

A pesar de su anti-sentimentalismo, el bohemio no es práctico. Proyecta, proyecta mucho, pero no pasa de ahí.

Quiere ser, quiere llegar, quiere encontrar el atajo, el camino rápido aunque sea tortuoso, y la humanidad lleva demasiados años de ciencia y de sabiduría para dejar camino sin explorar en el mal ó en el bien.

Vanidad de vanidades, dijo el predicador que era la vida; vanidad de vanidades, todo es vanidad.

El bohemio no sólo es vanidoso sino que es ególatra, siente admiración por sí mismo.

Si se ve humilde, desdénado y solo, va casi siempre gozando con su desgracia interior; si está enfermo ó triste, llega también á gozar. Hay esos placeres paradójicos y malsanos en los fondos turbios de la personalidad humana.

En la vida pseudo-bohemia hay vanidades trágicas, vanidades cómicas, vanidades archigrotescas.

Yo recuerdo algún tipo de estos que era claro, cruel, rajante en todo cuanto se refería á los demás, y era obscuro, blando, lleno de curvas morbosas, cuando se refería á sí mismo.

Su nariz torcida le parecía recta, su color bituminoso se le antojaba un encanto, su impotencia de imaginar le parecía una cualidad más. Si su hígado funcionaba mal, creía que todos los hígados de todos los hombres debían funcionar mal, para ser perfectos.

Pobre hombre. ¡Qué fuerza de ilusión tenía!

Otro de los caracteres de la bohemia madrileña ha sido el amor á lo lúgubre.

Muchas veces yo y otros amigos, llevados por esta tendencia fúnebre, hemos ido de noche á esos cementerios románticos que hay hacia Vallehermoso, cerca del Canalillo. Al mismo tiempo que nosotros buscábamos la sensación, una pandilla de golfos se dedicaba á robar alambres del teléfono, y á desvalijar las tumbas.

A uno de los nuestros se le ocurrió la idea de entrar en uno de aquellos cementerios y representar una escena del Hamlet.

Luego después he sabido que en aquel cementerio estaba enterrado Aviraneta.

Realmente, á pesar de la envoltura literaria,





que casi siempre lo falsea todo, muchas de estas impresiones de la vida absurda, aun vistas por un espectador, son fuertes y sugestivas.

Andar por calles y plazas hasta las altas horas de la noche, entrar en una buñolería y fraternizar con el hambre y con la chulapería desgarrada y pintoresca, impulsados por este sentimiento de caballero y de mendigo que tenemos los españoles, hablar en cínico y en golfo y luego con la impresión en la garganta del aceite frito y del aguardiente, ir al amanecer por las calles de Madrid, bajo un cielo opaco, como un cristal esmerilado, y sentir el frío, el cansancio, el anquilamiento del trasnochador.

Dejar después la ciudad y ver entre las vallas de dos solares esas eras inciertas, pardas, que se alargan hasta fundirse con las colinas onduladas del horizonte, en el cielo gris de la mañana, en la enorme desolación de los alrededores madrileños.

Yo confieso que después de estas excursiones experimentaba al volver á casa como un remordimiento. Realmente no sé si era remordimiento ó aprensión de ponerme malo, ó simplemente exceso de ácido clorhídrico en el estómago; pero la verdad era que me sentía turbado y débil.

Sin embargo, al día siguiente volvía al café, nuestro centro de operaciones.

La bohemia anterior á la que yo conocí era un poco aficionada á la taberna; la de mi tiempo no; tenía cierta vaga aspiración al guante blanco.

Sus principales puntos de reunión eran los cafés, las redacciones, los talleres de pintor y á veces las oficinas.

Había tertulias de café que eran un muestrario de tipos raros que se iban sucediendo: literatos, periodistas, aventureros, policías, curas de regimiento, cómicos, anarquistas, todo lo más barroco de Madrid pasaba por ellos.

En general, esas reuniones eran constantemente literarias, pero antes de las exposiciones se convertían en pictóricas. Entonces se producía una avalancha de melenas, sombreros blandos, pipas, corbatas flotantes; las conversaciones variaban. A Shakespeare le sustituía Velázquez, y á Dostoievski, Goya.

En una de las avalanchas precursoras de las exposiciones, conocimos á un ilustre paisajista catalán, que después se trastornó un poco. Este pintor solía venir con nosotros á recorrer las afueras por la noche y como era un simpático salvaje, se le ocurrían barbaridades. Una de las cosas que nos proponía con frecuencia, era atar á un amigo suyo á un árbol y dejarlo allá hasta el día siguiente.

Entre estos artistas había gente de una energía y de una voluntad maravillosas; recuerdo un escultor catalán que durante más de tres años vivió comiendo con los mendigos en un cuartel y trabajando. Cuando empezó á estar bien eco-

nómicamente, se murió. Otro, un pintor, tenía una guardilla tan estrecha, que no le cabía en ella más que la cama y cuando quería estira se, le era indispensable sacar los pies por el tragaluz del tejado.

Entre las redacciones, las había muy pintorescas; todavía quedaban muchas en donde no cobraba nadie, ni siquiera el director. En las revistas de gente joven se veían cosas graciosas; en una de ellas, una cuerda estirada separaba la redacción de la administración. Creía uno que estaba hablando con el director, y se equivocaba por que había la cuerda de por medio y se estaba uno dirigiendo al administrador. Otra redacción de una revista de jóvenes, estaba en la imprenta de un periódico dedicado á defender los intereses de la carnicería, y uno de los nuestros se dedicaba á quitarle los libros de un armario al director del periódico carnicero.

¡Y qué vidas! ¡Qué vidas más pobres! ¡Qué vidas más miserables!

Recuerdo un poeta andaluz, que vivía escribiendo artículos encomiásticos en un periódico de bombos. Le daban datos biográficos de las personas á quienes había que bombear, y sobre ellos hacía un artículo que el director pagaba á peseta. El fué el que en una semblanza de un fabricante catalán, escribió esta frase magnífica: —El señor Tal es el cacique más importante de la provincia de Tarragona, y aun así hay algunos que le niegan sus votos.

Este *aun así* era una muestra de la cándida inmoralidad que produce el hambre; de que sin dinero no se puede ser moral.

Otra clase de bohemios que yo he conocido por casualidad, han sido los bohemios científicos. Estoy viendo á un hombre alto y flaco, con la barba negra é inculta y la nariz colorada como una rosa, que solía ir á verme, y me decía:

—Otros necesitan laboratorios, aparatos... Yo no necesito más que dos cosas para mis invenciones: luz cenital y agua corriente. Con esto él se encargaba de eclipsar á todos los sabios del mundo; desde Tales de Mileto, al padre Zacarías. Pero el pobre hombre no tenía ni luz cenital ni agua corriente.

También venían á verme otros dos: uno que había ideado una ratonera con un espejo, basada en el instinto de sociabilidad

de los ratones, y un inventor de una dentadura postiza tan buena, según él, que casi comía sola.

De todos aquellos literatos y artistas que emprendieron el paso de este desierto de la indiferencia, unos, los fuertes y los menos, siguieron adelante; otros, quizás los más, quedaron á un lado del camino.

Los que han afrontado la miseria y el abandono y han triunfado,—es decir, se han conservado dignos,—deben mirar el sendero recorrido como una especie de vía Appia sembrada de tumbas...

No sé por qué parecen tristes y melancólicas las cosas que fueron; no se lo explica uno bien; se recuerda claramente que en aquellos días no era uno feliz, que se encontraba más inquieto, más en desarmonía con el medio social y sin embargo parece que el sol de entonces debía brillar más y que el cielo debía tener un azul más puro y más espléndido.

Ese pensamiento en el pasado, cuando se deja atrás la juventud y se la mira desde lejos, es como una herida en el alma que va fluyendo constantemente y nos anega de tristeza.

Uno quisiera que las cosas unidas á sus recuerdos fueran eternas, pero nuestra existencia no representa nada en la corriente tumultuosa de los acontecimientos. En aquel rincón fuimos casi felices... nuestra felicidad ó nuestra desgracia, tienen poca importancia.

Al pensar en todos aquellos tipos que pasaron al lado de uno, con sus sueños, con sus preocupaciones, con sus extravagancias, la mayoría necios y egoistas, pero algunos, pocos, inteligentes y nobles, siente uno en el fondo del alma un sentimiento confuso de horror, de rebeldía y de piedad. De horror por la vida, de tristeza y de pena por la iniquidad social.

Yo he vacilado muchas veces queriendo resolver, no ya si en el cosmos, sino en el interior del espíritu, es mejor la fuerza indiferente al dolor ó á la piedad. Pensando estoy por la fuerza y me inclino á creer que el mundo es un circo de atletas, en donde no se debe hacer más que vencer, vencer de cualquiera manera; sintiendo estoy por la piedad y entonces me parece la vida algo caótico, absurdo y enfermizo.

Quizás en lo porvenir los hombres sepan armonizar la fuerza y la piedad, pero hoy, que todavía la fuerza es dura, brutal y atropelladora, hay que tener piedad; piedad por los desheredados, por los desquiciados, por los enfermos, por los ególatras, cuya vida es sólo vanidad y aflicción de espíritu.

Y además hay que tener esperanza.

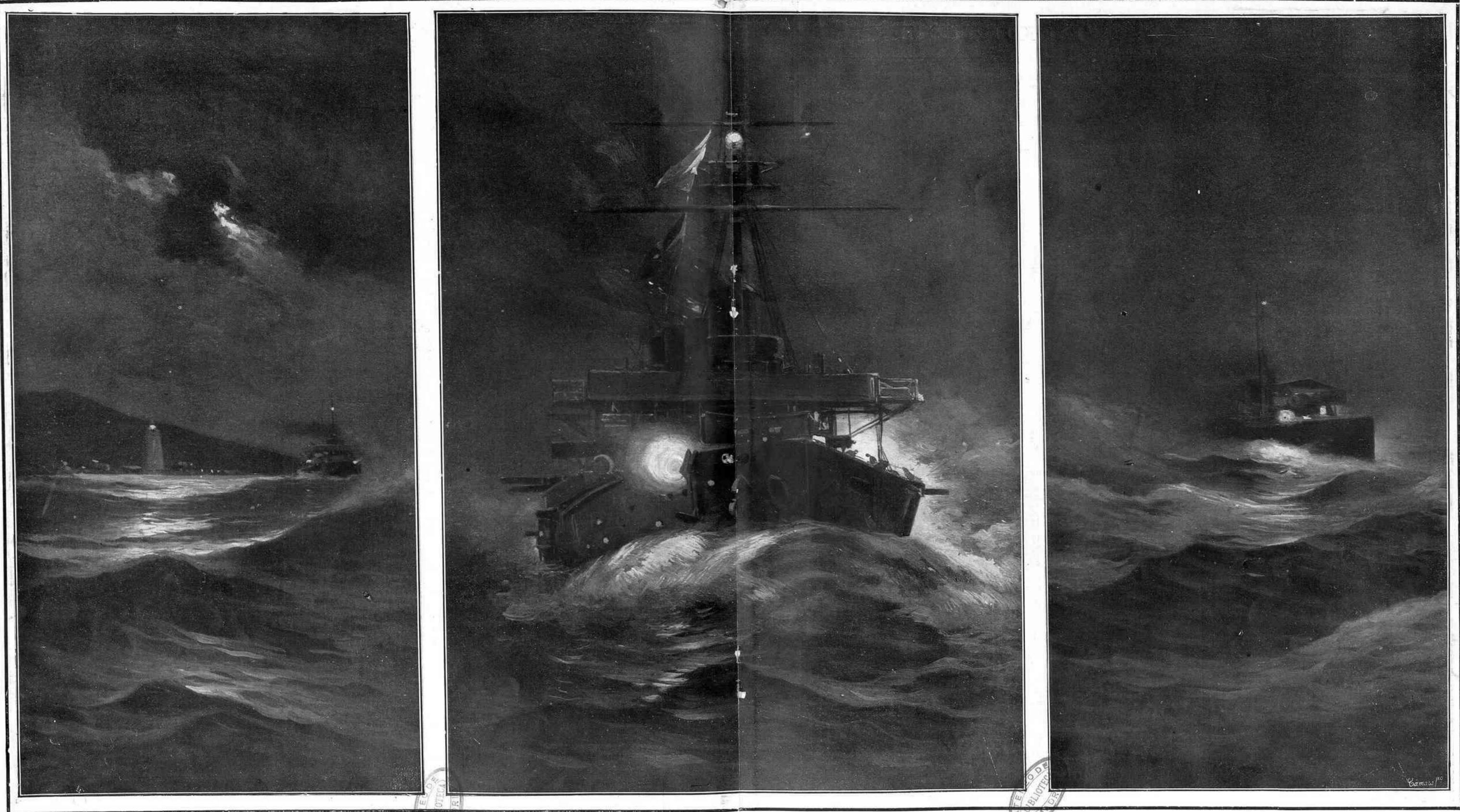
Dentro de lo posible está el que la Ciencia encuentre la finalidad de nuestro mundo, que ahora nos parece una bola inútil y estúpida repleta de carne dolorida, que anda paseándose por los espacios.

Y aunque tengamos la evidencia de que hemos de vivir constantemente en la oscuridad y en las tinieblas, sin objeto y sin fin, hay que tener esperanza. Hay que hacer que nuestro corazón sea como el ruiseñor que canta en la soledad de la noche negra y sin estrellas, ó como la alondra que levanta su vuelo sobre la desolación de los campos á la luz pudorosa y cándida de la mañana.

Pío BAROJA

DIBUJOS DE ROBLADANO





LA NOCHEBUENA EN EL MAR, dibujo de R. Verdugo Landi

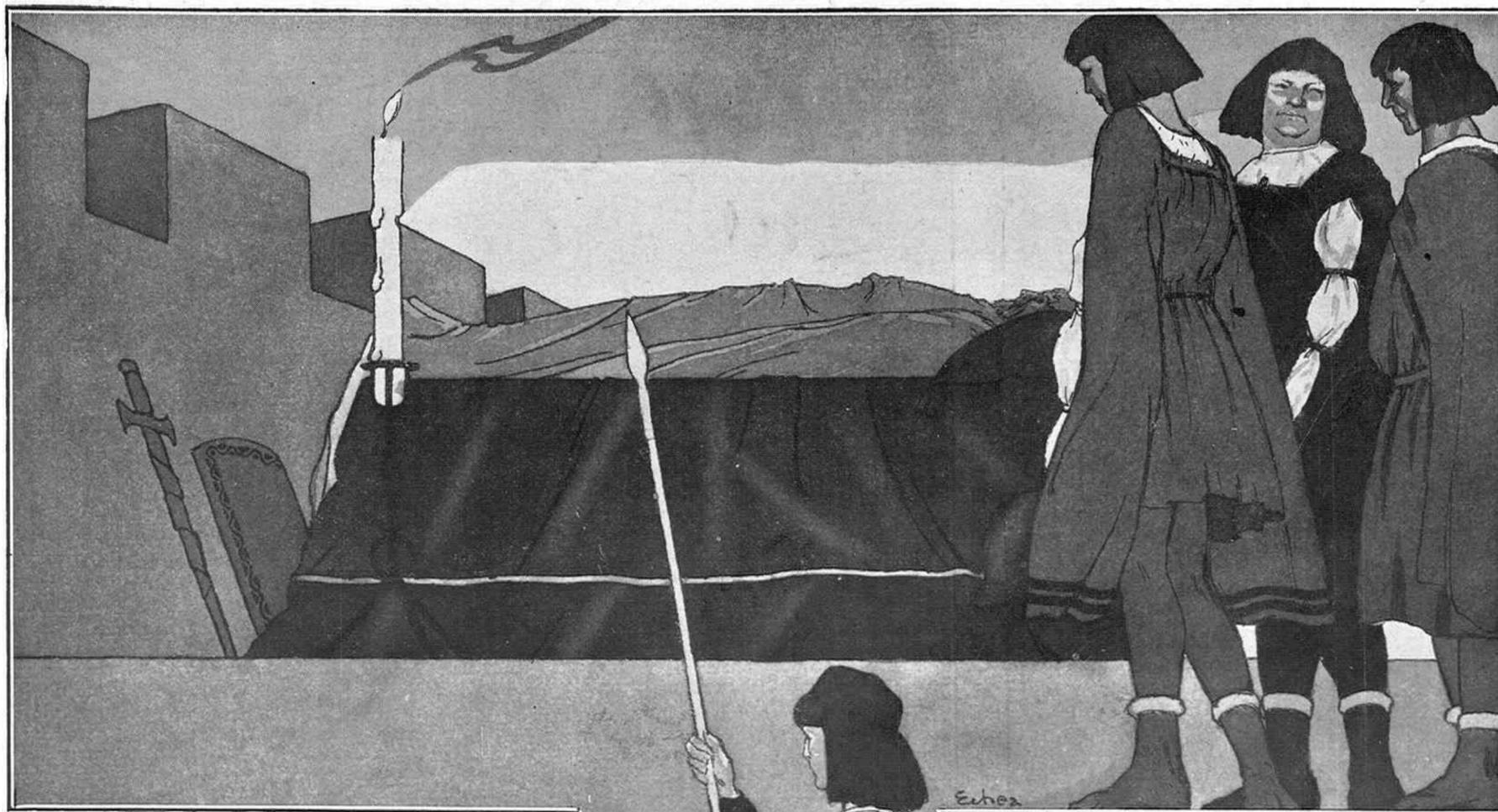
LIBRERIA
M. R.

LIBRERIA
M. R.

Camasa 110

DE OTROS TIEMPOS

(CUENTO)



HE aquí lo que rezan auténticos papeles de familia... Al pie del torreón, por la parte en que los muros de la fortaleza dan á las márgenes del río, habíanse congregado los villanos, atónitos. Y ya, del otro lado de la corriente anchurosa del Miño, natural frontera, algunos camponeses de Portugal iban juntándose también, curiosos, discutiendo la posibilidad del extraño suceso.

Tratábase de que, hacía ya tres días corridos, el cadáver del castellano de la fortaleza de Montaos, don Ruy López de Ocampo y Lugo, permanecía insepulto en la almenada plataforma, y desde los oteros podía vérselo distintamente, con la faz blanca y una mano muy descolorida puesta sobre el corazón.

Miraban los labriegos, no hartándose del espectáculo nunca visto, y cuchicheaban, entre medrosos y pasmados.

—¿Tú véelo, Bras?

—Véolo, Alberte.

—¿Cuántos días ha que murió el señor?

—Siete lo menos.

—Como si viviera tién la cara, hom.

—Andará en ello meiguería.

—¡Ay, qué compasión, rapaces!—observó una labriega rubiota y colorada.—El hijo, el mocino, don Alvar, mirade cómo llora, y cómo se pón de rodillas! Esta mañana llegó de tierra de Castilla, tan lejos! ¡Malpocadño, es bonito como una flore!

—¡Mira qué paños ricos colorados, Bras!—advirtió Alberte, maravillado.—No nos pusieran á nos paños tales en la caja, abofé!

—También lo digo, Alberte... pero más val ser villano vivo, que señor muerto y por enterrar.

Mientras comentaban los humildes, allá en lo alto de la plataforma escuderos y criados del poderoso señor consolaban al hijo acabado de desmontar, cubierto aún de polvo gris, y con los ojos enrojecidos é hinchados de lágrimas. Era el doncel como de diez y ocho años, y llevaba la rubia rizosa melena luenga, á la moda del tiempo. Sus pupilas no podían apartarse del difunto cuerpo de su padre, fascinadas de trágico horror. Apenas oía las explicaciones que le daban, apresurados, el escudero mayor, Arias Pérez, y don Alonso del Vado, tío del mozo, pariente muy estimado del muerto.

—Hijo Alvaro, mandólo todo él como se hizo.. Ordenó, estando ya en los últimos, que se abriese su testamento y se cumpliese al pie de la letra... Y así lo hicimos, que otra cosa fuera pecado. Y estaba el testamento muy á mano, encerrado en el cofre de concha con cabos de plata, que tiene las armas de Ocampo; y la llave, colgaba del cuello de tu buen padre, de una cinta... Y ordenaba que embalsamásemos su cuerpo, y que ahí lo pusiésemos, vestido su hábito de Santiago y sobre un paño de seda carmesí con

muy ricas franjas de oro, y en la mano derecha, ¿la ves, hijo?, la clave de la fortaleza; y que así le dejásemos en las almenas, por ser su obligación estrecha guardarlas fasta que el Rey, á quien hizo pleito homenaje de esta fortaleza, á ley de caballero huyodalgo, comprometiéndose á guardalle la ciudad, le mandase alzar dicho pleito homenaje... Ya ves, él lo mandó... Nosotros...

El doncel de Ocampo apenas escuchaba. Ante el cuadro de su padre insepulto, digno del pincel de Valdés Leal, se había quedado mudo, y sólo sollozos convulsivos le estremecían de vez en cuando el pecho. Era más delicado de formas que solían ser los forzudos Ocampos, y se parecía á su madre, doña Leonor de Monteroso, de la cual había sacado los azules ojos y la fina tez de nácar. Temblaba como una vara verde, y sus pupilas, dilatadas de horror, no se apartaban de la faz lívida, ya verdosa á trechos, á pesar de las muchas especias y aromas de que habían rellenado los cirujanos el cadáver, al embalsamarle. Del recio caudillo de las guerras fronterizas, quedaba ahora una figura de místico y asceta, sellada con infinita espiritualidad, crecida la barba, de acero el cabello gris que se repartía en mechones sobre la roja almohada, de viejo marfil la frente, de transparente cera la nariz, de marchita violeta los labios, que, contraidos, descubrían, en gesto de dolor, los dientes. Pero lo que atraía como un misterio tétrico á don Alvar, eran los abiertos ojos de su padre, en que el cuajado vidrio iba disolviéndose en una bruma lechosa. Los ojos se deshacían, en el esfuerzo de permanecer fijos en el cielo, único dosel del cadáver.

Al fin, el mozo pudo formar en la garganta un sonido.

—¡Por vuestra vida, que al menos le cerrades ó le tapades los ojos!—imploró.

—Por su mandato asimismo están abiertos—declaró don Alonso.—Dice que siendo su deuda con el Rey y con Dios vigilar y mirar por esta fortaleza, mientras el Rey no le alce el pleito homenaje, los ojos suyos no se cerrarán.

Dejó caer la cabeza sobre el pecho don Alvar. La tarde declinaba, y el sol espejeaba en las aguas del río, donde lo tenían los bermejos tonos del Poniente, que parecían encenderlo todo, con un matiz de fuego y sangre. Sabiendo cuánta habían bebido aquellas ondas, dijérase que tornaba á la superficie, como para ensalzar la gallardía del valiente y fiel castellano. El rostro espectral de éste, al recibir la caricia del último rayo de sol, también se revistió de un rosado tono, y pareció encenderse, como lámpara que trasluce la llama interna. Alvar sollozaba de nuevo.

Un ave negra, revoloteando, se abatió sobre el féretro, y el doncel gritó:

—¡El cuervo! ¡El cuervo! ¡Válanos Santa María!

Pero ya, solcitos, los escuderos espantaban al pajarraco, gritando, y

Yamurá

E. Torres

uno, ágil y vivo, le soltaba, de un arco, de juguete, una flechilla muy emplumada. El ave, atravesada, cayó casi á los pies de don Alvar, que temblaba más fuerte.

—No hacemos sino espantarlas— declaró el escudero mayor.—Velamos siempre, sin cansarnos, y cuando no hace luna, encendemos antorchas. Nos relevamos para descansar un rato y comer. Velamos con respeto, doncel de Ocampo: y si tres años tarda el Rey nuestro señor en relevar del pleito homenaje al tu buen padre, tres años le custodiaremos, como leales que también somos. No tengas miedo, que ni los cuervos ni los grajos, ni aun que bajen águilas de la serranía, le han de tocar.

Don Alvar echó los brazos al cuello del fiel servidor y se deshizo en lágrimas: Y don Alonso, el otro Ocampo, le puso en el hombro la mano ruda y fuerte.

—Bien está, hijo Alvar, que sientas la muerte de tu padre; pero sólo las mujeres lo fian todo al plañir. Ya hubo aquí plañideras, y ya hubo responsos, y oraciones abundantes. Vamos á cenar, que lo habrás menester, y los pajes tederán aguamanos y te asearán el cuerpo.

Pero Alvar hizo triste señal negativa, y pidiendo un sitial, se sentó al lado del padre difunto. Era ya casi de noche, y un soplo frío subía de los vecinos montes portugueses.

—Esta noche le velo yo. Idos á descansar todos.

Y, como se resistiesen solfícitos, Alvar tomó aire de mando.

—Soy el hijo mayor, y puedo dar órdenes. Hoy me toca velar á mi padre.

Fuéronse retirando, silenciosos. La luna asomaba, color de fuego y oro, al lado allá del río. Poco á poco, fué empalideciendo, y quedó tan macilenta como la cara del noble castellano. El doncel meditaba. Para ser hombre era necesario, por lo visto, un trágico vigor, hasta más allá de la muerte. El se sentía niño, aficionado al halago y á la ternura femenil, enemigo de lo que lastima y causa horror



de la sangre, cuya sola vista le causaba síncope... El gustaba de las flores y los olores buenos, de los sayos de brocado bien aforrados, de los lechos blandos, de la música deleitable, del mimo de las dueñas, y mil veces, cuando le hablaban de guerrear, recordaba haber respondido:

—¡No, que es preciso matar... Matar hombres... Reniego!..

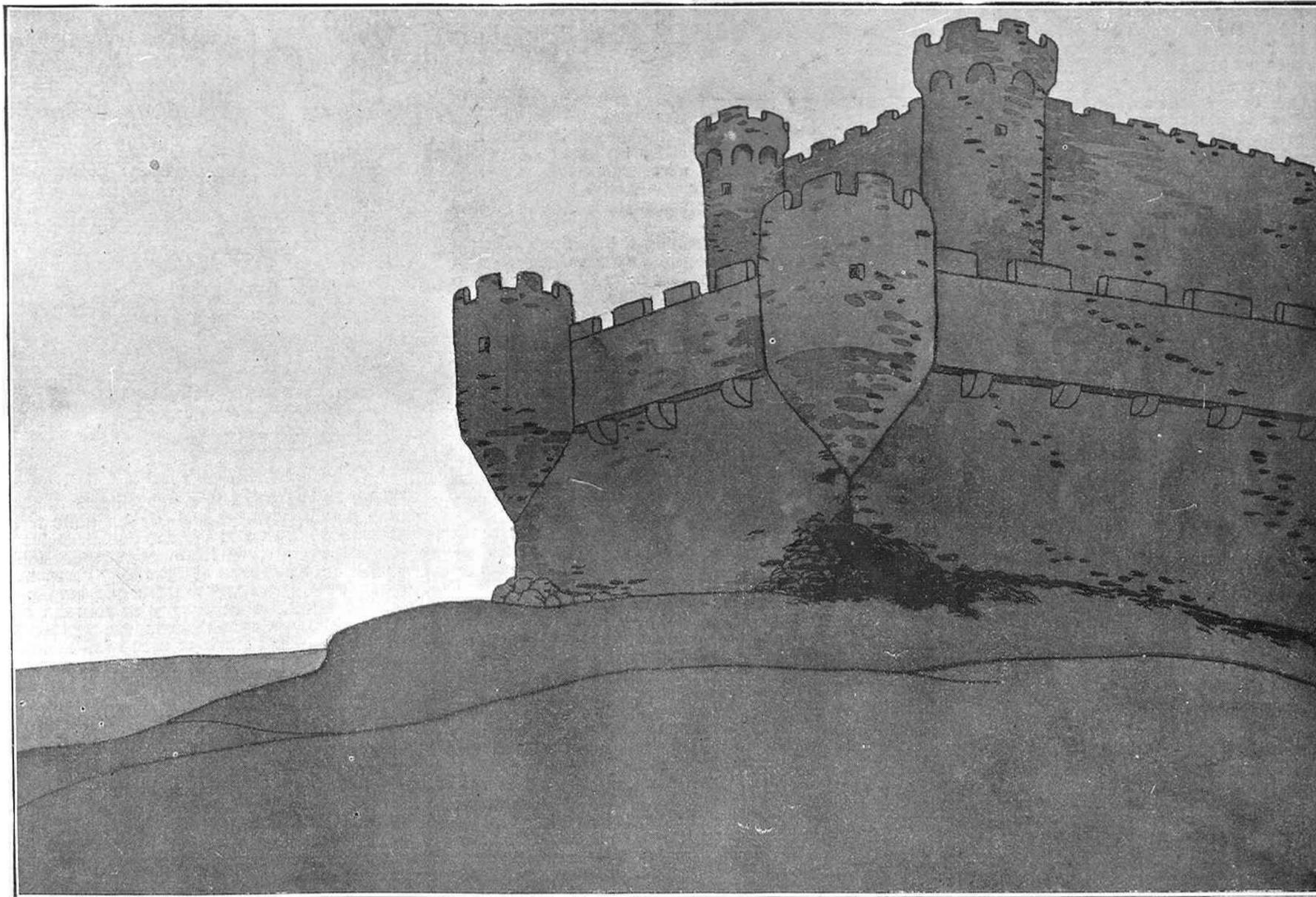
Y ahora, de súbito, los ojos terribles, las pupilas muertas, de aterradora fijeza, sugerían al doncel algo desconocido, un nuevo sentido del vivir. Más que si el cuerpo de su padre reposase allí cubierto de heridas, traído después de una batalla sobre la parihuela mullida de ramaje, á hombros de sus mesnades, el verlo de tal guisa, vigilando más allá de la vida terrenal lo que su honor de castellano de la fortaleza le mandaba que vigilase, hincaba la tremenda lección en el alma del mozo afeminado. Del ocaso rojo parecía surgir un rubor de vergüenza en las mejillas nacaradas del mozalbeta. Y la cruz de Santiago, que por ley de herencia tenía don Alvar que ostentar sobre su pecho un día, le pinchaba en el corazón hasta entonces cobarde, y se lo electrificaba. Una virilidad súbita hacía explosión en su alma.

No, él no tenía miedo. No tenía miedo ni aun al cadáver; no creía que fuese á abrirse aquella boca, á dictarle alguna orden del otro mundo. Sólo tenía que le creyesen indigno del linaje de Ocampo. Por eso quería velar solo. Iban transcurriendo las horas nocturnas, y el estremecimiento del amanecer, en vez de enfriarle con horripilación de temor, le hizo un efecto de vigorización, de energía. La luz vaga del amanecer, le mostró en el rostro del cadáver, una especie de expresión de alegría sobrenatural. Ocampo reconocía á su descendencia...

Por el camino adelantó una polvoreda arremolinada. Era el procurador del Rey, Lorenzo de Guadalajara, que, con su oficial, venía á recoger y alzar el pleito homenaje del castellano. Y, momentos después, con orgullo, sin asomos de apocamiento, con una expresión de fiereza en el rostro imberbe, el doncel de Ocampo decía al procurador:

—Alzadle de su obligación, que harto bien la ha cumplido, y yo, que soy su hijo, igual la cumpliré.

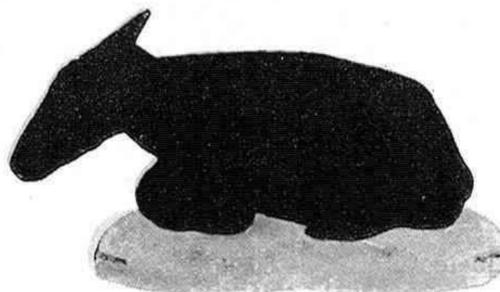
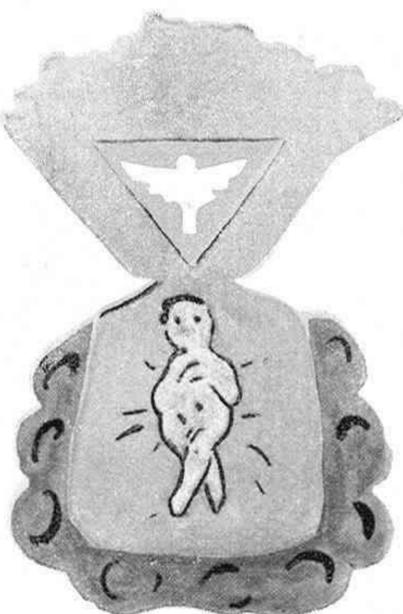
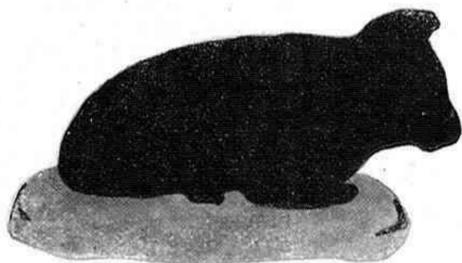
LA CONDESA DE PARDO BAZÁN



DIBUJOS DE ECHEA

MUÑECOS DE

NACIMIENTO



DETRÁS de los cristales empañados de las tiendas, han aparecido los muñecos de los nacimientos. Gordos, desproporcionados, chillones, de una tosquedad primitiva, vienen a anunciarnos el término de un año.

Llegan siempre en el rigor del invierno, cuando el campo, bajo la nieve blanca, parece un cadáver, cuando el lobo aulla de hambre en la desierta soledad de las sierras, y los arroyos claros y murmuradores congelan sus linfas al beso del hielo.

Viéndolos con sus caras redondas y rústicas, por las que asoma la bondad en sonrisas de alegría, cualquiera los supondría mensajeros de felicidad. Y sin embargo, llegan siempre mudos y candorosos, con la generosidad de sus ofrendas y sus actitudes de resignación, a recordarnos sin palabras que nos alejamos de ellos, que cada vez vamos poniendo entre las preferencias que nos inspiraban y nuestro indiferente sentir actual, la distancia infranqueable del gozo al sufrimiento, del placer al dolor, de la vida a la muerte.

Vienen a decirnos que somos hombres, y nosotros que tristemente lo sabemos, no podemos explicarnos por qué frente a ellos nos sentimos eternamente niños.

Quizás por esto los amables muñecos tradicionales no nos inspiran horror y odio.

Desde el nacer nos siguen. Acompañan nuestros primeros pasos en los días dorados de la dichosa infancia. Son amigos buenos, sumisos a nuestros mandatos y esclavos perpetuos de los dictados de nuestra voluntad. Su aparición se señala siempre con clamores de alegría y gritos jubilosos, en fechas memorables por que la felicidad anda en todas las bocas, como un alarde, como un pregón, con el que pretendemos engañarnos sin conseguirlo, porque la felicidad pasa con ellos, se va con los muñecos, para retornar con la carga de otro año más, que siempre es uno menos en los señalados a nuestro vivir.

Y por el eterno contrasentido que nos acom-



pañía desde la cuna y que rigz al mundo á perpetuidad, estos muñecos sencillos que acuden infaliblemente á presenciar las agonías del año, son los espectadores del nacimiento de un Dios.

Adoran al Hombre-Cristo que se moldeó en el claustro materno con calores de santidad, y que desde el misterio del vientre virgen sufrió las persecuciones de los hombres que habían de redimirse con su sangre mártir de la culpa de todos sus pecados.

Pero ellos quedan. A través de los días, de los años y de los siglos, seguirán viniendo envueltos en las nieblas de Diciembre á ofrendar sus adoraciones al niño que nace cuando el año muere, mientras las generaciones van pasando fatalmente por el áspero sendero de la vida, hasta llegar al borde del abismo siniestro, insaciable de la eternidad, donde la noche no se acaba nunca...



ooo

Vamos á ver un nacimiento. Venid, mis pequeños amigos, los de los ojos abiertos en una interrogación constante y las carnes de rosa. Venid, que vuestro mirar es sereno, vuestras cabezas se cubren de oro y en los dichosos labios encendidos juega siempre la alegría de una sonrisa.

Vamos á la sala grande, á la antigua estancia suntuosa que se adorna con armas de otras épocas y telas de damasco y tiene en el viejo muro un escudo de piedra. Vamos. El castillo está en calma y sus paredes seculares y sus históricos retratos que nos miran con gravedad desde la talla de sus marcos dorados, sienten el estremecimiento de vuestra alegría.

Venid, yo os hablaré de todo; yo os contaré mil consejas medrosas de brujas y de demonios y muchos cuentos bonitos de princesas pálidas y de troveros enamorados. Evocaremos á los reyes de Oriente, á los Magos que con sus camellos cargados de oro, de incienso y de mirra llegaron al mísero Portal guiados por el luminoso fulgor de una estrella diamantina.

No os empavorezca el silbar del viento, ni os amedrente el helado golpear del granizo sobre el cuadro amarillo de los góticos ventanales. Vamos allá, al amor de la lumbre. El abuelito nos espera en el ancho sillón de cuero que tiene cabezas de leones y garras aguiñadas.

Allí le veréis contemplando el nacimiento donde mueven los molinos sus aspas gigantescas y las fontanas cantan la perpetua salmodia de sus aguas de cristal.

Rie como vosotros, como vosotros goza, que por un ignorado mandato del destino, mientras menos nos falta para llegar á no ser, más nos acercamos á los que apenas traspusieron con sus pasos inseguros los umbrales de ese misterio de la nada de donde salimos y adonde volvemos llorando.

Pongamos un tronco en la chimenea para que no se apaguen las brasas que brillan como fulgurantes rubíes gigantescos. Mirad

el rescoldo cómo se desperanza en una llama azul que rodea la áspera corteza enojándola con un brazalete de zafiro. Después sale otra alargada y puntiaguda como una lanza de oro y luego otra verde y otras opalinas y rojas y otras muchas, grandes y chicas, anaranjadas y violetas, que suben, se enroscan y se encogen en una danza quimérica, sin ritmo ni compás, que tiene la soberana grandeza de las cosas trágicas.

Por la fresca cortadura del leño asoma la savia en raudales calientes, que son como lágrimas arrancadas á un tormento cruel. Porque el mutilado madero cruje y se retuerce presa del fuego como un alma en pena, y mientras la candelada triunfa, salta y estalla su miserable corteza, que al romperse suena como si el dolor le arrancase quejidos lastimeros. El poder de las llamas vence al fin y el pobre tronco que resistió en la soledad del bosque los más recios vendabales, moviendo sus brazos en la dirección del viento como si le indicara el camino que debía seguir, yace sobre las ascuas brillantes que semejan un lecho de brocado y se cubre con el sudario gris de la ceniza. Mientras, por el negro ca-



mino de la chimenea, una nubecilla de humo, blanca y sutil como el alma de un niño, sube presurosa buscando el camino de los cielos y las llamas, rendidas del festín, se esconden entre los plácidos rescoldos, alargando á veces sus lenguas ígneas, de igual manera que las fieras ahitas se tienden á reposar y se relamen los húmedos hocicos, rezuma la sangre y gotea la baba que resbala silenciosa sobre los blancos dientes afilados.

Pero volvamos al nacimiento gentil con sus simas profundas y sus temerarios taludes. Contemplemos la majestad de los barrancos y la augusta serenidad de los valles tranquilos y de los prados verdes donde pastan de la yerba jugosa los blancos recentales. Regocijémonos mirando las chozas pequeñas con sus paredes grises de adobe y sus techos cónicos de paja; veamos el tosco puente tendido sobre el arroyo donde mienten el agua los reflejos de un vidrio, bajo el cual arrastra su pesadez la tortuga de recia concha verdinegra.

En la puerta de un molino picotean las gallinas, orgullosas sobre sus patas firmes y enseñando la ufanía de sus crestas coloradas; sobre la más alta eminencia una cigüeña zancuda duerme su hartazgo, abriendo en ancho bostezo el largo compás del pico, y á la orilla de una laguna sacude con fuertes aletazos su pereza un grave pelícano de fina pluma como un ampo de nieve y ojos encendidos y rojizos como dos pulidos granates. Una serpiente sestea al sol...

El ambiente de paz y de ventura que rodea la idealidad de este mundo envidiado se nos mete en el alma. La luz es quebrada, suave, como la caricia de un sol crepuscular. El aire es ledó, blando, como el alentar perfumado de un pecho femenino. Cantan las aguas en sus veneros y las espigas de los zarzales se visten de flores.

De todos los pechos desborda la alegría. Toda la gente es buena. Mirad cómo bajan gozosos y humildes por la curva vereda, saltando quebraduras y atravesando el frágil pasadizo que salva los barrancos en cuyo fondo palpita la atracción del vértigo.

El viejo pastor de la blanca zamarra y los bur-



dos zahones, cuya noble frente se aureola con la albura de un nimbo que parece un halo de luna; el zagal niño que transporta en los hombros la tímida oveja; la buena mujer con la pobreza de un ajuar infantil, el queso fresco de cabra y el moreno pan de trigo; el rústico noble, portador de la leche que humea en el verde jarrillo, y del tarro de miel destilada del rico panal... Todos son conocidos de siempre, con ellos

nos une un fuerte parentesco espiritual.

Fijaos en aquél á quien sorprende la buena noticia, sentado al amparo de una tupida chumbera, frente á la mesa donde humea en el campesino dornajo de madera la comida frugal; no olvideis á la bella zagala que se inclina sobre el iebrijo donde crece y crece la espuma del jabón, ansiosa por estrellar los besos de sus burbujas sobre la morena piel de los brazos redondos.

Aquel séquito ilustre que viste á sus señores con pieles de armiño y pone en sus frentes coronas reales, viene de Oriente.

Son los Magos que empiezan á inquietar el plácido reposo de vuestro sueño.

Su magia consiste en abrir vuestras almas á los primeros deseos y vuestros pechos dormidos, á la ilusión y á la esperanza.

Y aquéllos se cumplen y éstas no aguardan en vano, que los reyes de Oriente son generosos con los niños buenos.

Sigamos su ruta, busquemos también á los sencillos pastores que bajan del monte con su eterno candor á cuestras.

Unámonos á la alegre caravana que pone sobre la parda corteza del campo la nota alegre de sus vestidos, como briosas pinceladas de un cuadro de color.

¡Vamos juntos á adorar al niño, ejemplo perdurable del sacrificio, el amor y la abnegación!

¡Ya lo véis! ¡Dormido! ¡Contened vuestras respiraciones, refrenad la curiosidad que asoma retozando á la franqueza de vuestros ojos. Callad, que duerme el Niño de Dios!

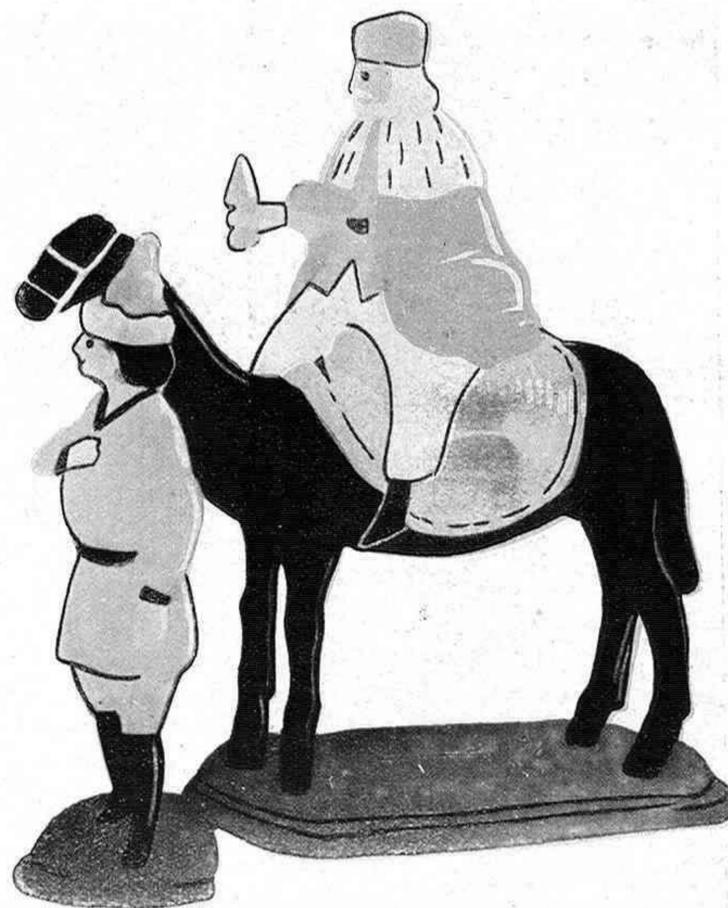
¡Dormid también vosotros! ¡Es ya muy tarde! En el llar se apagaron las brasas y los árboles del jardín se agitan empujados por el ímpetu de los vientos fríos. A la superficie del lago suben los misteriosos genios que durante el día viven en los verdes abismos del fondo. Es medrosa la noche. Sobre aquellas apartadas ruinas canta la lechuza y sus ojos fosforecen en la obscuridad como dos fuegos fatuos. Alrededor de la muralla hiere las negruras de la noche el destemplado aullar de un perro, como un agüero malo... ¡Dormid!

ooo

En el silencio claustral de la estancia un viejo reloj de caoba abandona doce campanadas sonoras y graves.

Extinguida la última vibración sigue lento é isócrono el sonar del péndulo. En la soledad que me rodea me parece la monotonía del *tic-tac* el rumor de los pasos del tiempo que se diluye en el aire.

Miro á la esfera redonda y blanca. Se me figu-



ra un ojo ciclópeo abierto eternamente sobre el enigma del porvenir.

Las cifras que se persiguen en círculo son un misterio impenetrable sobre el que pasan y repasan las negras saetas. En su cerrado arcano se guarda el secreto de las últimas horas.

¿Sobre cuál de aquellas cifras pasarán las finas agujas, indiferentes al dolor, sin detenerse un punto, cuando el espíritu vuela libre á las regiones de lo inmaterial?

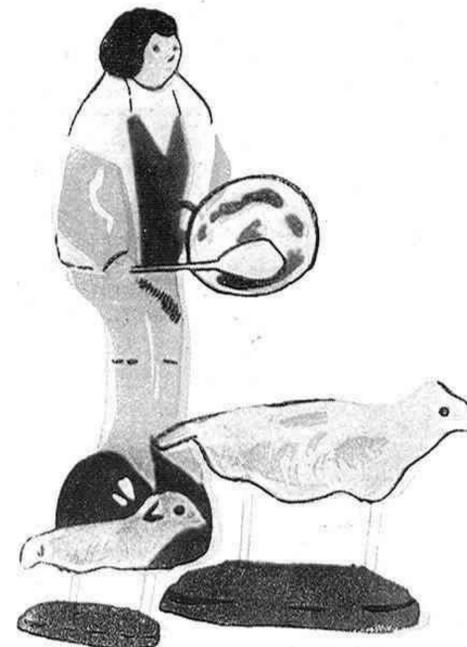
¿Cuál de aquellos números martirizantes, incomprendibles como garabatos cabalísticos, le enseñará á las sombras de mi ignorancia, la paz eterna de mi epitafio?

Duermen tranquilos los buenos amiguitos de cabellos de oro y dientes boquitas encarnadas. ¡Reposan en la paz absoluta de su inconsciencia, soñando con los muñecos del nacimiento á quienes mañana festejarán nuestros villancicos!

¡Dejadlos que duerman felices, y que lo ignoren todo para que no lleguen á sufrir las torturas con que nos amarga la vida á los que, pretendiendo enterarnos de mucho, nunca llegamos á saber nada!

ROGELIO PÉREZ OLIVARES

DIBUJOS DE GALVÁN





LA VOZ DEL FUTURO

Interrogado en su glorioso encierro de radio y de fluidos el Futuro, pidió su venia al Inmortal seguro, sonrió y dijo:

—La lección de hierro se desenvuelve olímpica; matamos á los dioses; la guerra estaba arcáica y era una furia humana; hoy combinamos la muerte en frío y al cañón le damos la acuidad de una fórmula algebraica. Nadie escapa á la lucha; es campamento Europa entera; y al que en paz se calla y ara la tierra y huye la batalla, le fusilan, callando, el pensamiento. No hay cuartel...

Parecía establecido, en la impostura de la paz armada, nuestro común reposo; y todo ha sido crispadura de huesos y alarido, al flamear de una imperial espada. La razón bebe sangre; en el profundo secreto de su ser, nadie es el mismo; á la voz del cañón trocose el mundo y entre el pasado y hoy se abre un abismo...

Yo que te hablo, mortal, no se quién eres; que al pie de tus fronteras derruidas, vas á estar en la junta de dos vidas y tendrás que engendrar de dos mujeres.

Te recibió, al nacer, el monumento donde al cadáver del horror pasado abrió sepulcro el vasto fingimiento del Orbe, atento á un imperial cuidado; pero era horrenda aquella sepultura cavada en medio de la Europa en armas, cripta feroz, que hacían más oscura las lámparas de todas las alarmas.

Nadie nombraba al muerto y le temían todos, como una pesadilla; y como

para que no se alzara, derritfan sobre el osario aquel, montes de plomo. En el divino mar, las ondas suaves rompían los cruceros, ataúdes prematuros; hollaban las quietudes de lo impalpable astral fingidas aves llevando en sus pulmones la tormenta; sudaba el pobre, meditaba el sabio, para vengar una posible afrenta, abriendo cauce á un fulminante agravio; y era, ya puesta á rebosar la copa de tanto horror sobre las criaturas, el aire de «la paz en las alturas» un «santo y seña» en el cuartel de Europa..

Días vivisteis de vergüenza y asco con la vida á la muerte hipotecada, en que una mano fué para una espada y un cráneo fué para llenar un casco. La corriente vital, desencajada del término glorioso, por esclusa de hierro acumulada, volcóse á henchir, bajo una tumba, un foso; cuajó en metal la sangre; el aire, fiero, condensó muros entre raza y raza, y agarrotóse el Orbe, prisionero de su propia amenaza.

¡Equilibrio de pánicos! ¡fingida vela de las Naciones en torno de una tumba, estremecida por los mordiscos y las convulsiones del enterrado en vida!... Porque, ahora bien lo ves, no había muerto; y fué tiempo perdido el que ha perdido la Humanidad clamando, en el desierto, las frívolas mentiras del olvido...

¡Matad, para enterrar! Saltó á pedazos, como si fuera de cristal, la tapa de aquel sepulcro, y desquiciado el mapa,

hoy sangran, como heridas, sus retazos del redivivo en la mugrienta capa.

¡¡Matad, para enterrar!!...

De bronce sean, en esta orgía del horror, las liras; y aceleren el canto, cuando vean desvanecerse en sangre las mentiras. Al sobresalto aquel de aquella vida que, en la hipócrita paz del pacto antiguo mantuvo á Europa en armas, sometida su propia ley á la del muerto ambiguo, sucedan hoy los odios descubiertos, y el corazón, como granada, estalle de vanidad, sobre los miembros yertos; dictamine la espada; ábranse calle por los senderos, á la luz desiertos, como cauterio, las pasiones; falle la piedad; truene el odio, el bien se calle y así—por fin—enterraremos muertos.

Tú, en tanto, prueba á mantener la lira en alto, en alto, en el azur lejano; donde este vaho de la humana fiera lo purifique la divina mano...

¡Dichoso tú, que alcanzarás el día de la justicia, en sus albores, fuerte!... Muriendo está la vieja hipocresía, ¡dichoso tú, que pasarás su muerte!... Torna á tu lira y grítale, exultando: «Dios te bendiga; y cuando llegues al fin de la epopeya ruda, lira inhumana y santa, calla en la tumba de los héroes, muda; la paz sin armas de sus hijos, canta».

—Dijo: arrobóse en lo Inmortal seguro de radial resplandor su profecía; tembló el Enigma en la impiedad del día, tronó el combate y se calló el Futuro...

DIBUJO DE BARTOLOZZI

E. MARQUINA

LA ESFERA
ARTE CONTEMPORÁNEO



RETRATO, por Manuel Benedito



NUESTRAS VISITAS
EL DOLOR DE LA INFANCIA

El automóvil dejó á su espalda la carretera de Chamartín de la Rosa y comenzó á trepar por una pendiente bifurcación de la derecha.

—Ya estamos llegando; ese es el Asilo — exclamó nuestro amigo el doctor Alvarez Sierra indicándonos con la mano una vasta edificación moderna que se alzaba gigantesca ante nosotros, sobre una ancha y dominadora explanada.

Mi amiga Margot, también asomó su cabeza de querube por la ventanilla, y sus grandes ojos infantiles expresaron una profunda satisfacción de verse tan cerca del sitio deseado. Después, volviéndose á mí, me preguntó con su deliciosa media lengua de chiquilla de cinco años:

—Oye... ¿Y dices que hay muchos niños?

—Sí, Margot, muchos niños muy desgraciados...

—¿No tienen padres?...—volvió á preguntar intrigada y sin poder abarcar la desgracia de aquellos chicuelos.

—Sí, encanto; tienen padres, pero es como si no los tuvieran, porque el Destino los ha separado de ellos para siempre.

—¿Y niñas, hay?

—Niñas, no.

—Entonces los Reyes Magos ¿no vendrán por aquí á dejarles juguetes?—inquirió dulcemente entristada mi pequeña amiga.

—Si las niñas bonitas y buenas como tú se lo dicen á sus padres, ellos le escribirán á los Reyes Magos diciéndoles que no se olviden de estos pobres niños y ¡claro! los Reyes, que son muy caritativos, subirán por esta carretera y por este camino á visitar el Asilo de San Rafael...

Escuchaba Margot atenta. Sus ojos color de ajenjo quedaron perplejos expresando una inmensa piedad. Su espíritu, aún en los dinteles de un cielo de inocencia y de felici-



El Asilo de San Rafael, establecido en la carretera de Chamartín

dad no acertaba á explicarse por qué en el mundo todos los niños no eran bonitos, ricos y mimados como ella.



Los asilados en la clase de escritura

Llegamos... Un fraile de la Orden de San Juan de Dios salió á recibirnos.

Era más bien joven; y su rostro marchito ex-

presaba una inteligencia privilegiada...

—Este es el Reverendo Padre Superior Fray Andrés... El alma de esta santa institución—nos dijo el doctor.

El religioso rió con modestia...

—Nada de eso, hermano;—repuso—el doctor es muy bueno; yo no hago más que administrar la caridad de las almas sublimes que se acuerdan de estos pobrecitos niños.

—Es usted joven, Padre Rafael—observé yo.

—Tengo cuarenta y dos años y llevo veintisiete en la Orden... ¡Pasen ustedes que aquí hace mucho aire!

Poco más allá del zaguán del hermoso Asilo había una salita pulcra y esterada. Allí tomamos asiento.

—Según me ha dicho el doctor—empecé yo diciendo—esta fundación, más bien que un asilo es un hospital para niños enfermos.

—En efecto, hermano—contestó reposadamente el Padre Andrés.—En esta casa se albergan los niños raquílicos y escrofulosos pobres.

—¿Qué requisitos son necesarios para su ingreso?...

—Ninguno... Aquí llega una madre pobre con su hijo; el doctor del establecimiento reconoce al niño y si dictamina que en efecto está enfermo queda en el momento admitido en esta casa y bajo el cuidado de nosotros que, como usted comprenderá, nos desvivimos porque los niños sanen pronto.

—¿Una vez que están buenos vuelven á sus casas?

—Sí, señor... Si logran curar se les dá de baja en el establecimiento. Los que no curan están en nuestra compañía toda la vida...

—¿Cuántos acogidos tienen ustedes en la actualidad?...

Ciento veinte.

—¿Se sostiene esta casa de la caridad pública?...



Margot, pequeña amiga de "El Caballero Audaz", distribuyendo juguetes entre los niños inválidos

ATENCIÓN
 BIBLIOTECA *
 MADRID *

—Absolutamente de la caridad. Cuatro hermanos salen por la mañana y hasta por la noche están pidiendo por las casas para estos niños enfermos y pobres.

—¿Y recaudan mucho?...

El fraile hizo un gesto de conformidad. Después exclamó:

—Recaudan escasamente lo bastante para sostener las ciento veinte criaturas.

—¿Cuánto supone de gasto la estancia aquí de cada niño?...

—Yo calculo que seis reales, porque se les alimenta muy bien y porque la cirugía cuesta muy cara. ¡Usted sabe, hermano, los paquetes de gasa y de algodón que se consumen aquí!...

—Y sobre todo—abundó el doctor—los aparatos que son muy caros y que, como verá usted, procuramos que no falte nada.

—Ahora van a comer, ¿quieren ustedes presenciar la comida y después verán todo el establecimiento?

Aceptamos con mucho gusto. El Padre Andrés, que me recuerda al «Místico», partió delante. Por corredores anchos, limpios como el jaspe y oreados, pasamos al comedor.

Allí el espectáculo que se ofreció a nuestros ojos no podía ser más triste... Delante de dos largas filas de mesas estaban comiendo los pobres niños: todos eran de cinco a diez años. Unos tullidos, otros mancos, otros esqueléticos, muchos jorobaditos y extenuados. Casi todas estas cabecitas infantiles estaban deformadas y casi todos los rostros velados por un color de fideo pajizo, que aterra.

¡Pobres niños! Me acerqué a uno. Contaría ocho años, y para andar tenía que valerse de dos muletas porque sus piernas, que terminaban en dos muñones, poco más abajo de las rodillas, no le sostenían.

—¿Qué hay, chiquitín?... — le pregunté, lleno de dolorosa emoción, al mismo tiempo que le acariciaba la escuálida carita. El me miró idiotamente. Tal vez pensara para sus adentros que soy un imbécil por hacerle esta pregunta... ¿No veo lo que hay en el mundo para este infeliz? ¡La inmensa tortura de haber nacido!...

—Vas a comer ¿eh?...

—Sí, señor...—contestó con voz cavernosa.

—Vamos, dime, dime... ¿qué comes?...

—Por la mañana, chocolate ó café; á la una, sopa, cocido, carne, principio y postre.

—¡Hombre! ¿principio?... Veo que los Padres son muy buenos. ¿Qué os dan de principio?

—Pescado... carne ó huevos...

—¿Y por la noche?

—Por la noche... dos platos... uno de carne y por la tarde merendamos...

—¿Os cuidan mucho los Padres?...

—Mucho...

—¿Tú los quieres más que á nadie?...

—Sí, señor, más que á nadie.

—¿No querías salir nunca de aquí?...

—¡Nunca!...

Le levanté en alto y le dejé un beso en su carita escuálida; después le llevé hasta su asiento. Por delante pasó el Viceprior con dos tullidos en brazos.

Deshechos en piedad inmensa hacia aquellas

criaturas que comían sin algazara alegre y sin salud, moviendo con esfuerzo los mezuquinos miembros, salimos del comedor.

—Pero, ¿esto es horrible, Padre Andrés!...—murmuré.

—¡Ah! amigo, pues si éstos son los mejores del establecimiento... ¡Ya verá usted! ¡Ya verá usted!

Una amplia escalera nos condujo á una azotea ó paseo al aire libre, bañado por el sol del Mediodía.

—Aquí es donde se efectúan las curas de sol, en los escrofulosos, raquíticos, artríticos y tuberculosos...—me explicó el doctor—. Estos baños de sol dan unos resultados satisfactorios. El enfermo, á los ocho días de estar sometido á ellos, se le ve variar de aspecto.

—¿Y todos estos?...—pregunté, viendo la doble fila de cochecitos-cunas, en cuyo interior aparecía postrado el niño.

Margot se acercó al lecho y le entregó un paquete al mismo tiempo que le preguntaba:

—¿Qué tienes, nene?...

El desgraciado al ver el juguete se iluminó de alegría. Como un pajarillo que ve acercarse la madre, abrió la boquita y extendió las diminutas manos exangües para coger el juguete. Con ilusión infantil lo apretó contra su pecho.

—¿Estás malo, nene?...—volvió á preguntarle Margot.

—Sí, malo; pero cuando me levante jugaremos juntos... ¿verdad?...—respondió él.

—Sí—contestó Margot...

Y el niño sonrió plenamente satisfecho. ¡Tal vez para él haya empezado el cielo en este caballito de cartón y en esta preciosa nena de los bucles dorados y de las largas pestañas.

Ella, antes de salir del dormitorio, lo mira con una pena inmensa, de tener que abandonarlo. Yo que lo advertí, le pregunté:

—¿Te quieres quedar aquí para cuidar á ese niño, Margot?

—Sí—respondió ella rápida.

¡Alma sublime la de la mujer, que desde los cinco años siente destellos de abnegación! Toda mujer lleva dentro de sí una hermana de caridad.

Salimos del establecimiento... En la explanada, bajo el delicioso sol, cantaban los niños, formando dos filas detrás de dos banderas españolas. Otros jugaban en los columpios y era muy doloroso el contemplarlos.

¡Pobres angelitos! Al que no iba con muletas le faltaba un brazo; el que no, se arrastraba por el suelo como una larva, valiéndose para andar de los codos y de las posaderas. Y todos ellos ¡todos! cantaban un himno patriótico de defensores de la Patria.

«¡Salve, bandera de mi Patria, salve!»

Era aquel espectáculo una triste paradoja que hacía llorar.

—Si el público conociera esto—exclamé yo dirigiéndome al Padre Andrés—tal vez se privara de algunas gollerías estas Pascuas y favoreciera más esta casa...

—¡Si Dios quisiera!—repuso el Prior—. Pero, ya ve usted... Los pobrecitos hermanos que andan pidiendo son unos verdaderos mártires. ¡No sabe usted lo mal que les tratan los porteros!... No les dejan subir á las casas y muchas veces, les maltratan de obra.

—Esos es inhumano. La caridad debe encontrar todas las puertas francas. Y abandonamos el Asilo de San Rafael. En el coche íbamos todos en silencio.

Niños ricos, niños felices, niños queridos, para vosotros es este número de LA ESFERA, en el cual os doy cuenta yo de otros niños que sin motivo purgan culpas de otros en este mundo. Bien que dentro de dos días pasen los Reyes por vuestros felices hogares y os dejen los deseados juguetes; bien que vuestra infancia esté dorada por el mimo y la dulzura de vuestros padres; pero no olvidaros de que allá, en la carretera de Chamartín, ciento veinte hermanitos vuestros esperan también llenos de ilusión la llegada de los Magos y de la Caridad. ¡La salud y la felicidad no llegará ya para ellos nunca!...

EL CABALLERO AUDAZ



El Nacimiento de los niños del Asilo de San Rafael

FOT. VILASECA

—Todos están sometidos á la cura de sol.

Y el médico me fué explicando uno por uno los casos. Unas veces, al levantar la mantita del enfermo aparecían unas piernas flacas y enyesadas. Otras, un pecho de escayola ó una espalda puntiaguda... Yo, transido de dolor, iba tocando las mejillas de los pequeños dolientes. En casi todas había fiebre. Margot, mi pequeña Margot, miraba con curiosidad y sin saber ella por qué, lloraba en silencio...

Para pasar á las enfermerías atravesamos por las salas de operaciones. Todos los adelantos de la cirugía moderna estaban allí; desde la mesa Brach hasta los aparatos de esterilización... Entramos en la enfermería y había ocho ó diez niños en la cama. Uno de ellos llamó nuestra atención por su cara lindísima y simpática. Parecía un principito.

—Este pobrecillo—nos dijo en voz baja el médico director—no tiene salvación...

—¡Oh, qué pena!... Tan bonito como es—lamentamos.

En efecto, el enfermito era una figurita de biscuit... La fiebre le tenía arrebatadas las mejillas transparentes, y su carita parecía una rosa... La mirada inteligentísima de sus ojos muy grandes y negros, se dirigió á nosotros. Mi amigueta

PÁGINAS POÉTICAS
UN HIJO ES EL AMOR...

Son los hijos del hombre
que alegran la vida.

GALDÓS.

Cuando veo dormidos á mis hijos pequeños,
siento una gran desolación:
—¡Qué poco os durarán vuestros azules sueños
y la paz en el corazón!

Un hijo es el amor hecho carne fragante;
es la esencia del madrigal
que en nuestra juventud perfumada y distante
dijimos á la amada virginal

de noche, en la propicia calleja solitaria,
entre las flores del balcón,
cuando era el amor verso, melodía y plegaria
y lirio de la Anunciación.



DIBUJO DE DHOY

Toda la poesía de nuestro amor sincero
y la pasión por la mujer,
y mis sueños de gloria... en el hijo primero
ha florecido todo lo que yo quise ser.

Cuando veo dormidos á mis hijos pequeños,
sonreír y soñar
con sus rostros de nardo y sus bucles sedenos,
siento unas ganas de llorar...

En los éxtasis ciegos de la embriaguez sensual
rejé la urdimbre de su suerte;
el dolor, la miseria, la lacería carnal
y, después, el abismo de la muerte.

Yo sabía al pecar que la vida no es buena,
que vivir es un gran dolor...
Pero no fuí culpable, me engañó la sirena,
¡la divina sirena del amor!

Y encantaba mi oído su voz alucinante.
El amor es la sola razón para vivir;
es la compensación este divino instante
del dolor de vivir y de morir.

Cuando veo dormidos á mis hijos pequeños
siento una gran desolación:
—¡Qué poco os durarán vuestros azules sueños
y la paz en el corazón!

EMILIO CARRÉRE



DIBUJO DE CEREZO VALLEJO

LA ESFERA

LAS MUJERES ESPAÑOLAS



UNA MOCITA

Cuadro de Joaquín Sorolla (Epoca actual)



EL DUQUE DE ÉL * COMEDIA ROMANTICA EN TRES ACTOS, DIVIDIDA EN NUEVE CUADROS

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

“LA LEYENDA”

En Sevilla, en Octubre de 1816

UNA CALLE ANGOSTA Y SOLITARIA. ES EN LAS PRIMERAS HORAS DE LA TARDE.

(Salen por la derecha del actor Berto Cellini, Duque de El, y su criado Chimenea; de traza señoril el uno; de traza popular el otro. Los dos traen capa. El Duque de El, aunque español, es del mundo entero: no se pone el sol en sus dominios. Chimenea es sevillano de casta: lloró amargamente la muerte de su padrino Manolito Gázquez.)

(Cruzan en silencio la calle y al llegar al extremo opuesto se detiene el Duque y le dice á su criado con gravedad):

El Duque.—Espérame aquí, Chimenea.

Chimenea.—Mi amo, aquí lo espero.

El Duque.—Aunque llegue la noche, como no llegue yo con ella, no te vayas tú.

Chimenea.—Ni un tembló de tierra me menea de esta caye.

El Duque.—Eso quiero. Si se hunde la Girarda y te aplasta, tú quieto aquí.

Chimenea.—Si se hunde la Girarda y me aplasta, aquí me encuentra su mersé.

El Duque.—Hasta luego. (Se emboza y se retira por la izquierda.)

(Chimenea, mudo de admiración, ve marcharse al Duque. Luego prorrumpe en palabras de caluroso elogio.)

Chimenea.—¡Vaya con Dios el hombre grande! ¡El hombre más grande que ha entrao por Seviya, contando á Julio Sésa! ¡Qué hombre tan grande! ¡Yo no he visto un hombre más grande! (Pasea, barajando sus pintorescas imaginaciones. A poco se encara con un pilluelo, que sale por donde se ha ido el Duque, comiendo unas uvas.) ¡Niño!

Pilluelo.—Mándeme usté.

Chimenea.—Límpiate la boca primero y repite lo que yo diga. ¡Viva er Duque de El!

Pilluelo.—¡Viva!...

Chimenea.—¡La montera en la mano!

Pilluelo.—(Obedeciéndolo.) ¡Viva er Duque de El!

Chimenea.—(Dándole una moneda.) Toma.

Pilluelo.—¿Un reá de plata?

Chimenea.—Un reá de plata.

Pilluelo.—¿Pa mí?

Chimenea.—Pa ti.

Pilluelo.—¿Quié usté que lo diga tres veses?

Chimenea.—Sigue tu camino.

Pilluelo.—Pos que Dios se lo pague á usté.

(Vase por la derecha comiendo sus uvas, no sin mirar á Chimenea con cierto malicioso asombro. Pausa. Chimenea reflexiona.)

Chimenea.—¡Adónde yevarán sus pasos al hombre grande! ¡Quién pudiera seguirlo como un pájaro en su derrotero! (Volviéndose hacia la derecha.) ¡Hola! ¡Vengan con Dios Anita la Playera y Concha la Uva!

(Salen éstas. Concha la Uva es una vieja picaresca y agitanada. La Playera, su hijastra, bailadora de profesión, es gentil y flexible como un junco del río, y tiene los ojos más negros que han salido de fiertas de Mairena. Su seriedad y su modestia contrastan con la alegre desenvoltura de las de su oficio.)

Concha.—Dios guarde ar compadre Chimenea.

Playera.—Buenas tardes.

Chimenea.—¿Adónde se va tan aprisa?

Concha.—A Triana.

Playera.—Al Astiyero.

Concha.—Trabaja ayí un hermano de Anita...

Playera.—Sí; Román.

Concha.—Y queremos que nos enseñe ese barco nuevo que están hasiendo; er vapó que le disen.

Chimenea.—¡Ah, er vapó! Yalo habemos visto nosotros. El año que viene lo echan al agua. Van á ponerle er «Beti».

Playera.—¿Usté se convense, madrina?

Concha.—No me convenso mientras no me entre por los ojos. ¡El agua y er fuego reuníos! ¡Qué atosidá! ¡Imposible! Estoy viendo á la cafetera de mi fogón por er río arriba. ¡Un barco sin velas ni remos!... ¡Que no!

Chimenea.—Eso es inoransia, comadre. Mi amo, que ha navegao por tos los mares descubiertos y por argunos que no se han descubiertos otavía...

Concha.—¿Estás en casa de Colón?

Chimenea.—¡Caya! Mi amo me ha dicho á mí, y la palabra de mi amo es regia, que ha navegao ya en barcos de vapó, y que por lo mesmo que yevan candela, el agua se echa á un lao pa que pasen.

Playera.—¡Digo!

Concha.—Oye, ¿y quién es tu amo?

Chimenea.—¿Mi amo? Pero ¿ustedes no saben quién es ar presente mi amo?

Playera.—No...

Chimenea.—Pos atención y abrí la boca.

Concha.—¡San Blas! ¿Quién es tu amo?

Chimenea.—(Descubriéndose solemnemente.) ¡Er Duque de El!

(La revelación sorprende y regocija por igual á las dos mujeres. La Playera arde en curiosidad invencible. Concha la Uva se olvida del vapor.)

Concha.—¿Er Duque de E?

Playera.—¿Er Duque de E?

Concha.—¿Que tú le sirves ar Duque de E?

Playera.—Pero ¿desde cuándo?

Chimenea.—Desde que entró por las puertas de Seviya; que las quinse que tiene la siudá debieron adornarse pa resibí á un tal hombre.

Playera.—Las quinse y más que hubiera.

Concha.—Has nasío con suerte, compadre.

Chimenea.—¿Qué hablas de suerte? ¡Mi suerte empieza ahora! ¡Qué amo, Concha! ¡Qué gran cabayero! Está entre humirdes y er más humirde es é; está entre grandes y él es más grande que ninguno.

Concha.—A vé; cuenta, cuenta...

Playera.—Sí, sí; cuente usté...

Concha.—(Mirando en torno.) ¡Lástima que no haya aquí siyas!

Playera.—¿Es tan rumboso como disen?

Concha.—¿Es tan rico?



El duque de El

Chimenea.—¿Rumboso? Mano que se le tiende, boca que lo bendise. ¿Rico? Cuarenta y nueve palacios tiene repartíos por er mundo y tos los días se pone tres veces la mesa en tos eyos á la mesma hora, y se le da cuerda á tos los relojes.

Concha.—¡San Blas!

Playera.—¿Qué le paese á usté?

Concha.—¿No serán tus cosas, Chimenea?

Playera.—No, madrina: con ese hombre no hay el imposible.

Concha.—¿Entonses es verdá que ha querío quearse con el Arcása?

Chimenea.—¿Ves tú? Oyen ustés campanas y no saben dónde. Lo que ha querío ha sío yevarse, pa un palasio moro que tiene en Ronda, er Patio e las Muñecas, er Salón de los Embajadores, los Jardines, y creo que er baño de doña María de Padiya. De esto no estoy seguro.

Concha.—Envidia me estás dando con ese amo, Chimenea. ¡Quién estuviera á la vera suya!

Chimenea.—Bien pués envidiarme. Na más e con lo que tira me hago rico. Días atrás le sorté la risa en su cara. Se sentó á escribirle á un hermano prínsipe que tiene en Venesia, y la mesa cojeaba de una pata un poquiyo. Mi amo que lo aryierte, saca de su bolsa dos peluconas, me las tira po el aire y me dise: acuña esta mesa, Chimenea.

Concha.—¿Con peluconas acuña los muebles ese hombre? ¡Ay, San Blas! ¡A vé si me lo yevas por casa, que tengo ayí una cómoda que es una fortuna!

Chimenea.—No te pienses tú que no le agrada vé bailá á esta prenda; que es mu gusto de to lo nuestro y distingue el oro der cobre en dansas y en coplas. Y si se toca á mujeres con clavo y canela y toas las espesias, como esta niña, la primera cuchara pa probá la sarta gusta de sé la suya.

Playera.—Eso disen: que es mu enamora.

Concha.—¿Es verdá que entró en Seviya con er cortejo de las dos prinsesas der Brasí?

Playera.—¿Y que está prenda de la reina nueva?

Chimenea.—De la reina nueva se prendá to aquer que la ve; como de su hermana la otra infanta. Pero ni mi amo ha venío en er cortejo de eyas, ni desde Cádiz ni mucho menos desde er Brasí, ni ha pensao en la reina si no es pa servirla. Lo que ha pasao, y luego la gente lo ha tomao en lenguas y ca uno lo cuenta como quiere, es que cuando yegaron á la Puerta e Triana las dos infantas, y los mercaderes de la seda salieron á ofreserles la carrosa triunfá que les habían dispuesto, hubo ayí que la reina habló con er pue' lo y er pueblo con la reina, entre vivas y bendiciones de toa la Sestería; y hubo que entonces un cabayero se abrió paso entre la muchedumbre, se yegó á la reina con er sombrero en una mano y un ramo de flores en la otra, y le dijo de esta manera:—«Señora, nunca se vió en Seviya sielo más relumbrante que er que hoy luse: no en barde lo miran ahora los ojos de la reina de España». Su majestá le cogió las flores cuasi yorando, y los aplausos y er voserío de la Puerta e Triana retumbaron en la Puerta e Jerez. Y to er mundo se preguntaba: «¿Quién ha sío? ¿Quién ha sío? ¿Ha sío un cabayero? ¿Quién es er cabayero?» Y er cabayero era er Duque de E.

Playera.—La Morisca me había referío á mí ese paso.

Concha.—¡Así lo hubiera presensiao yo como eya!

Playera.—Por sierto, Chimenea, que se abraza por conosé á tu amo desde entonses.

Chimenea.—¿Quién?

Playera.—La Morisca.

Chimenea.—Mucho vale, pero es mu vaniosa. Pa cantá un romanse nesita que se lo pía el Asistente. Y te arvierto que no está sola en esos ardores; que andan muchos suspiros por el aire. Pasa por una caye er Duque y no hay selosía en la que no relumbren unos ojos.

Concha.—Pos á vé si tú me consigues que ésta le baile un día; que nos sirva de argo er sé compadritos; que er que da primero da dos veces, y cuando pasan peras, comprarlas. ¿No es verdá, chiquiya?

Playera.—Bueno.

Concha.—¡Bueno! ¡bueno! Desesperá me tiene, Andrés. En sacándola de su baile no es mujé pa na que tú veas. Ni conversasión, ni malisia, ni gancho con los hombres, ni na de este mundo. Y levanta los brazos así y se yeva los corasones suspendíos. ¡Vuela sin alas, Chimenea! Y con los pies es er mesmo demonio. Dibujá,



Aurea

ja, que no baila. Er mata la araña de eya en er bolero no ha nasío er *Moriyo* ni er *Burfarán* que lo pinte. ¡Candela sale de ebajo e sus fardas! Pero acaba er baile, se sienta en un rincón, baja los ojos, sierra la boca, y paese que quien ha bailao es uno de los niños seises.

Playera.—Pos así nasí y así han de enterrarme. Mi ofisio es dansá; no buscá. Bailando les quiero agradá á tos los hombres; pero luego no tengo pa qué agradarle más que á uno sólo.

Concha.—Seria, como la madre que la trajó ar mundo.

Chimenea.—Pero no como er padre que le ayudó á traerla. ¡Er pobre Juan Boliche! ¡Hasta yevando un faró en er rosario de la Aurora tenía gracia!

Concha.—¡Sí que la tenía! ¡Pobresito! (Vuelve el Duque y se dirige con aire resuelto á Chimenea. A su vista se deshace el animado grupo.)

El Duque.—Chimenea.

Chimenea.—Mi amo. (A las mujeres.) Vayan con Dios.

Concha.—Con Dios, compadre.

Playera.—Con Dios, Chimenea.

(Se van hacia la izquierda, mirando al Duque.)

El Duque.—(Reparando en la bailadora). No te aburres mientras me aguardas.

Chimenea.—¿Pa qué, mi amo, pudiendo distraerme?

Playera.—(Comentando con su madrastra en voz baja.) ¡Vaya si tiene buena presensia y señorío!

Concha.—¡Sí que es galán! Este se lo quitas tú á la Morisca.

Playera.—Farta primero que sea suyo. (Se alejan.)

(Así que se han ido, el Duque le dice á Chimenea misteriosamente, pero con sencillez y naturalidad.)

El Duque.—Al toqué de oraciones irás al aquillo de Atocha. Allí encontrarás esperándote hombre ó mujer que algo te dará para mí: carta ó llave.

Chimenea.—¿Y qué más?

El Duque.—Nada más. A las diez, en la Cruz del Negro.

Chimenea.—A las diez, en la Cruz del Negro. (El señor se va por la derecha y el criado por la izquierda.)

FIN DEL PRIMER CUADRO

J. y S. ALVAREZ QUINTERO

Fotografías de María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, obtenidas por Kaulak





LA NOCHE DE REYES

A los Reyes Magos les ocurre algo muy parecido á lo que les sucede á los actuales empresarios con las obras de repertorio, esto es, que ya no despiertan la más insignificante curiosidad y por lo tanto no dan dinero.

Hace años se celebraba en Madrid la noche de Reyes con una fiesta grotesca y soez que era un grito abierto á la barbarie. Toda la golfería profesional, los andantes caballeros del hampa y un buen séquito de curiosos, recorrían bullangueramente las calles batiendo latas, panderos y almireces en estruendosa algarabía. ¡Un capricho de Goya!

Precediendo al turbulento grupo iba «un engañado» al que daban caza y al que hacían creer que en aquella noche los Reyes descenderían en persona cabalgando sobre una estrella.

De cuando en vez al incauto mozo le obligaban á subir sobre una larga escalera de mano para que escudriñase el firmamento é inspeccionase si por la avenida de la atmósfera se dignaban venir ó no las augustas personas.

Y como los Monarcas se retrasaban siempre, la plana mayor de los revoltosos acordaba esperar la regia visita—aunque esto era poco respetuoso para el régimen—en la primera taberna que hallaban al paso. Pero como daba la casualidad que todas estaban al encuentro, las libaciones se sucedían copiosamente y lo que era natural, el duelo se despedía en la prevención

del distrito, mientras el «engañado de la pantomima» al que no se le daba beligerancia en el «copeo», seguía escudriñando el espacio inútilmente.

Esta romería nocturna era un buen ingreso para tabernas, cafetines y demás establecimientos similares. ¡Los Reyes daban dinero y alimentaban las bajas pasiones al populacho! ¡Como en la Historia! ¡Ved ahora como contraste el dibujo que precede á estas ligeras y vagas consideraciones! Junto al capricho de Goya que hemos apuntado, la visión modernista de la caricatura.

Los Reyes Magos llegan, cruzando esmeraldinos campos, y por una pulida calzada de álamos y coníferas, se dirigen al portal que ha sido restaurado con arreglo al gusto románico, por el arquitecto de la Diputación provincial de Bellehém.

Nadie, como podréis apreciar, sale á recibirles. ¡Qué imponente silencio! ¿Por qué? ¿No lo imagináis? Nosotros estamos en el secreto. Es que los clásicos pastores, zagales y molineros, los «virtuosos» de la zambomba y del rabel, están hoy en la guerra. Los ingleses supieron atraérselos y actualmente pelean confundidos entre cipayos, indios, argelinos, canadienses y *tutti quanti*.

Esto de una parte; de otra, el temor á un atentado anarquista, ha restado público á los

Reyes Magos y grandiosidad á su recibimiento.

Durante su breve estancia en Bellehém, un *taube* vigila para evitar cualquier atrevido intento que pudiera poner en peligro la preciosa vida de los Reyes, á pesar de haberse declarado neutrales en la actual contienda. He aquí cómo Alcalá del Olmo, una especie de Van-der-Goes de la caricatura, ha previsto el homenaje de los Reyes Magos en el presente año.

¡Oli, poesía entrañable de los grandes y solemnes misterios! La profana huella de la industria, la acometividad del progreso, no respetó nada. Por los Santos Lugares, cruza rauda la locomotora. Figuráos el efecto que producirá el oír, por ejemplo: ¡Jerusalén, parada y fonda! ¡Cambio de tren para los que van á Getsemani! Y á la salida las solícitas y porfiadoras voces de los intérpretes y cocheros: ¡Hotel de Arimatea! ¡Fonda del Buen Ladrón! ¡Pensión Judas! *On parle français*. Si todo se moderniza ¿qué extraño es ver hasta plantas de salón junto al portal de Bellehém?

Y una vez explicado el grabadito, que no se trataba de otra cosa, naturalmente, me retiré por el propio portal.

Luis GABALDÓN

1903 y 1904

DIBUJO DE ALCALÁ DEL OLMO

UN RECUERDO DE AÑO NUEVO
LA NIÑA DE LOS PIES DESNUDOS

Al pie de los Alpes Dináricos, hacia el sur, hacia el mar, dando la espalda á Herzegovina y el frente á la lejana Italia, hay un valle pequeño, cubierto de fronda, tan bello como los bosques de Georgia.

En ese valle hubo una sola casa y en ella vivió un dalmata guerrero. La esposa de aquel hombre era una de las mujeres más guapas de la tierra.

Se adoraban.

Un día nació un hijo. El guerrero montó en su caballo turco y cruzó el monte para llegar á Zara y adquirir sedas lujosas con que adornar al recién nacido. El guerrero gastó un tesoro en regalos: dejó fama de su rumbo en Spalato, en Sebenico...

Le acompañaron á su vuelta, guardándole los tesoros, una caravana armada dispuesta á luchar con los bandidos de aquellos montes.

Una banda pasajera de bandoleros circasianos, albaneses y dalmatas también, salió al encuentro de los caminantes.

Se trabó la lucha.

Los hombres de la caravana se dispersaron dejando solo al guerrero que se defendía como un héroe.

Pero el fogonazo de un bandido dejó ciego á aquel hombre. El jinete de los ojos reventados se agarró al cuello de su caballo turco. El bravo animal huyó con su carga hacia el valle de los Alpes Dináricos.

Llegó el caballo. Llegó el jinete moribundo. Ciego quedó para siempre, y ciego está.

La mujer de aquel hombre murió de pena.

El dalmata guerrero era mi padre. La mujer que murió de amor y dolor era mi madre. Y aquella recién nacida para quien llevaba sedas el guerrero, era yo.

Ya sabéis una historia de penas y amores. Si os entretuvo, socorredme, caballeros.



cuántos años vale? Un corazón que nunca rió, ¡quién sabe los años que puede tener!

ooo

Señor de la tierra y los mares, Señor del Universo, ¿hasta cuándo va á ser rey del mundo el dolor?

Siempre, llegados estos primeros días de un año nuevo, tiendo la vista por el panorama triste de la historia.

Allí, los muros amarillos de Jerusalén deicida; los poblados gloriosos y poéticos de Nazaret, Belén y Cafarnaun, la tierra de Palestina donde nació Jesús y donde hoy manda Mahoma. Tres cedros desgajados, que son los únicos que quedan en la cumbre del Líbano; y allá lejos, en el occidente, la ancha faja de plata del Jordán, que rueda hacia la superficie de plomo del Mar Muerto.

Siria, que recuerda, entre Asia y Africa, el paso de todos los pueblos emigrantes; y emigrante quiere decir melancólico y sin patria: los asirios, los caldeos, los egipcios, y más tarde, la avalancha de los conquistadores griegos y romanos.

La destrucción y la muerte.

Las ciudades de Tierra Santa, en cuyo recuerdo está toda la poesía del Año Nuevo:

Jerusalén, Jafa, San Juan de Acre...

El azulado Monte de la Ofensa, el Monte del Mal Consejo. Y allá, al sur de Palestina, metido en tierra de Egipto, alza el Sinaí su frente. Alrededor del monte hay un desierto inmenso por el que cruza la Muerte sin que nada la distraiga. Por ese frío desierto vagó cuarenta años el pueblo hebreo.

Niña de los pies descalzos, la vida para los hombres, los pueblos y las razas es un paso por el Desierto.

Niña de los pies descalzos, no sé si la vida ha cambiado para tí en un año que no te veo. Toda la felicidad deseo para tí. Si no ha cambiado tu vida, entonces, en este año que empieza... no sé, no sé lo que para tí deseo.

las estrellas filantes eran como áureos cascabeles cuyos sonos lejanos no se oían allá en la inmensidad.

—Y dime, niña de los pies desnudos, ¿no sientes que el frío de las piedras te hiela poco á poco el corazón?

—No siento nada. Estoy muy triste siempre. Yo quisiera morirme.

—Ten esperanza. Aun para los hombres más viejos empieza hoy un año nuevo. Para tí, que eres tan niña, quizá sea el primer día de una vida con alegría y con sol.

—No sé. Yo quisiera morirme. La vida no es buena para mí. Ya ves, señor, mi padre, temblando de frío, me espera allí en la escalinata del Museo. ¿Qué alegría puede haber para mí?

—Siendo una niña, hablas como una mujer.

—Es el dolor, que envejece y mata.

—¿Cuántos años tienes?

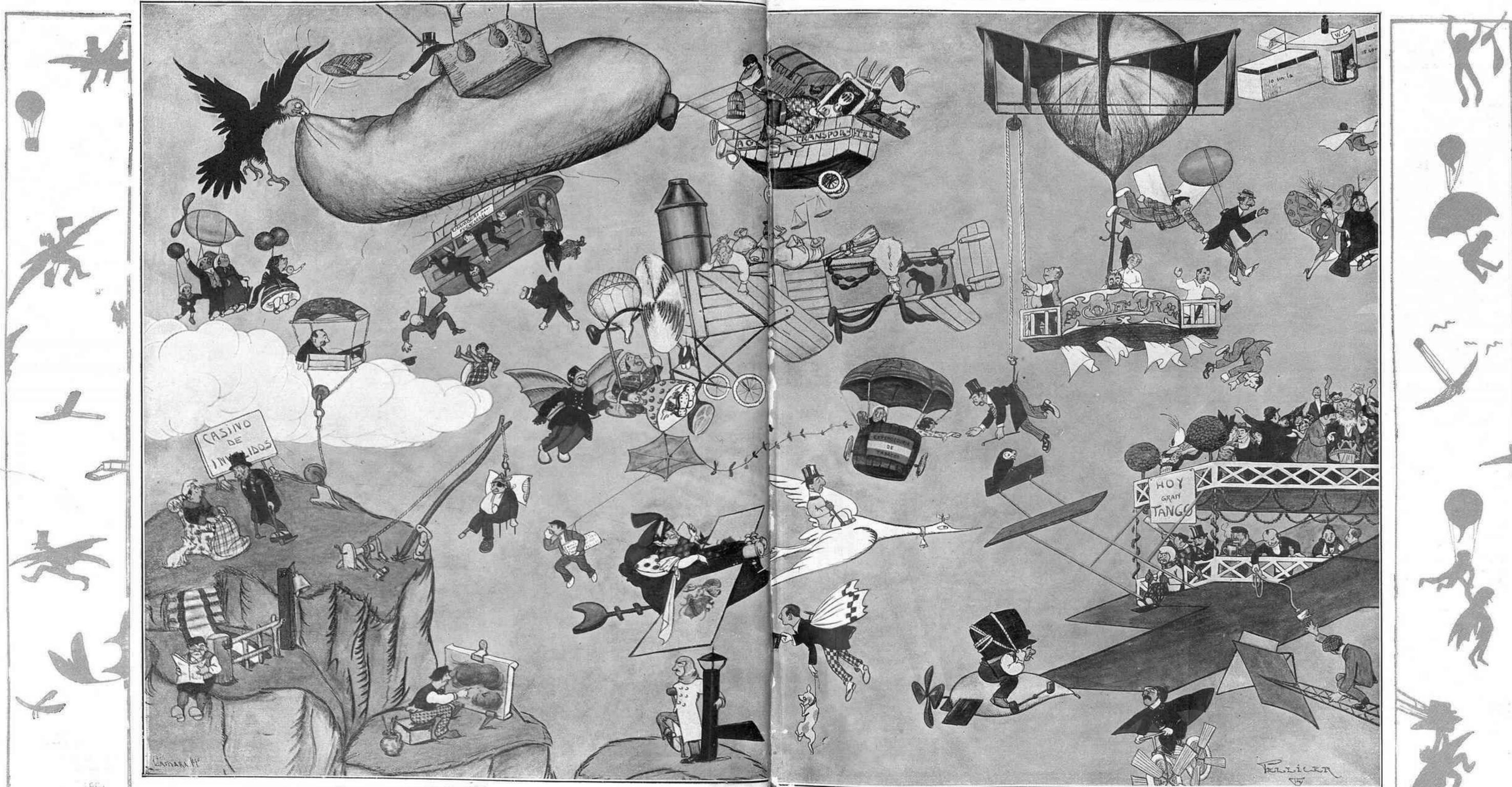
—No lo sé. Un año de sufrimientos, ¿por

PRUDENCIO IGLESIAS HERMIDA

DIBUJO DE ECHEA



LA CONQUISTA DEL AIRE



Aun mucho antes de que la navegación aérea tuviera la importancia y hubiese alcanzado las proporciones admirables de ahora, ya los dibujantes humorísticos fantaseaban acerca de la posibilidad de una vida en los aires, sin las garantías de seguridad y estabilidad de tierra firme, pero abundante en episodios grotescos.

En la época de los primeros lanzamientos de globos, cuando presenciaban la insegura marcha de las infladas y enormes masas esféricas a lo largo del cielo, damas de infladas faldas y enormes peinados, ya intervenían los lápices burlescos para escenas de una gracia pícarosa y desenfadada. Luego, avanzando el tiempo, los dibujantes allanaron más sus ironías, ampliaron más la serie de futuros contratiempos y se acercaron más a lo que parecía imposible y quimérico.

Nada tan interesante como una recopilación de la iconografía satírica de la aviación aérea; porque esta conquista de nuestro siglo, que tantas víctimas ha costado, también ha hecho reír muchas veces, contemplada a través de la imaginación y el ingenio de los caricaturistas.

En este sentido, los dibujantes satíricos ingleses y yanquis figuran al frente de sus compañeros. El *humour* de unos y otros es propicio a esas fantasías un poco ingenuas, otro poco desequilibradas, pero siempre regocijadísimas. Ahora es un caricaturista español el que aumenta con uno divertidísimo el número de dibujos cómicos en que los hombres de hoy nos burlamos anticipadamente de los que acaso en el mismo siglo sean dueños también del aire, como nosotros de la tierra y del mar.

LOS NIÑOS EN LA GUERRA
PEQUEÑOS PATRIOTAS



Un héroe de diez y seis años
 A pesar de su mocedad, ha querido seguir la suerte de los soldados. Alegre é ingenioso durante el descanso, muestra un valor extraordinario en los combates

Un argelino de catorce años
 Nieto del general de Sonfs, uno de los héroes de 1870, Cristian de Fonchay, no pudiendo alistarse por la edad en un regimiento francés, ingresó en un cuerpo de argelinos

Un belga de diez y seis años
 Como la mayor parte de sus condiscipulos de Escuela de huérfanos de militares, Carlos Schouteten se alistó en el ejército, demostrando gran valentía

Un territorial de catorce años
 Expulsado de Badonviller por los alemanes, el niño Fernando Colin, cuyo padre se encuentra prisionero en Toul, fué recogido por el 92.º territorial en Rambervillers.

Un spahi de trece años
 Un pequeño marroquí, cuyo padre es ordenanza de un capitán, no ha querido separarse de aquél y desde hace tres meses sigue la suerte de los spahis en la guerra

La historia de la guerra europea ha manchado sus páginas con sangre inocente. En los relatos que nos llegan en confusión, de vez en vez, salta una noticia más dolorosa en el fondo de crueldad que caracteriza la contienda. Los niños mueren ametrallados y, en ocasiones, cubiertos de gloria. La muerte de un pequeñuelo sorprendido por el bombardeo en el rincón más lóbrego de su morada, donde quiso ocultarse de las balas con previsión inocente, apenas tiene el valor de un accidente casual. La caída de los que sucumben en pleno combate, empuñando un arma, es ya un caso de responsabilidad ética para los pueblos, es un grave pecado de tolerancia. Los niños son instintivamente más inclinados al heroísmo del guerrero que al sacrificio del asceta. Entre Bayardo y Francisco de Asís, su simpatía se dirige al caballero de la leyenda antes que al santo de las llagas. En las escuelas, acaso porque la tutela del maestro no vá más lejos de la explicación sistemática, fría como la de un autómatas, los niños envidian al más valiente y desdennan al más bueno. ¿Qué extraño que en la guerra, viendo á los hombres conquistando laureles, traten los chicos de imitarlos? Pero los hombres cumplen una misión histórica, vinculada en ellos por la tradición, en tanto que los niños no van á la guerra sino por la funesta seducción de lo que tiene de teatral ó por un desenfreno de su instinto; porque la fiera encadenada ha despertado prematuramente. ¿Se puede creer en el valor sereno, en la conciencia del deber, en la idea de la Patria, en el concepto del sacrificio de un muchacho de catorce años? No. A estas manifestaciones de un alma de niño debemos llamarlas impulso animal, emulación, ansia de ser hombre ó de parecerlo siquiera. Los pueblos cultos no tienen derecho á jugar con la inconsciencia de las nuevas generaciones.

A nosotros, Fernando Colín, recogido por el 92 de territoriales franceses y agregado á sus filas de combatientes; Carlos Schanteten, cadete belga arrancado por su espíritu aventurero de la escuela militar; Luis Grilly, voluntario de las milicias francesas, herido en la trinchera, cazado más bien; Cristián de Janchay, alistado en un cuerpo de góumiers, porque su edad escasa le veda figurar en los regimientos de la metrópoli, muy lejos de parecernos ejemplos que imitar se nos antojan casos vivos de aberración, cuyo castigo corresponde al gobierno que de esa ma-

nera cruel los lleva al sacrificio inútilmente. Ninguno de ellos ha cumplido quince años. Habrán ido á la guerra por curiosidad y acabarán por amarla, como aman el peligro los temperamentos meridionales. El día de mañana volverán á sus lares predicando á los jóvenes camaradas, relatando hazañas propias y ajenas, y haciendo prosélitos para la causa de la guerra, cuando todas la filosofías la execran más y más. Y las generaciones futuras seguirán obrando con el corazón, como si no tuvieran cerebro.

Y esto sucede en Francia, cuyos soldados veteranos dieron poco ha un alto ejemplo de civismo, en un episodio que vale la pena de ser recordado. Luchaban encarnizadamente franceses

y germanos en las cercanías de Iprés, atrinchados en zanjas unos y otros como en una espera de caza mayor. Amenguado el fuego de los alemanes, al cabo de muchas horas de cambiar balazos, los veteranos franceses que guarnecían la trinchera de vanguardia salieron de sus parapetos avanzando, á pecho descubierto, sobre el reducto enemigo. Ya llegaron á verse cerca y, dispuestos á fusilar á los supervivientes contrarios, aquellos viejos soldados de la reserva, que sin duda dejaron hijos al cuidado de manos piadosas, notaron que se les habían con una tropa de adolescentes, muchos de los cuales yacían muertos.

Y los veteranos, más juiciosos, mejor nacidos que los directores de la recluta, rodearon al enemigo joven para llevarlo con vida á lugar seguro. Acababan de ofrecer un sentido homenaje á la cultura del porvenir, por que los prisioneros, de quince á dieciocho años, eran estudiantes de Colonia llamados á hacer Patria por un destino más noble que esta fatalidad cruel que engendrò la guerra. Quizá entre los caídos se malograron hondos pensadores, geniales poetas, hábiles ingenieros, médicos, maestros, hombres de inteligencia cultivada, más útiles á la Humanidad con sus obras nonnatas, que dando la vida en una lucha bárbara. ¡Quién sabe si alguno de ellos, tan privilegiado, habría educado al mundo para que la fraternidad de los pueblos no volviera á romperse!

La guerra es un motor potentísimo de educación; pero de sus enseñanzas sin cauce, sin guía y sin método, debemos huir con horror. Acertarían los estadistas europeos llevando á los niños alrededor de la guerra, no á su fondo; retirándose su papel de actores para que sólo sean observadores ahora y voceros mañana de lo que sus ojos vieran. Los adolescentes, detrás de los ejércitos, practicarían el sublime heroísmo de la caridad, alentarían al luchador cansado y nuevamente enardecido con la esperanza puesta en la generación que le sigue y, en la hora de la paz, que ya va tardando, enseñarían á los pueblos futuros á odiar la guerra, por que la habrían visto descarnada y asquerosa, en sus miserias y sus horrores, sin alharacas, sin la teatralidad y el relumbrón con que la vieron esos pequeños soldados de la inconsciencia que quisieron hacerse patriotas.

FEDERICO ROMERO

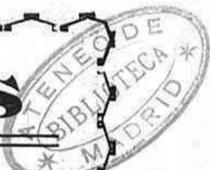


Un laureado de diez y seis años
 Otro valiente que no ha esperado ser hombre para cumplir con su deber. Como recompensa de su heroísmo ha sido condecorado en plena línea de fuego



Un héroe belga, hijo del regimiento
 Juanito, á quien la guerra ha separado de sus padres. Recogido por unos soldados le adoptaron y armado de un revólver defiende también á su patria

YA VIENEN LOS REYES



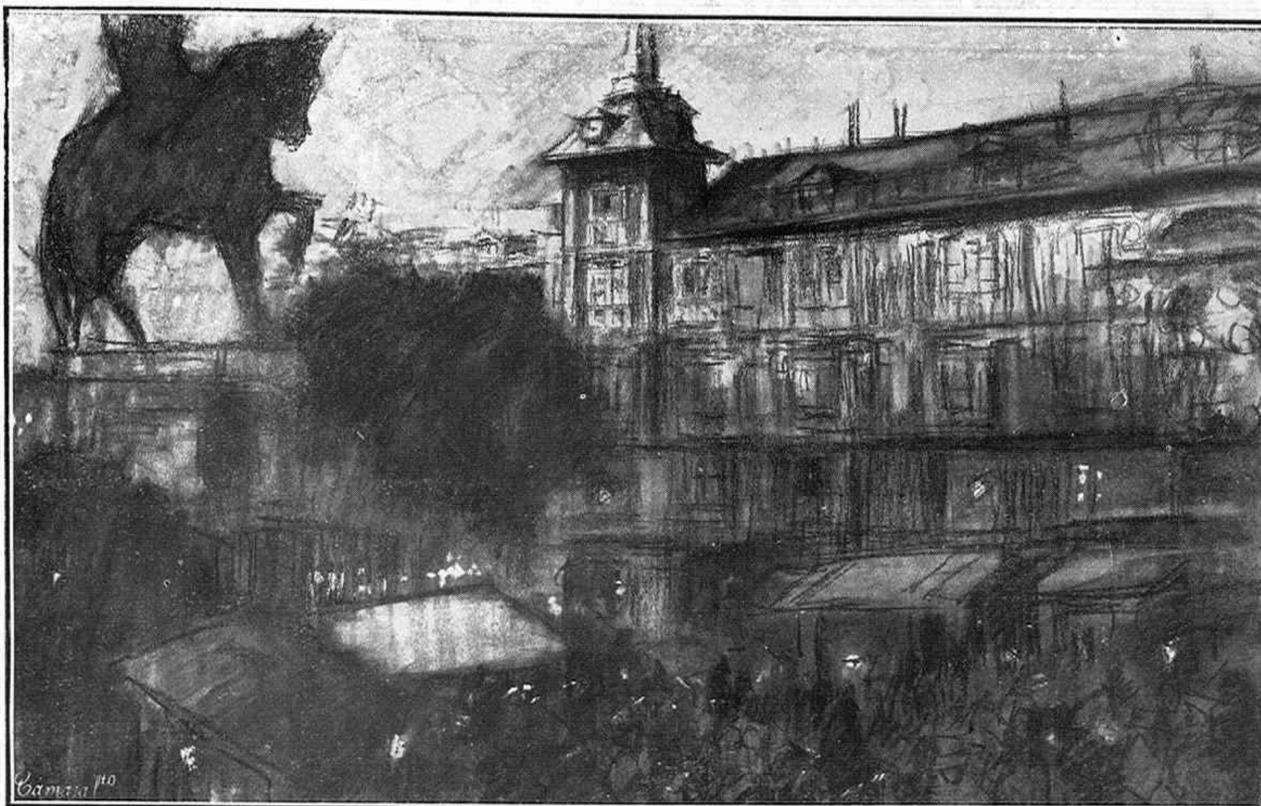
El crepúsculo trae á la ciudad frialdades siniestras. Las nubes ruedan bajo el cielo, silenciosas, enormes, como las olas oceánicas en los mares de fondo, sin una crispación que acredite su fuerza, sin un rugido que anuncie sus iras.

El hielo cristaliza en las bocas de riego, en los caños y en los tazones de las fuentes. Los árboles, desnudos de hoja, tienden al espacio sus ramas, dijérase que piden limosna: Acaso la demandan del sol. Este, arropándose con las nubes, sigue camino del poniente, sin oír la solicitud. Hace mucho frío para des-embosarse. En días así, hasta el sol pierde la caridad.

En la Plaza Mayor se amontona la gente junto á los puestos de turrónes y frutas, de confituras y conservas; los pavos, trabados por las patas, estiran sus cuellos bermejos y contraen sus ojos mortecinos; los faisanes y los capones cuelgan de carniceros ganchos, dando al aire su plumaje multicolor; las serpientes, de toledano mazapán, se enroscan bajo florecillas y musgos de papel, sacando, por entre ellos, sus chatas y tostadas cabezas. Tiran los niños de sus madres para llevarlas al sitio de la juguetería, donde asientan los nacimientos, con sus montañas de cartón, con sus arroyuelos de hojalata, con sus pastores y pastoras de barro, con su fauna estrambótica, con su Sacra Familia, alumbrada por una estrella de cristal y sus reyes magos, visitantes del Niño Dios, que en el portal bíblico aguarda á sus adoradores.

Hacia los nacimientos llevan los niños á sus madres. Unas, todas las que pueden hacerlo, compran á sus criaturas el juguete tradicional; otras, las pobres, ponen la esperanza de sus hijos en la esplendidez de los magos. Los chiquillos lloran, al irse con las manos vacías. Alguna madre se restrega los ojos. Por las aceras de las calles suben y bajan, en procesión, los ciudadanos, embrazando paquetes, llevando á hombros aves ó cordelillos; mandaderos y marmitones sortean el vaivén de la multitud, para salvar de contratiempos las cestas, esportillas y cazuelas que transportan sus manos ágiles... Vahos de festín estremecen la atmósfera; los ecos varios que brotan de la multitud, se resumen en una especie de resuello glotón.

En los barrios extremos, donde estos lindan con el campo, los vecinos se preparan para recibir á los reyes. Quién cuelga de su cuello un latón; quién hace de su almirez instrumento músico; cuál templea un tambor ó da martirio á una zambomba. El vino pasa de



Camara 110

unos labios en otros; estúpidos cantares son desentonados por coros dignos de la bárbara orquesta, que hace aullar á los perros de las inmediaciones y huir campo adelante, con el rabo entre piernas. En el campo todo es soledad y misterio; más acrecen según va avanzando la noche. La escarcha transforma los prados, en alfombras de tisú de plata; los árboles son fantasmas osiánicos. Las nubes, compactas, plomizas, se espesan, más y más, bajo el cielo; más y más aumentan las frialdades de la atmósfera; momento hay en que la naturaleza toda, se estremece, como á impulso de un calofrío.

En el barrio gitano, agrupación miserable de casucas y chozas, brillan algunas luces; ecos de zambra vienen desde él á la campiña.

Al sonar las doce en las torres de la ciudad, los ecos de la zambra se hacen más estruendosos. Al campo llegan sonos alegres de guitarra; llegan vagos, dulces, bucólicos, con dejos de fiesta pastoril. Al de las guitarras, se une el son de voces femeninas que, entonadas, armónicas, entregan este cantar al aire:

«Ya vienen los reyes por el Arenal.

Al Niño le traen mantilla y pañal.»

semibarranco; al llegar al fondo, hace firme; gira sobre sus pies con recelosa lentitud, registrando con las pupilas, que en la obscuridad fosforan, todo el horizonte visible. Después escucha, abre nerviosamente el chal ó mantón que la encubre. Sus manos se engarflan sobre un lfo de trapos; sujetándolo, se encorva hacia el suelo; deposita su carga encima de la hierba, convertida por la escarcha en tisús. Luego se yergue y huye presurosa, sin volver la cabeza en dirección de la ciudad. Las tinieblas borran su imagen.

El lfo de trapos se estremece como una cosa viva. El aire se despierta. Rafagazos, que sueñan á quejidos, sacuden los guiñapos, los alzan, los arrollan; dispersos quedan á impulsos de otro rafagazo más fuerte, de otro grito más intenso del aire. A este grito responde un lamento desgarrador y el cuerpo de un infante surge de los harapos. Desnudo está. Su carne, moldeada por la naturaleza para la maternal caricia, recibe la del hielo. A su contacto el recién nacido se agarrota; su garganta enmudece.

Otra vez sueñan las guitarras en el barrio gitano; otra vez el coro entona este cantar:
«Ya vienen los reyes por el Arenal.

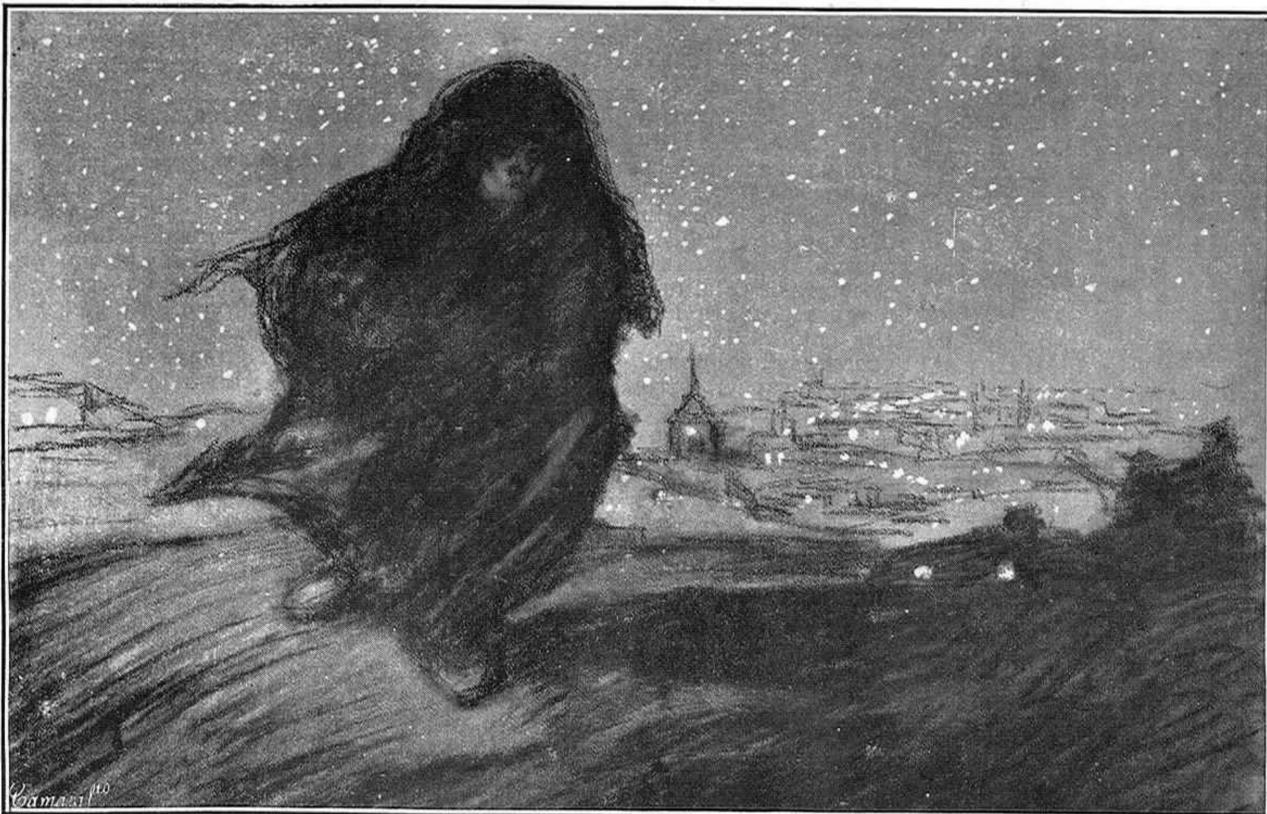
Al Niño le traen mantilla y pañal.»

El aire se aquieta y de las nubes comienzan á caer copos menudísimos de nieve.

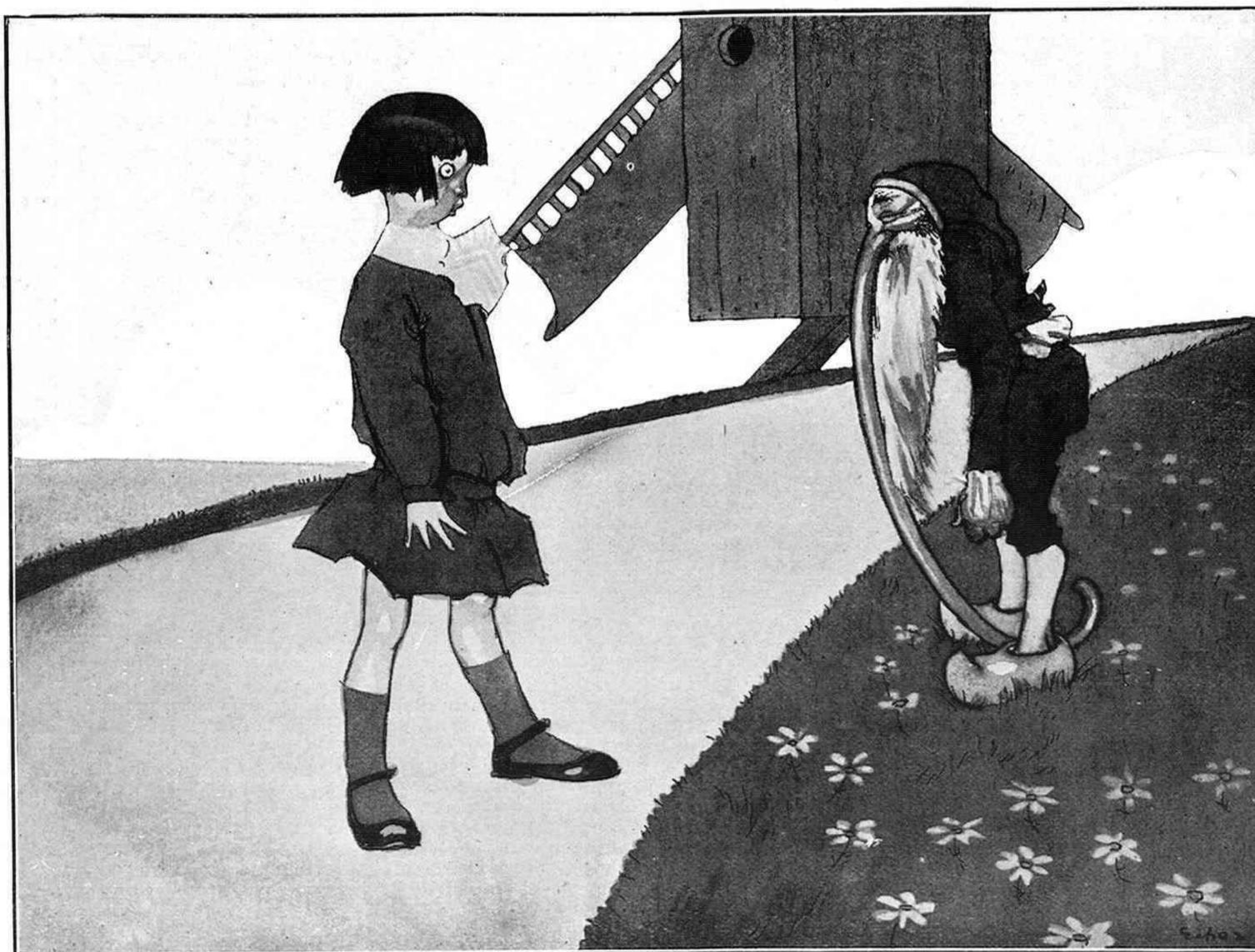
Sobre el cuerpecillo del infante caen los copos también. Lentamente, con delicadeza maternal van envolviéndolo, fajándolo. Blancura alguna compite con la suya; no hay lienzo que en suavidad les gane. Sobre el niño se tienden, arropando sus miembros. El niño está inmóvil; la contracción última pintó en su boca una sonrisa. La nieve cae... cae... En el barrio gitano sigue sonando la canción:

«...Al Niño le traen mantilla y pañal.»

JOAQUÍN DICENTA
DIBUJOS DE MARÍN



Camara 110



La regadera encarnada



Julio Mironcón era sumamente distraído; y, según se dice, no por culpa suya, sino á consecuencia de que su madrina, cuando le sostenía en los brazos el día del bautizo, se distrajo mirando á una lagartija que corría por la pared de la capilla bautismal y dió á la pobre criatura tan soberbio coscorrón contra la pila, que dejó su cerebro propenso como ninguno á las distracciones. Y *Coscorrón*, el distraído, llaman á Julio desde su más tierna infancia.

Cierta noche le convidaron sus padres al teatro, y gracias á que le llevaban cogido de la manita no se fué distraidamente al río en vez de irse al coliseo.

Pero, terminada la función, se aglomeró la gente de tal modo á la salida, que el pobre *Coscorrón* hubo de escabullirse entre la multitud, no siendo posible que volviera á reunirse con sus padres.

Por distracción, como siempre, echó á andar sin darse cuenta de que iba solo, y fué á salir al campo, tomando una senda que á la luz de la luna blanqueaba y que se parecía á los borrachos en las muchas *eses* que hacía.

Por aquellas *eses* del sendero caminó *Coscorrón* largo rato sin encontrar alma viviente. Sólo notó que, tanto los grillos y los escarabajos, como los lagartos y los saltamontes, se formaban á uno y á otro lado de la vereda para dejarle paso, mirándole con marcada extrañeza.

Tan distraído iba *Coscorrón*, que no conocía que se alejaba cada vez más de la casa paterna, y al cabo de mucho andar llegó á un gran molino de aspas doradas y tejado azul, á cuya puerta había un enano con una nariz tan larga que se le arrollaba al pescuezo y le daba seis vueltas.

—¿Vienes á ver á la tía Cascaliendres?—preguntó el enano á *Coscorrón*.

—No vengo á ver á ninguna tía—respondió el niño, ingenuamente.

—Pues si quieres conocer á la bruja más fea del orbe, te permito penetrar en su residencia.

Y *Coscorrón* penetró á impulsos de la curiosidad.

ooo

Una vez dentro del aparente molino y en medio de un salón maravillosamente alhajado, se halló *Coscorrón* frente á la bruja, sér sobrenatural dedicado solamente á premiar á los niños buenos, á castigar á los malos y á dar de comer á un mochuelo huérfano y muy listo, que la contaba todo lo que hacían los niños y las niñas del mundo.

Aparte de ésto, la tía Cascaliendres no servía para nada, y era tan fea, que aunque tenía el aposento al Mediodía, jamás traspasaba sus ventanas el sol por no verla.

Largo espacio permaneció *Coscorrón* con la boca abierta.

—Ante todo cierra la boca—le dijo la bruja—porque aquí hay muchos mosquitos y pueden penetrar en ella y agarrásete á la campanilla para ver si suena.

Obedeció el muchacho y prosiguió la bruja: —Escúchame ahora y haz lo que yo te mande.

—Bien—repuso *Coscorrón*, sin pestañear.

—Como yo nada ignoro, porque todo me lo cuenta mi mochuelo, sé que eres distraído, pero que tienes buen corazón. Eres simpático y quiero agasajarte. Sal, pues, al campo, bordeado de azucenas y espárragos, y llegarás en dos horas á Villachiflada, pueblo tan extraño que todos sus moradores se contagian de la cualidad que distingue á cada niño de los que mando allí. Si en-

vío un niño llorón, todos los indígenas lloran mientras el niño está entre ellos. Si mando uno saltarín, todos los de allí se pasan el día saltando. Al mandarte á tí, seguramente los villachiflados estarán tan distraídos mientras permanezcas en el pueblo, que no darán pie con bola ni harán más que tonterías. Pues bien, en ese pueblo hallarás una cueva y en ella el regalo que quiero proporcionarte.

—¿Qué es?—preguntó *Coscorrón*.

—Una regadera encarnada.

—¿Nada más?

—No creas que se trata de una regadera vulgar. La que vas á obtener está encantada por un sobrino mío, que es aprendiz de brujo y recibe cartas del demonio. Manejada por tí, tendrá la virtud de que cuantas veces riegues con ella el terreno, allí donde caiga el agua brotará el objeto que tú pidas; ¿te parece poco? Pero has de hacer buen uso de ella y has de ser bueno mientras la manejes, pues, de lo contrario, desaparecerá la virtud que tiene, y ésto lo conocerás, aunque nada riegues, en que la regadera se te pondrá pálida.

—¿Y, cómo sabrás lo que yo hago?

—Porque me lo dirá el mochuelo sabio que todo me lo cuenta. ¿Quiéres verle?

—Sí—respondió *Coscorrón*, con alegría.

Y la bruja levantó la tapa de una sombrerera que tenía á sus pies y sacó, agarrándole por el corvo pico, un mochuelo que despedía rayos de luz por los ojos, y meneaba la cola, como un carpintero desesperado.

—Ahora vete—dijo al muchacho la dueña del molino, guardando al pajarraco en la sombrerera,—vete sin perder tiempo á Villachiflada, busca la cueva misteriosa, coge la regadera encarnada y no te olvides nunca de la bruja Cascaliendres.

Al fin de la senda de azucenas y espárragos estaba situado Villachiflada. Este era un pueblo de pesca; pero sus moradores no sabían lo que se pescaban. Tan distraídos los halló *Coscorrón* a su llegada, que más de una vez le hicieron reír con sus distracciones peregrinas. Baste decir que al pasar junto a la primera casa del pueblo, observó que un viejo estaba procurando abrir la puerta sin conseguirlo. ¿Cómo había de abrir si el muy distraído estaba metiendo por la cerradura la petaca en vez de la llave?

Llegó *Coscorrón* a la fuente del *Sapogordo* y junto a ella vio a un pastor muy flaco. Preguntóle el muchacho por la cueva encantada y el interpelado le respondió, por distracción, que el sacristán tenía una verruga en la frente.

Convencido *Coscorrón* de que sólo la casualidad podía conducirle a su destino, salió a las afueras del pueblo, y a los pocos pasos adivinó, entre unas ruinas cubiertas de musgos y zarzas, la boca de una cueva. Como era una boca sin dientes, penetró el chico por su angosta entrada libre de temor alguno, y agarrándose inútilmente a las telarañas de los muros, llegó por una estrecha galería al oscuro recinto en cuyo centro se hallaba la encantada regadera. La sacó de allí precipitadamente y no paró hasta la falda del monte, cuyo sitio eligió para probar la virtud de la regadera.

En efecto, la llenó de agua en un arroyuelo y a los pocos pasos de un olmo (que no daba peras, aunque distraidamente se las pidiesen) regó un pedacito de terreno, mientras decía: «Quiero un pavo real.»—No habrían transcurrido tres minutos, cuando comenzó a agrietarse el trozo regado y de él surgió el ave que deseaba *Coscorrón*, cuyo asombro era inmenso. Pocos metros más allá, dijo el rapazuelo: «Quiero unos zapatitos verdes.»—Regó un poco la tierra, y sin acabar de regarla, brotaron de ella dos zapatitos guarnecidos de esmeraldas, como probablemente no los gastará el presidente del Consejo de Ministros.

Repitió las pruebas muchas veces, y el resultado de ellas fué maravilloso; resultado que aprovecharon los chicos del pueblo, apoderándose por distracción quizá, de todos los objetos obtenidos.

En un momento en que no estaba distraído *Coscorrón*, exclamó:

—¡Como se alegrarían mis padres de ver esta regadera! ¡Si yo supiese por qué camino se vuelve a mi casa!... Voy a indagarlo.

Esta era la voluntad de *Coscorrón*; pero como estaba pensando siempre en las Batuecas, a nadie preguntó por la senda de las azucenas y los espárragos, que era precisamente lo que necesitaba saber. En cambio, preguntó al alcalde si le hacía daño el corsé, y a una lavandera si venía de cantar misa... En fin, así anduvo *Coscorrón* con su mágica regadera a cuestas por todo el pueblo, hasta que la casualidad le hizo encontrar el camino deseado, y entonces abandonó para siempre a los habitantes de Villachiflada, que desde aquel momento dejaron de ser distraídos.

El muchacho emprendió con grandes ánimos el camino, en medio del cual hubo de calmar su gazuza, regando el suelo para obtener un café y media tostada que le supo a gloria con manteca.

Pero no sólo cuidó de alimentarse. También se acordó de los niños de la calle en donde estaba su casa y entregóse a pensar que cuando llegase a ella se iba a complacer en hacer rabiar a sus vecinitos pobres, demostrándoles que con la regadera encarnada lograba lo que ellos jamás podrían conseguir.

Entretenido *Coscorrón* en estos malos pensamientos, cuando ya le faltaba poco camino para llegar a su casa, no advertía que la regadera iba perdiendo su color vivo, con lo cual se cumplía el pronóstico de la bruja Cascaliendres, que dijo: «Si no haces buen uso de la regadera, ésta palidecerá y perderá su virtud.»

□□□

Rendido y fatigado por lo largo del viaje, instintivamente llegó a su casa *Coscorrón*, regadera al hombro, dando un gran alegrón a sus padres que, con la desaparición del muchacho, estaban afligidísimos.

Llenos de asombro ante el relato de las aventuras de *Coscorrón*, le preguntaron:

—¿Es verdad lo del riego mágico?

—Ahora lo veréis. Pero quiero que lo vean también los chicos del barrio, para que rabien de envidia, porque ellos no tienen una regadera como la mía.

Reprendieronle sus padres por la mala intención que su propósito revelaba; pero, impacientes por ver la prueba, complacieron a *Coscorrón* avisando a más de veinte niños pobres que jugueteaban por las cercanías; y en presencia de ellos y en medio del jardín, después de llenar en el estanque la famosa regadera, ya pálida completamente, regó un trozo de tierra diciendo con gran solemnidad: «Ahora quiero que salga una bolsa de terciopelo llena de monedas de oro, que serán para mí solito.»

Tanto *Coscorrón* como los que le acompañaban, estuvieron largo rato mirando al suelo sin pestañear. Cuando ya desconfiaban del éxito, un penacho de humo mal oliente que surgía del trozo regado, anunciaba la aparición de algo por las grietas que iba formando el piso, y poco después brotaba de la tierra, no la deseada bolsa de terciopelo sino una calabaza amarilla y dentro de ella un papelito doblado, en el cual estaba escrito lo siguiente:

«En cumplimiento de lo que la bruja Cascaliendres advirtió en su encantada residencia, desde este momento queda sin virtud la regadera encarnada en manos de *Coscorrón* el distraído.»

Estupefacción general.

Los niños a quienes quería humillar el recién llegado, le dieron a éste una soberana rechifla, y el rojo matiz de la regadera pasó a las suaves mejillas de *Coscorrón*, hasta entonces siempre pálidas...

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA

DIBUJOS DE ECHEA



BRUSELAS

(La angustia de las horas infaustas hace volver los ojos á los días felices. Ahora que la mano del injusto destino pesa tan duramente sobre ella, pienso á menudo en la impresión profunda de prudencia, justicia, fortaleza y templanza, que hace unos cuantos años, al visitarla por primera vez, me causó Bélgica, hoy trágicamente heroica, entonces sencillamente feliz. Revolviendo papeles viejos, encuentro algunas notas escritas en Bruselas, en Noviembre y Diciembre de 1905, y las copio, por consolarme un poco en el horror presente con las memorias de la paz de antaño.)

Qué descanso la quietud de Bruselas, después del vértigo incesante de París! Aquí la gente debe salir muy poco: ni siquiera se asoma á las ventanas, que están adornadas como altares, pero en muchas de ellas hay combinaciones de espejitos para ver desde dentro de la habitación lo que pasa en la calle. Fisgoneando un poco, al paso por delante de las ventanas, se ven las habitaciones, en general pequeñas, tan bien amuebladas y tan íntimas... En casi todas, hay algo dispuesto para comer.

Todos los días, al comer, me rio de la cara que pondría algún conservador devoto del cocido, al ver salir á la mesa perdices en una salsa dulce y con ciruelas pasas bien cocidas. Verdaderamente la cocina belga es fantástica y desconcertante para cualquier cristiano, hijo de Madrid. Hay una serie de verdolagas á cual más verdes y más desconocidas, y las sirven con una salsa ó crema medio salada y medio agria, y el flan y las natillas tienen un subidísimo aroma de azafrán, y las albondiguillas, color de rosa, nadan en una hermosísima salsa amarilla que sabe á tomillo y á menta, y el café se toma con mucha achicoria y generalmente sin azúcar.—Sin embargo, pasada la primera semana de sorpresa, todo sabe bien, y la simpática envolvente de la ciudad hace que hasta el menú, en un principio desconcertante, llegue á parecer la cosa más natural del mundo.

He ido al Consulado español. He vagado un poco. He entrado en una linda exposición de flores y de cuadros que ha organizado una fábrica de marcos. ¡Qué hermosas son aquí las flores, y cuántas hay, y qué baratas cuestan! He tenido una gran alegría al ver en la exposición tres colecciones de tarjetas postales de Ramón Casas, en marcos muy lindos y muy bien dispuestas: las tres estaban ya vendidas, y el encargado me ha dicho que todo el mundo las pide.—En la sala de entrada del Museo hay un cuadro chiquito de Goya, y otro de Zuloaga. ¡Qué emoción tan extraña, después de cinco meses de «extranjero», causa ver el azul del cielo español, aunque sea pintado! Aquí el azul del cielo, en los días más claros, tiene una irisación como de perla ó nácar. — A las mañanas, la bruma ligera no se dora al sol, sino que toma un

tinte de plata y rosa. Hay muchas fuentes en los jardines: el viento destrenza los surtidores y el agua, plateada también, parece una bruma más intensa dentro de la bruma. Las infinitas ramillas de los árboles de las avenidas, aunque desnudas por el invierno, son tantas, tan sutiles, tan menudas, que parecen estar cubiertas de hojas; y envueltas en la niebla también, hacen una maraña de finísimo y complicado encaje: no es extraño que el encaje de Bruselas sea cosa de arañas y de hadas, sutil é inmaterial como engendrado por esta mágica y plateada niebla... Y entre la niebla, el sol. Está muy bajo y no tiene rayos: es un disco como el de esa luna que vemos á prima noche en España, rojo y enorme. Se le puede mirar cara á cara, y mirándole hoy he comprendido por qué en los cuadros flamencos de *La Crucifixión*, está á un lado de la Cruz, mientras al otro lado está la luna, y sólo en el color se diferencian. La verdad explica al arte, que solamente es arte cuando es verdad.

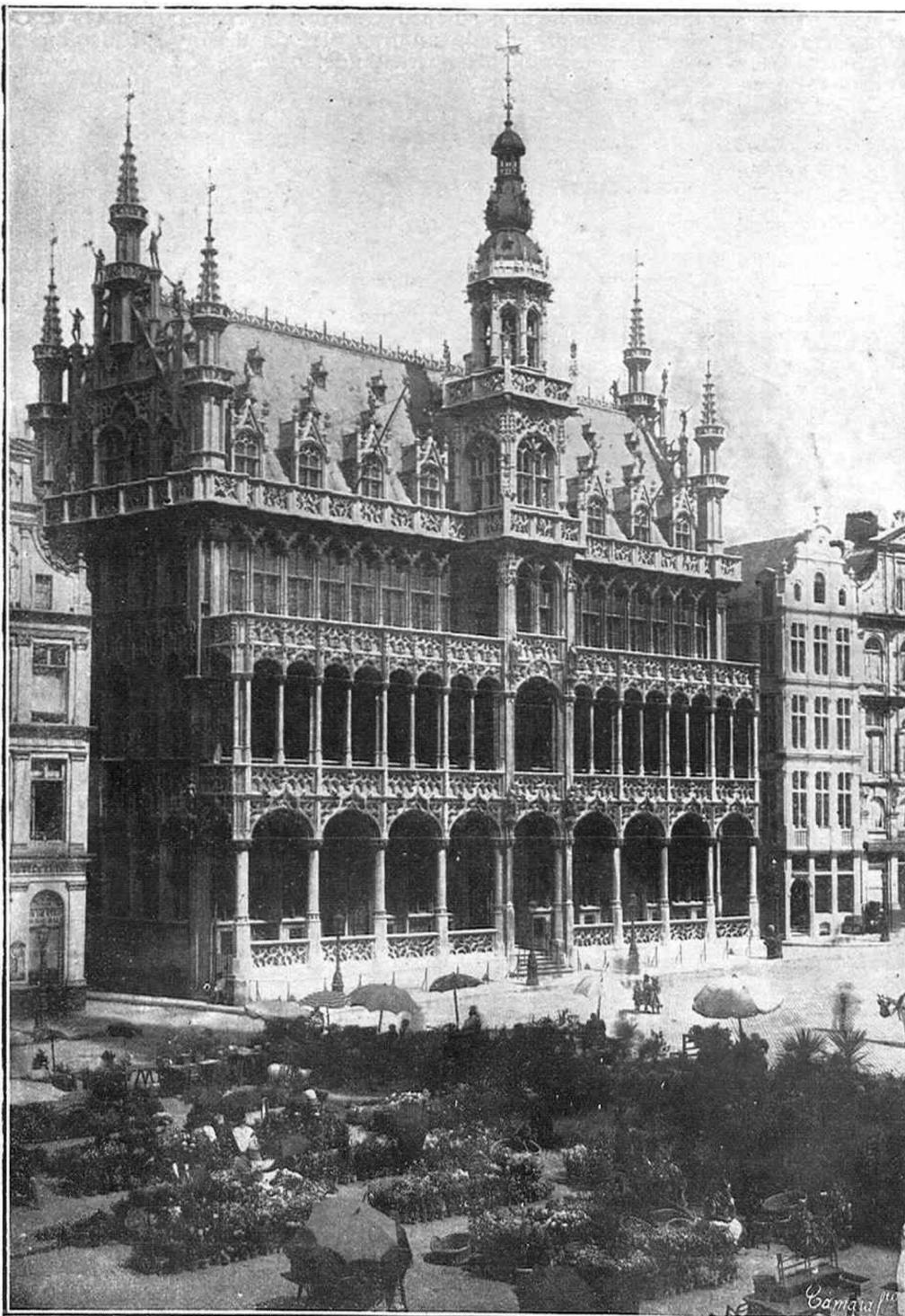
Hoy hace sol: el cielo, cosa extraña, ha llegado á quedarse sin una sola nube, el aire era templado y Bruselas es tan bonita!... He dado

un paseo delicioso por el boulevard del Oeste hasta el canal. ¡Qué interesante nota de color! En lo que llaman «Bassin du Commerce» que es como un puerto chiquito, estaban anclados cientos de barcos, con sus mástiles muy relucientes, sus barriles pintados de azul claro, sus banderolas de todos colores, y mucha ropa blanca tendida á secar de cuerda á cuerda. No se veía el agua, tantos eran los barcos y tan juntos estaban; y el sol brillaba sobre todos los colores, por una sola vez, tan violentos como si fuesen de España.—Luego he vuelto por el boulevard del Norte.

Este se parece más á los de París. No tiene árboles, pero sí muchísimas tiendas bonitas y tentadoras... La Puerta de Hal estaba incomparable á la puesta del sol, porque el sol se escondía detrás de ella dorándola á fuego, mientras todos los árboles de la larguísima avenida de Waterloo estaban envueltos en una bruma clara maravillosa.

Los niños son en Bélgica la gran preocupación nacional.—Van solos por la calle, pero todo el mundo los cuida como si fueran hijos. Por todas partes están los anuncios de las escuelas, por todas partes se oye el griterío de chiquillos que están jugando, porque las escuelas tienen grandes patios y jardines, y entre clase y clase hay innumerables recreos.—A todas horas se encuentran por la calle grupos numerosos de chiquillos que van á paseos y excursiones con los maestros.—Un día á la semana va cada escuela á las casas de baños—que aquí son servicio municipal—á aprender natación en las grandes piscinas.—Cuando sube un chiquitín á un tranvía, sorprende un poco á nosotros adustos españoles, ver la emocionante naturalidad con que todas las «personas mayores» le ayudan á subir, le hacen sitio y le sonríen.—Se comprende que para este país, trabajador y próspero, los niños no son una carga sino una esperanza, y que considere como «bien empleados» toda la atención y todo el dinero que gasta en prepararlos para la vida.

«Bien empleados» en el sentido económico de la palabra. Porque también, siendo español, sorprende un poco el que las que nosotros los latinos llamamos «buenas acciones», y acostumbramos á hacer por motivos sentimentales, se lleven aquí á cabo por motivos prácticos.—Pensaba yo en esto—esta mañana fría de Noviembre—viendo á la dueña de la casa en que vivo, salir á la ventana con un plato de migajas de pan, y desparramarlas sobre la nieve para que no les falte de comer á los pájaros. Y lo que hace la dueña de esta casa lo hacen á diario casi todas las amas de casa de esta tierra. Por lo cual los jardines de Bruselas están en pleno invierno tan llenos de rumores de alas y de cantos de pájaros como en la más lozana primavera, y por las calles andan los pájaros sobre la nieve, y se apartan á salitos menudos para dejar pasar á



La Casa del Rey en la Gran Plaza de Bruselas



las gentes sin susto y sin prisa.—Recuerdo cuanto palabrería «sentimental» derrocha la buena voluntad de los maestros españoles para procurar que los niños de España no tiren piedras á los «pajaritos», cuánta fábula, cuánto hablar de la madre y del nido poéticamente, en verso y en prosa, sin resultado. Mientras que aquí está en las escuelas la frase de Michelet: «El pájaro puede vivir sin el hombre, pero el hombre no puede vivir sin el pájaro». Y la buena burguesa que desparrama las migas de pan, sabe que le conviene hacerlo, y cumple el pequeño deber sin emoción, pero fidelísimamente. ¿Acaso sea más eficaz la buena doctrina cuando se la despoje de todo señuelo emocional? ¡Quién sabe! ¡Tantas ideas se trastornan, tantas convicciones se derrumban, tantos nuevos «motivos» surgen para nosotros, excitables hijos de tierras de sol, bajo este cielo gris, en medio de esta niebla pacificante, en este horizonte brumoso que, por lo mismo que suprime tantas lejanías, acerca tanto al alma las pocas verdades esenciales y verdaderamente humanas...!

ooo

Creo que, cuando vuelva á España, lo que más trabajo me va á costar será el acostumbrarme otra vez á escuchar el:—¡Qué cara es la vida!—¡Qué malo está todo!—inevitables, y tener que acostumbrarme otra vez á considerar como un lujo cosas que aquí todo el mundo tiene por de primera necesidad, como la lumbre en todas las habitaciones, la mucha luz, la comodidad, el agua corriente por todas partes.

ooo

Hace un día de sol — sol de Bruselas—un día azul, azul naturalmente pálido, pero azul. Por lo cual he salido á vagar por los boulevares, viendo escaparates que ya están deslumbrantes con los preparativos de Navidad.—Los más lujosos son los de las tiendas de tabacos, que ahora además de los siempre vistosos colores de las cajetillas, están todos floridos con las ramas verdes y rojas de Navidad. Luego son de ver los de lencería y encajes. Bruselas es famosa por sus confecciones, y las tiendas parecen mares de blanca espuma: hay enaguas—ahora se llevan tantos volantes— que son un verdadero sueño. Y pienso yo:—¿Quién se pondrá tanta ropa bonita, yendo las mujeres de aquí tan mal vestidas?—Las confiterías son cielos de azúcar, chocolate, cremas y bombones de todos colores y formas; las tarjetas postales, cubiertas de oro y plata, deslumbran; las tiendas de flores hacen soñar en una primavera eterna; los restaurantes tienen á la puerta menús pantagruélicos adornados con flores. ¡El Hijo de Dios puede llegar!—Bruselas tiene la mesa puesta para celebrar la «buena nueva» al sustancioso y sólido estilo flamenco. Tengo mi alojamiento, rue du Prince Royal, en pleno «quartier» Leopold, el barrio elegante de aquí; la calle es silenciosa, el alojamiento reluce de limpio, la comida es excelente,—por primera vez en mi vida he comido el que hasta ahora he considerado casi fantástico faisán — el salón es muy lindo, el comedor muy confortable, hay jardín, la habitación en el primer piso cuesta seis francos, en el segundo cinco... esa es la mía, y tiene un aire de intimidad absoluta que invita al trabajo con su gran ventanal sobre el jardín nevado y el hospitalario ronquido de la estufa, henchida de carbón.

ooo

Hace tres días nieva sin cesar; pero aquí la nieve no interrumpe nada. Hay que ser valiente y echarse á la calle, ya que está uno seguro de que el mal tiempo durará hasta Abril.—Claro que una vez fuera de casa, se da uno por bien pagado del *arranque*.—No hay espectáculo como el de los grandes boulevares nevados: las infinitas ramillas de los árboles tejiendo el más sutil de los encajes, los copos cayendo sin cesar horas y horas como en los cuentos de Navidad.—Ese «apresuramiento lento» de la nieve parece el símbolo de la actividad de este pueblo, que, sin precipitarse nunca y con apariencia de calma infinita, va en realidad deprisa, y llega á tiempo á todas partes.

Aquí todo el mundo madruga. Con la mayor naturalidad del mundo, le citan á uno para las ocho de cualquier escarchada y nevada mañan-

na... ¡Verdad es que anochece tan pronto! Las clases «nocturnas» empiezan á las cuatro de la tarde. He visitado dos «escuelas profesionales» una de niñas y otra de muchachos: las dos tienen por fin preparar á los alumnos para distintos oficios, evitando el largo é ineficaz aprendizaje del taller: lo que verdaderamente sorprende en la enseñanza belga, es que «todo es verdad». Los programas son concisos, concretos, prácticos... y á fin de curso se saben por completo y de veras. Las niñas de la escuela profesional hacen «de verdad» los sombreros, los abrigos, los trajes, la ropa blanca: los muchachos carpinteros, herreros, mecánicos, construyen «de verdad» puertas y ventanas, y mesas y armarios y cerraduras: los que han de ser «maestros de obras» calculan de verdad, con materiales verdaderos, para obras definidas y reales: las muchachas de la clase de comercio trabajan con documentos reales, con datos «efectivos», que les suministra el Banco de Bruselas.—En la clase de flores artificiales, cada alumna tiene por modelo una flor «de verdad» y la deshace, y la copia pétalo por pétalo, y la pinta y la arma, de acuerdo con la «verdad» absoluta. He visto cuadernos de clase de una escuela primaria: no hay

lores más bien sombríos.—Desdichadamente le han puesto en los altares algunos santitos modernos—San Expedito entre ellos.—Es la primera iglesia, desde que salí de España, donde he visto una Virgen vestida como las de ahí. Verdad es que es la Virgen del Rosario, advocación netamente española, y acaso está vestida desde el tiempo de la dominación de España en Flandes.—Entre los donantes de las vidrieras, hay nombres españoles.—También hay una calle entre las más antiguas, que se llama la calle de «El amigo», así en español...

ooo

Hoy estamos todos los belgas llenos de gozo por ser el santo de *Cleopoldo*, como llaman sus súbditos al rey amigo de la bailarina. Hasta el cielo se ha vestido de azul con nubecillas rosa, y los chiquillos van por las calles con tambores y banderas.

ooo

Bruselas está dividida en dos partes: Villa Alta y Villa Baja; y el desnivel entre las dos es tan grande, que sólo los campanarios de la una llegan á la altura del suelo de la otra; por esto sucede que en muchos sitios, se acaba el terreno

de pronto y, sobre todo en algunas plazas grandes, como no se ve más allá ni tierra, ni casas, ni árboles, y el aire siempre está un poco empañado, parece que comienza el mar y es un efecto extraño y casi mágico. De una parte á otra se sube y se baja en algunos sitios—delante del magnífico Palacio de Justicia, por ejemplo—por grandísimas rampas y terrazas con balaustradas de piedra, y asomándose á ellas, se ve en el fondo la Villa Baja, que es la antigua y más típica, con sus tejados muy puntiagudos y sus calles estrechas y sus campanarios tan afilados que parecen agujas; y cuando ha nevado, ya toda realidad desaparece y ni el cuerpo ni el alma saben donde están. La parte alta es la nueva y en ella está el barrio aristocrático y los boulevares más bonitos.—Hay—ahora que están las calles nevadas—infinitas flores de primavera en las ventanas de las casas y en los escaparates de las tiendas: lilas blancas, orquídeas, lirios del valle, rosas, y esto acaba de afirmar la ilusión de una vida irreal é imposible. Hace mucho frío; pero es un frío extraño; por la calle casi no se siente, y eso que el agua de las fuentes se hiela y los paseos y los jardines están cubiertos de escarcha; pero entrando en casa, como está muy caliente, empieza uno á desentumecerse, y entonces se da cuenta del frío exterior. Apesar de los guantes y el abrigo de pieles, las manos están de color de coral, y al entrar en calor, junto á la estufa, tiemblan.—Las praderas cubiertas de escarcha tienen un color verde gris, que es imposible comparar con nada, porque nunca le he visto en España sobre cosa viva.

ooo

He ido á visitar la Grande Place, es decir, la Plaza Mayor de Bruselas. Es estupenda sencillamente.—Un inmenso rectángulo, cercado por casas góticas de piedra, y sobre la piedra las fachadas doradas en gran parte. Cientos de estatuitas pueblan los muros y tejados en la Casa del Rey, en el Ayuntamiento. Y dentro del marco de piedra maravillosamente labrado y dorado, el mercado de flores. Las antiguas casas de los gremios conservan sus viejas insignias: la de los bateleros la popa de un navío, la de los sastres un topo, la de los panaderos un cisne, y así todas. A estos edificios tan bellos, pero que tan completo efecto de cosa extraña y ajena causan al viajero español, les llaman en Bruselas no sé por qué «las casas españolas». A esta plaza se llega por callejas estrechas y silenciosas, en menos de un minuto, desde el boulevard Ansapach, centro bullicioso y comercial de Bruselas. En su silencio casi religioso suena como rumor de colmena el cercano fragor de la atrafugada civilización contemporánea. Y esta Gran Plaza, que es como el corazón de la ciudad, parece difundir para toda ella, entre los afanes de la inquietud traficante, un intenso espíritu de serenidad y un hálito intenso de patriotismo, fundado en prosperidad y abundancia. En esta plaza cayeron en defensa de la libertad las cabezas de los condes de Egmont y de Horn.

G. MART NEZ SIERRA



Encajera belga

problemas con cifras arbitrarias y suposiciones fantásticas: todos se refieren á casos concretos de la vida diaria: hay que repartir un jornal para que alcance á todas las necesidades; hay que hacer una compra al por mayor y calcular la ganancia posible en la reventa al por menor; hay que hacer un suministro de géneros, hay que resolver las dificultades de una contrata... Las chiquillas aprenden en la escuela, no cómo se hace el pan, sino á hacer el pan; no que Parmenier trajó las patatas á Europa, sino cómo se guisan las patatas, y el fogón arde, y cuece el caldero de la legía, y unas alumnas lavan, y otras planchan, y otras ponen la mesa, y todas comen lo que han cocinado ellas mismas... y repasan la ropa que traen «rota de veras» de su casa... y todo es verdad, y todo va deprisa como rodaje de máquina bien engrasado. Y el día corto está formado por horas ordenadas y llenas, que dejan en el ánimo sensación de quietud, y la vida se alarga en una «plenitud de cumplimiento» y hay paz en la conciencia como en los boulevares bajo la nieve...

ooo

He entrado en Santa Gúdula, que es la catedral de Bruselas.—Es una catedral de las «imponentes», de piedra oscura, con vidrios de co-



La bondadosa liebre



Fué en una capital de provincia. Renovales, el oficial de Fomento y excelente amigo, había recibido á López, el publicista, con atenciones inolvidables. Primero le presentó á su esposa; luego le presentó su perro, sin ceremonias ni etiquetas; después le enseñó la casa y una encuadrada colección de las *Aventuras de Nick-Carter*, para que López viese que él también leía; tuvo la gentileza de asegurarle que estaba más gordo; le invitó á comer, honra que aceptó satisfechísimo, y por último, se dignó acompañarle al Casino donde, sobre el rumor de las bolas del billar y de las fichas del dominó, Renovales dijo debida y completamente emocionado, que su amigo tenía «bastante» talento.

ooo

Pero cierta noche, muy desolado porque López no conoce el hidalgo juego del tresillo, Renovales salió del comedor—en el que departían amistosamente, apoyados sobre el mantel y amasando bolitas de pan—y tornó á poco con una cosa larga, misteriosa, dentro de su funda verde.

—Chico: ¿que te ocurre?—preguntó López.

Renovales, sonriendo indefinidamente, descubrió el bulto. Tomó dos pedazos, de acero oscuro y reluciente uno, de madera el otro, y ajustándolos con destreza maravillosa, mostró una escopeta.

—Y esto, ¿te gusta?—indagó, triunfal.

—Hombre... verás—replicó el otro solícito—. Desde luego, me parece un chisme más inofensivo que el gramófono.

—Te advierto que también tenemos gramófono.

—Pon entonces que no he dicho nada, y absuélveme de mi necesidad. Como uno vive siempre

entre libros... La ciencia se ofusca algunas veces, lo mismo que la Naturaleza. El pelcano y la bandurria, son indudablemente órdenes mal cumplidas ó descuidos lastimosos de seres privilegiados. El gramófono, por ejemplo, no me parece un invento. Creo que se trata de una distracción.

El empleado obsequió á López con una cargada, y, mirando á su esposa, repuso:

—¡Notable!... Pero la caza es un deporte estuendo. A tí, ¿no te gusta el campo?

—Mucho.

—¡Vamos! En algo habíamos de estar conformes. ¿Quieres venir conmigo á matar unas liebres?

—¿Cuándo?—preguntó el publicista, palideciendo legítimamente.

—Mañana.

Titubeó un momento. Aquel hombre acababa de encontrar ridículo el gramófono. Renovales tenía gramófono. Le había, además, invitado á comer. Y muy bien por cierto. La esposa esperaba de la gratitud de López un veredicto favorable.

El cañón de la escopeta, negro y rígido, apuntaba hacia la Fatalidad. López, hombre de la Corte, hurgando entre libretos y folletos, no era gran andarín pero reconocía que la tolerancia fué siempre condición de un hombre medianamente culto...

—Bueno. Iré contigo.

Y añadió, fastuoso:

—Con mil amores...

ooo

En pleno otero gustaron la ventura de que les amaneciese. Durante una hora, subieron y bajaron. Durante otra, bajaron y subieron. Secóse el

rocío de las flores. Las encinas silvestres abrían círculos de sombra en el rastrojo. Volaba, de vez en cuando, con vuelo bajo é inseguro, algún pajarillo.

Y Renovales, con la escopeta apoyada sobre el brazo izquierdo, avanzaba quedamente, avizorando en torno suyo. La paz agraria les arrancaba frases bonachonas.

—¿Sudas?

—¡Pscht! Llevo pañuelo.

—Qué hermoso el campo, ¿eh?

—¡Ya lo creo!

—¡Ahora verás; ahora verás. ¡Silencio!

¡Cataplún!... Tufarada de pólvora; escarabajos prudentes que se hacen una pelota; un ave, á lo lejos, que se eleva de pronto; el perro, que corre; expectación; sol; fragancia de cantueso y tomillo...

La verdad es que Renovales, el can y López, exploran inútilmente. ¿Qué ha sido? ¿Conejo, perdiz? Renovales, con ejemplar flema, murmura:

—¡Granuja! Pues herido, sí va. Es la primera vez que se me escapa uno.

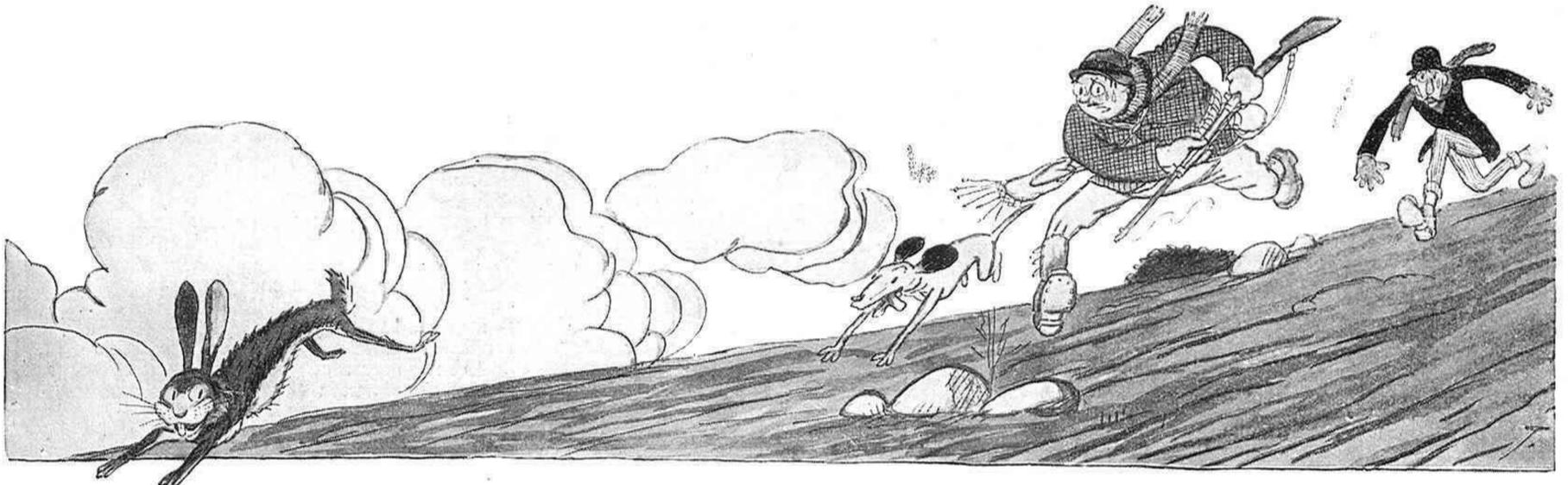
López calla, fumando fatigadamente. Sus reflexiones son de profano. Pero, ¿cómo no ha de contrariarle la idea de que ese conejo, herido, se lo encuentre luego un campesino cualquiera en un surco, y se lo coma, sin escopeta y con tomate?

—¿Te cansas, tú?

—No.

—Mira aquel cerro, lleno de olivos. ¡Qué hermosura! Allí «cobré» el domingo pasado cinco liebres. «Hierve» de caza, chico. ¡Es mucho monte este!...

Y los amigos siguen avanzando. Y la ciudad—bermeja, almenada y prestigiosa—sigue alejándose, alejándose...





Por tercera vez vuelven á saludar á un guarda.
—A la paz é Dios, don Remigio y la compañia. ¿L'ha visto usted?
—Tras ella andamos.
—Ayer la vide en aquella cañá, por la parte que la dicen de Piedras Negras.
—Gracias.
—Vayan con Dios.
Y ¡hala! adelante. Pero buscan sin éxito.
A poco, nuevo encuentro. Es otro labrador, recio, cetrino, lacónico.
—Buenos días.
—Hola, Andrés.
—Acabo de verla. Por ahí, detrás del repecho anda. Salud.
—Igualmente.

Y sigue la marcha. Tan pronto se hunden los pies en los terrones, como hay que subir una cuesta empinadísima ó vadear una torrentera pedregosa. ¡Qué brisa, qué amplitud, qué calor!
Renovales habla poco. López respeta su mutismo. Alguna vez requiere la cantimplora y bebe ávidamente. ¿A quién se refieren las frases de estos labriegos? ¿Quién es ella? ¿Es que, en lugar de ir de caza, los dos amigos van de aventuras amorosas? ¿O corren tanto para matar á una sencilla perdiz, cuando López recuerda que las hay, apetitosas y fáciles y desplumadas en cualquier escaparate?

Repentinamente, su buen amigo lanza un grito:—¡Allí, allí está!...
Se afianza la escopeta, y ¡pum, pum! dos estruendos horribles, espantables. El paisaje oscila. López reflexiona. ¡Caramba con estos cartuchos, cuánta importancia dan á una liebre!...
El perro vuela. Renovales aprieta el paso. López siente que su corazón inicia brincos extraordinarios, y, por la prisa, acaba de magullarse los pies en aquel barranco fragoso.
—¿Cayó?—pregunta por fin.
—¡Condenada!—murmura Renovales—. Ha escapado. Pero yo te juro que lleva acribillada de perdigones una pierna. ¿No la has visto?
El otro deniega, idiotamente honrado.
—¡Si estaba á diez pasos de nosotros, querido!... No sé cómo ha podido escaparse. Digo, sí; lo sé. Tengo hoy el pulso algo alterado. Debe de ser por el calor. ¿No sudas?

—Un poquillo.
Y mira el reloj.
—¡Zambomba! Las tres y media. Ea, ea; vamos á comer. ¡Cómo pasa el tiempo en el campo!
—¡Vuela!—exclama López filosóficamente. Y piensa:—Tampoco hay escopetas de fuego central que le maten—. Pero como las lonchas de jamón y el vinillo están sabrosísimos, López, bajo el cielo resplandeciente, se resigna.
El perro, con la lengua fuera y los ojos como enternecidos, explora las cercanías infructuosamente. A lo lejos oyense detonaciones aisladas, solemnes, que acentúan la calma del paisaje. Vacío y flácido el morral, parece, con el mudo lenguaje de las cosas, una desolación.
Renovales come, satisfecho, obsequiando fraternalmente al can. Narra aventuras cinegéticas y anécdotas triviales de negociado. El perro y él cambian miradas de inteligencia. López insulta al paisaje, tan seductor, bostezando. Y suena otra detonación. ¿Habrá muerto, por fin, la fementida liebre? Puerilmente, se acongoja...

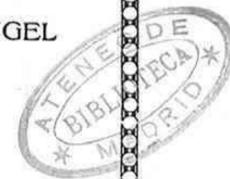
Ya de noche, tornan á casa polvorientos, ennegrecidos, silenciosos. ¿Habrá que decirlo? Renovales no ha cazado perdices, ni mucho menos la correntona, la célebre, la apetecida liebre. Pero, en un ventorro, ha comprado varios conejos, tanto para deslumbrar á su esposa cuanto con la loable intención de no desacreditar el monte que, si es cierto que debe de hervir de caza, por lo menos á López le consta que está atestado de bellotas, olivas y pedernales.
La mujer oye el ardiente relato cinegético. Y sonríe, viendo los «gazapillos» cobrados, y se deshace en elogios hablando del campo.
—Estará hermosísimo, ¿verdad?
—Maravilloso.
Renovales se despoja del morral, de las botas, de la cantimplora, de la canana. Está épico. Miente no con cinismo, sino con fervor. López siente impulsos de abrazarle. En la oficina, hasta el domingo próximo, será feliz repitiendo tartarinescamente sus hazañas.
El matrimonio y su amigo cenan con excelente apetito. Renovales es tan apasionado por la caza, que llega á creer ciegamente los embustes que acaba de urdir. López se retuerce el bigote con melancolía y contempla al empleado, oron-

do, optimista y parlanchín.—¿Dónde está la verdad?—piensa el publicista—. Ni en los libros, ni en el monte. Esa liebre fantasma...
—¿De modo que te gusta el campo?
—Con delirio. Tal vez urbanizándolo un poco... Porque abundan las piedras—observa López.
—¡Guaááá!...
—Pero, lo confieso, me he divertido mucho.
—Hombre,—añade el cazador—lo esencial es hacer ejercicio. Vosotros, los sabios, siempre entre libretes... Pues mira, aunque no lo creas, tienes mejor color. Y has cenado bien.
—Sí, es cierto—comenta la mujer—. A éste los aires del campo, le sientan admirablemente. Oyendo estas palabras misericordiosas, Renovales acaba de entusiasmarse.
—Nada, nada; el domingo próximo vuelves conmigo al monte. ¡Que se te quite el moho, chico! Hay que despejar la cabeza.
Y como la mujer sale un momento, agrega en voz baja:
—Lo que es dentro de ocho días, la liebre cae. ¡Vaya si cae!...

López opina que no caerá, pero se guarda de desilusionar á su amigo declarándoselo. Hay ciertos animales que no deben morir nunca. Y uno de ellos es aquella liebre, gorda, veloz y amable.
Ella solita trabaja en favor del campo con más fruto que la tuberculosis pulmonar ó el poeta bucólico. Vista por guardias y cazadores-oficinistas, su misión consiste en saltar eternamente del otero al barranco y del rastrojo al matorral. Así, jamás alcanzada por los perdigones, muchos Renovales son venturosos comprándose cananas, cantimploras, ternos de pana y botas de ternera, y esperando con sabrosa inquietud al domingo...
¡Salve, agilísima roedora! El bendito San Lúberto la protege. Antaño, en las historietas de palacios encantados que nos contaban para hacernos felices unos momentos, había siempre un duende. Ahora, en cambio, todos los cotos de caza encierran, para que los Renovales vivan gustosos, una liebre; una liebre maravillosa que no deja de correr.

E. RAMÍREZ ANGEL

DIBUJOS DE TOVAR



CARLOS COPPEL FÁBRICA DE RELOJES

FUENCARRAL 27
MADRID



VENTAS AL POR
MAYOR Y MENOR

PÍDASE
CATÁLOGO



EXTRAORDINARIAMENTE
SUPERIORES
á cuanto ha sido inventado
hasta el día

**LAS VERDADERAS
PASTILLAS VALDA**

NO TIENEN RIVAL

PARA LA

la **CURACION** rápida

PRESERVACION segura

de Resfriados, Afecciones de la Garganta
Laringitis, Bronquitis agudas y crónicas
Catarros, Grippe, Trancazo,
Asma, Enfisema, etc.

PEDIRLAS, EXIGIRLAS

en CAJAS de Ptas 1.50
con el nombre

VALDA en la tapa

Agentes Generales: Vicente FERRER y Cia
BARCELONA.

Formula:
Menthol... 0.002
Eucaliptol... 0.0015
Azúcar-Goma.

TAPAS

para la encuadernación de
"LA ESFERA", confec-
cionadas con gran lujo

DOS TOMOS PARA EL AÑO DE 1914

Á 4 pesetas cada juego de tapas
para un semestre

SE VENDEN EN LA ADMINISTRACIÓN DE Prensa Gráfica (S. A.)

HERMOSILLA, 57

MADRID

Para envíos á provincias añádense 0,40 de correo y certificado